



Expiación

Aristócratas y Pecadores 2

ISABEL KEATS

Contents

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[Epílogo](#)

[¡Gracias!](#)

[¡No te pierdas siguiente entrega de la serie Aristócratas y pecadores!](#)

[Mis otras novelas son:](#)

[Sinopsis de algunas de mis otras novelas](#)

[Sobre la autora](#)

Expiación
Isabel Keats

© 2021 Isabel Keats. Todos los derechos reservados.

EXPIACIÓN

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción total o parcial.

Todos los personajes de este libro son ficticios.

Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

Diseño de la cubierta: Isabel Keats

Imágenes: Lee Avison Photography

www.isabelkeats.com

[mail to: isabelkeats@gmail.com](mailto:isabelkeats@gmail.com)

Porque es la sangre, por razón de la vida, la que hace expiación.

(Levítico 17:11)

1

Surrey, 1807

Al oír abrirse la puerta del salón, John William Cavendish, octavo conde de Sherrington, se giró y vio que uno de los lacayos daba paso a la señorita Lovegrace.

«Vaya», apretó los labios, «tenía que ser precisamente ella la que llegara en primer lugar».

Después de una casi imperceptible inclinación de cabeza, volvió su atención al decantador y a las copas de cristal labrado que su amigo Gurney tenía siempre a mano para los invitados.

—¿Desea una copa de clarete, señorita Lovegrace? O quizá, un vasito de ratafía.

—Nada, milord, muchas gracias.

De nuevo se hizo el silencio. Otra de las cosas que a Sherry —como le llamaban sus amigos— le molestaba de la señorita Lovegrace era que nunca hacía el menor esfuerzo por mantener una conversación yendo y viniendo, como si despreciara la necesidad de rellenar el silencio con trivialidades.

En fin, se dijo resignado al tiempo que daba un trago de vino, el que esa mujer no tuviera ni idea de conducirse en sociedad no quería decir que él tuviera que ponerse a su altura. Con la copa en la mano, se acercó a la chimenea, apoyó uno de los brazos en la repisa y miró a la señorita Lovegrace que se había sentado en uno de los sillones frente al fuego.

—¿Tiene frío? —Eran los últimos días de septiembre y, pese a que ese verano el tiempo había sido extraordinariamente cálido para los estándares de Inglaterra, empezaba a refrescar por las noches.

—En absoluto.

No le sorprendía. El vestido que llevaba, aunque elegante y a la moda, era de líneas muy sencillas y, al contrario que el resto de las jóvenes damas del grupo, la señorita Lovegrace no parecía muy amiga de los escotes pronunciados. Sherry frunció el ceño, molesto por lo lacónico de la respuesta; estaba tentado de no decir una sola palabra más hasta que alguno de los otros invitados se reuniera con ellos, pero de nuevo, su buena educación vino al rescate y eligió otro tópico irreprochable para conservar, al menos, una semblanza de urbanidad entre ambos.

—Me ha dicho nuestra anfitriona que el abuelo de usted, el general Lovegrace, y su marido son amigos desde hace muchos años.

—El conde de Burlington también estuvo en el ejército antes de heredar el título. Mi abuelo y él lucharon en la batalla de Vila Velha —respondió en ese tono sensato y poco inclinado a las tonterías que, invariablemente, lo ponía a la defensiva. Los extraordinarios ojos oscuros, uno de sus rasgos más atractivos —si no el único en su opinión—, que hasta ese momento habían estado contemplando las llamas, se clavaron en él—. Tengo entendido que usted también estuvo en el ejército. Lady Burlington comentó que resultó herido en Austerlitz.

Sherry se encogió de hombros y dijo en tono ligero:

—Un par de rasguños sin importancia. Sé que es terrible no poder presumir de hazañas gloriosas, pero confieso que mi paso por el ejército transcurrió en su mayor parte sin pena ni gloria. —Vació la copa de un trago y fue a servirse otra—. ¿Seguro que no quiere tomar nada?

—Seguro. Y creo que usted tampoco debería beber más.

Semejante impertinencia lo hizo volverse a mirarla con incredulidad, pero se libró de tener que contestarle como se merecía porque, justo en ese momento, la puerta del salón se abrió de nuevo y dio paso a las señoritas Sandford.

En esta ocasión, el recibimiento fue muy distinto. Sherry dejó la copa vacía en el mueble con un golpe seco y se apresuró a reunirse con ellas. Con gesto galante, las cogió a ambas de la mano y se inclinó a besarles el dorso, primero a una y luego a la otra, al tiempo que les hacía un extravagante cumplido que las hizo soltar una risita y lanzarle una mirada coqueta por debajo de las pestañas.

Poco después, ya estaban todos los invitados reunidos en el salón y, a instancias del mayordomo, pasaron al comedor. Como de costumbre, su anfitriona se había mostrado benevolente y lo había sentado entre dos de las mujeres más hermosas de la reunión: a un lado tenía a la señorita Lavinia Sandford, una belleza rubia —algo insulsa en opinión de Sherry, pero suficiente para distraerse coqueteando con ella unos cuantos días— y al otro a Isabella, con un aspecto más sensual y felino que nunca. Gurney, que estaba sentado enfrente, devoraba a esta última con la mirada, sin apartar los ojos del pronunciado escote que dejaba a la vista buena parte del pecho generoso.

Sherry esbozó una sonrisa de diversión; saltaba a la vista que a la madre de su amigo no le había sentado nada bien que su hijo invitara a la notoria duquesa de Whitworth y hacía todo lo que estaba en su mano para poner la mayor distancia posible entre los dos. Lo cierto era que la reputación de Isabella dejaba bastante que desear; en los últimos tiempos el anciano duque, su marido, casi nunca la acompañaba a ningún sitio, lo que ella aprovechaba para campar a sus anchas.

Un poco más allá, divisó a la señorita Lovegrace. Como solía ocurrir, le había tocado sentarse entre dos de los miembros menos atractivos de la reunión. A un lado, la señora Perris, cuyo marido había sido un alto cargo en la Compañía Británica de las Indias Orientales y quien, además de ser sorda como una tapia, consideraba que la considerable fortuna que había acumulado su difunto esposo le daba carta blanca para decir lo primero que se le pasara por la cabeza; al otro, el reverendo Lewis, un hombre soltero de mediana edad quien, cada vez que abría la boca, hacía que la de Sherry se abriese también en un enorme bostezo. A pesar de todo, la señorita Lovegrace parecía manejar la situación con soltura.

En ese momento, las miradas de ambos se cruzaron. Sherry cogió la copa de clarete y la vació de un trago, desafiante. La señorita Lovegrace se limitó a clavar en él esos extraordinarios ojos oscuros y, como de costumbre, fue Sherry el primero en apartar la vista. Molesto consigo mismo, se volvió hacia Isabella y empezó a coquetear con ella. En realidad, pese a su innegable belleza y el atractivo sensual del que hacía alarde sin pudor, la duquesa de Whitworth —el amor de juventud de uno de sus mejores amigos, el marqués de Ravensworth— no le atraía lo más mínimo. Debajo de sus innumerables encantos, Sherry siempre había sido consciente de una desagradable avidez, más propia de la prostituta consumada que era en el fondo.

—¿Sabes algo de Benedict? Me ha dicho un pajarito que está pasando el verano en Ravensworth Park.

Así que por ahí iban los tiros, se dijo con desagrado. Le había extrañado mucho que Isabella

aceptara la invitación de Gurney, pero claro, al fin y al cabo Grafton House quedaba a poco más de doce millas de Ravensworth Park.

Desde que había sabido que ella formaría parte del grupo de conocidos que Gurney había invitado pasar unos días en su casa, la pequeña campana que en el campo de batalla le avisaba de que las cosas se estaban poniendo feas no había dejado de tocar a rebato en su cabeza. La sofisticada duquesa de Whitworth no pegaba en absoluto en esa humilde reunión campestre; según Sherry tenía entendido, ella detestaba el campo y no solía salir de Londres si podía evitarlo. Isabella debía de haber averiguado que Grafton House no quedaba lejos de Ravensworth Park y, conociendo de sobra cómo funcionaba la vida social en las zonas rurales, seguramente habría pensado que los caminos del marqués Ravensworth y el suyo estaban destinados a encontrarse antes o después. Por fortuna, eso aún no había ocurrido.

—Sí, está con su esposa y su hijo.

Los labios de Isabella se fruncieron en una mueca que, en opinión de su interlocutor, le restaba mucha de esa belleza por la que era tan admirada.

—¡Su esposa! —chasqueó la lengua con desprecio—. Seguro que ya está aburrido hasta las lágrimas.

—Lo dudo mucho. —Sherry dio un sorbo de vino y, con parsimonia, se secó los labios con la servilleta—. Además de bellísima, Lillian es una mujer encantadora. Conozco bien a mi amigo, jamás se quedaría tanto tiempo en un sitio en el que no estuviera muy, pero que muy, a gusto.

Isabella recibió el dardo envenenado con un resoplido furioso y se volvió a hablar con el joven Besford, que estaba sentado a su izquierda. Sherry sintió un pinchazo de lástima por la señorita Lucy Sandford, quien les dirigió a ambos una mirada de disgusto; su prometido no podía disimular la atracción que sentía por la diosa pelirroja.

Sherry se terminó la copa de clarete y, de inmediato, uno de los lacayos se apresuró a rellenársela. En ese momento notó de nuevo la mirada desaprobadora de los ojos oscuros y con un gesto imperceptible para el resto de los presentes, levantó la copa en un brindis desafiante y dio un buen trago.

«¿Quién se cree que es?», se preguntó con resentimiento, antes de volverse a hablar con la rubia Lavinia del vestido que la madre de esta había encargado a una renombrada modista para su presentación ante la reina con fingido entusiasmo.

Sherry, que tenía cuatro hermanas mayores, hizo todos los comentarios pertinentes y soltó las exclamaciones oportunas cuando venían al caso, pese a que tenía la cabeza ocupada en otros asuntos.

Había aceptado la invitación de Gurney para escapar de sus dos hermanas mayores y de su madre, que se habían instalado en Rutlands ese verano y llevaban semanas recordándole que, con veintiocho años más que cumplidos, ya iba siendo hora de que buscara una esposa adecuada. Sin embargo, él no tenía la menor intención de casarse; al menos en un futuro cercano. No entendía la urgencia. Todas sus hermanas estaban casadas y era el orgulloso tío de un montón de sobrinos —cada año alguna de ellas presentaba al orgulloso esposo de turno una nueva criatura, cuando no un par— que podrían heredar el título; pero cuando lo decía en voz alta su madre y sus hermanas ponían el grito en el cielo. Sherry no era partidario del enfrentamiento directo, al menos con las mujeres de la familia, así que había hecho lo que solía cuando las cosas se ponían difíciles: salir huyendo. Pensó que le vendría bien cambiar de aires unos días para relajarse, pero desde que su anfitriona le había presentado a la señorita Lovegrace el mismo día que llegó a Grafton House, su paz interior se había esfumado y no tenía ni idea de cuál era el motivo.

El haber crecido rodeado de tantas mujeres le había dotado de un profundo conocimiento de las mismas y, al contrario que muchos de sus contemporáneos, Sherry apreciaba sinceramente su compañía. Esto, sumado a un considerable atractivo físico —era muy alto y los inusuales cabellos cobrizos, que llevaba un poco más largos de lo que la moda dictaba, le daban un aire romántico que encandilaba a las féminas— y a una no menos considerable habilidad social lo convertían en un gran favorito de las damas. Además, al contrario de lo que solía ocurrir con los que eran tan afortunados en ese aspecto como él, casi siempre era bien recibido también por los caballeros.

Así que cuando la condesa los presentó, le había dirigido una de sus mejores sonrisas. Sin embargo, la señorita Lovegrace no solo no había respondido con un sonrojo o una risita tímida, como solían hacer las otras damas, sino que se había limitado a clavar en él esos ojos casi negros, que parecían capaces de leer hasta en el último pliegue secreto de su alma, antes de inclinarse en una leve reverencia. Luego había dejado que su anfitriona y él llevaran el peso de la conversación y, al cabo de un rato, tras murmurar una excusa, se había alejado para sentarse en uno de los sillones frente al fuego, donde había sacado una labor del retículo y se había dedicado a ignorarlo el resto de la tarde. A Sherry le habría gustado hacer lo mismo, pero no había podido evitar que su mirada se dirigiera una y otra vez hacia donde ella estaba, pese a que, por muchas vueltas que le daba, no lograba entender qué era lo que tanto le llamaba la atención.

La señorita Lovegrace ya no estaba en, como se solía decir, la flor de la juventud. Debía de rondar los veinticinco años y no era ninguna belleza. Tenía la nariz larga y afilada, los pómulos se le marcaban en exceso y esa boca ancha estaba muy lejos de las primorosas bocas en forma de corazón que estaban de moda. Además, la figura alta y espigada carecía de las agradables redondeces que siempre le habían atraído en otras mujeres. No, nada en la señorita Lovegrace era suave o mullido; lo cierto era que no tenía ningún atractivo especial... excepto esos ojos. Grandes, rasgados en las comisuras y bordeados de espesas pestañas oscuras que se curvaban en las puntas, parecían arder con un fuego extraño y, cada vez que los clavaba en él, Sherry se sentía completamente desnudo; una sensación que no resultaba en absoluto agradable.

Al principio la había tomado por una especie de dama de compañía. En parte, por esa actitud discreta que siempre la hacía situarse en un segundo plano y, en parte, porque solía llevar el pelo oscuro en un sencillito recogido y los vestidos que usaba, aunque correctos, eran discretos y no seguían el último grito de la moda. La condesa de Burlington se había apresurado a sacarlo de su error. Emma, le había contado, era la única nieta del general Lovegrace, un querido amigo de su esposo y un laureado militar. Al parecer, se había quedado huérfana a los diez años y el general se había hecho cargo de ella.

¿Qué podía esperarse —había añadido lady Burlington con aire de desaprobación— de un austero militar, viudo desde hacía años, que no sabía lo más mínimo sobre la crianza de una niña? Al general no se le había ocurrido nada mejor que llevarla con él en sus campañas europeas. La pequeña había crecido entre hombres rudos y había recibido una educación, cuando menos, extravagante: montaba extraordinariamente bien a caballo, sabía disparar un fusil y hablaba varios idiomas, pero no tenía la menor idea de pintar con acuarelas, sus conceptos de cómo debía comportarse una dama chocaban a menudo con los de su anfitriona y aborrecía que la obligaran a tocar el piano. Sin embargo, prosiguió la condesa más animada —se notaba que, en el fondo, sentía un profundo aprecio por la señorita Lovegrace—, gracias a sus desvelos había conseguido que Emma aprendiera a tejer. Nada sofisticado, todo había que decirlo, admitió con un suspiro. Solo prendas «prácticas», como ella decía: calcetines, mitones y bufandas de lana para los soldados que estaban en el frente.

«Menuda descripción», había pensado Sherry para sus adentros.

El conde de Sherrington era un hombre de gustos simples y, entre estos gustos, no se encontraban las señoritas poco femeninas que lo miraban con desaprobación. Así que los siguientes días decidió ignorarla en lo posible. Sin embargo, había descubierto que ignorar a la señorita Lovegrace no era algo que resultara sencillo y no porque esta se hiciera notar de ninguna manera, precisamente. Todo lo contrario. Jamás tomaba la iniciativa a la hora de sugerir planes con los que pasar el rato y se adaptaba de buena gana, aunque sin apreciable entusiasmo, a lo que proponían los demás; no como Isabella y Lucy Sandford, que se irritaban en cuanto se les llevaba la contraria.

Además, la señorita Lovegrace siempre estaba dispuesta a ser de utilidad: tan pronto iba a buscar el pañuelo que, inevitablemente, lady Burlington se dejaba olvidado en sus aposentos, como corría a decirle al ama de llaves que dispusiera un cubierto más para alguna persona que había sido invitada a comer en el último momento. En una ocasión la hija de la anfitriona la había mandado llamar, desesperada, porque había habido un malentendido con el pedido de unos solomillos al carnicero del pueblo y el temperamental chef francés amenazaba con presentar su renuncia.

Por lo visto —quién lo iba a decir— la señorita Lovegrace también era una experta en resolución de conflictos, se dijo Sherry sarcástico.

En las veladas nocturnas, a menudo cogía su labor y se retiraba a un rincón a tejer varios de esos espantosos calcetines, sin intervenir demasiado en la conversación, aunque si era necesario otro jugador para una partida de cartas o faltaba gente para el juego de las charadas, de inmediato se presentaba voluntaria sin que, al parecer, le importara lo más mínimo que siempre contarán con ella en el último momento.

—Resulta tan irritante...

—¿A quién se refiere, milord? —Sherry volvió de golpe al presente y se dio cuenta de que la señorita Lavinia Sandford lo miraba con las pálidas cejas rubias ligeramente enarcadas.

—Me refería a que quizá el tiempo no sea mañana lo suficientemente cálido para nuestro paseo en barca —improvisó sobre la marcha.

—Oh, no sea cenizo. —La señorita Sandford lo golpeó con la cucharilla de plata en el dorso de la mano con gesto coqueto—. No permitiré que nada ni nadie arruine el plan de mañana.

—Si algo o alguien se atreve, tendrá que vérselas conmigo —dijo galante y le guiñó un ojo con picardía, lo que le arrancó una de esas enervantes risitas tontas.

En ese momento, levantó la vista y, cómo no, su mirada se cruzó de nuevo con la de la señorita Lovegrace. El destello burlón que brilló en las profundidades oscuras le hizo apretar los labios. ¿Cómo se atrevía esa mujer anodina a reírse de él? Sherry cerró el puño en torno a la delicada servilleta de hilo que tenía sobre los muslos. Le hubiera gustado arrojársela a la cara, pero por supuesto, los caballeros no hacían esas cosas.

Una pena, se dijo, molesto. En su opinión, la señorita Lovegrace estaba muy necesitada de un buen escarmiento.

2

El agorero pronóstico no se cumplió, y al día siguiente no había una sola nube que enturbiara el resplandeciente azul del cielo de septiembre. Lady Burlington y su esposo se quitaron del medio con la excusa del calor, pero pusieron el carruaje a disposición de las jóvenes invitadas y los lacayos cargaron en él una aparatosa cesta de picnic. Los hombres, se decidió, escoltarían a las damas a caballo. Después de algunos gritos, animadas conversaciones y muchas risas, por fin la partida se puso en marcha en dirección al lago que quedaba a menos de media docena de millas de distancia.

Sherry y Besford cabalgaban junto al carruaje abierto, a lomos de dos vistosos corceles de las cuadras del conde. Isabella y Lucy iban en dirección a la marcha mientras que Lavinia y Emma estaban sentadas frente a ellas. Esta última era la única que no llevaba una sombrilla para protegerse de los cálidos rayos de sol. Como era habitual, vestía de un modo más sencillo que sus acompañantes, aunque Sherry tuvo que reconocer a regañadientes que el tono rosado del vestido ponía de relieve su complexión morena y que el coqueto sombrerito de paja enmarcaba el rostro de rasgos marcados de un modo bastante favorecedor.

—Espero, lord Sherrington, que se apiade de mí. No sé nadar y me aterroriza la idea de que mi barca se hunda en medio del lago. —La señorita Lavinia Sandford hizo girar la sombrilla con coquetería.

—Por supuesto, señorita Sandford, puede contar conmigo para llevarla sana y salva a nuestro destino.

La señorita Sandford le lanzó a su hermana pequeña una mirada cargada de envidia, pero a Sherry no se le subió a la cabeza; podía entender sin dificultad lo irritante que debía de ser tener un prometido que no era capaz de apartar los ojos del escote de otra mujer.

—Lady Whitworth, si quiere puede venir con Lucy y conmigo, le aseguro que soy un excelente remero.

—Es usted muy amable, lord Besford, acepto encantada. —Isabella le dedicó una de esas sonrisas felinas que parecían prometer deleites comparables a los de las mil y una noches, y su interlocutor tragó saliva deslumbrado.

Sherry sabía bien cómo funcionaba la mente de la duquesa. Al principio de su llegada a Grafton House había intentado coquetear con él sin éxito, así que, como a Gurney ya lo tenía comiendo en su mano, había buscado otro objetivo al que dirigir su atención y lo había encontrado en lord Besford; un joven pagado de sí mismo que acababa de comprometerse —lo que le añadía un poco más de pimienta a la caza— con la señorita Lucy Sandford quien, en ese preciso instante, parecía a punto de estallar.

—Y usted, señorita Lovelace, ¿con quién irá en la barca? Es una lástima que el reverendo Lewis no haya podido venir.

La oportuna intervención de Sherry sirvió para desviar la atención de la señorita Sandford de la irritante conducta de su prometido, y ella y su hermana soltaron una risita maliciosa.

—¡Menos mal que no viene! Seguro que habría arruinado la excursión con sus continuas quejas. «La humedad para mí es un castigo divino» —lo imitó Isabella con voz de falsete, sin la menor compasión.

Y todos, salvo la señorita Lovegrace, se rieron sin disimulo.

—El reverendo Lewis padece reumatismo en un grado severo. Es una enfermedad muy dolorosa —se limitó a decir con voz suave.

Sherry se puso serio de inmediato; pese a que la señorita Lovegrace ni siquiera lo había mirado, sintió como si lo hubiera abofeteado.

—Es un viejo, con enfermedades de viejos. No sé por qué tiene que estar siempre con nosotros —dijo con voz quejumbrosa la más joven de las hermanas, frunciendo los labios en un mohín petulante.

—Es usted cruel, querida. —Isabella sonrió con malicia—. Creo que la señorita Lovegrace disfruta mucho de la compañía del reverendo.

—Por supuesto que sí, lady Whitworth —dijo la aludida sin perder la compostura—. El reverendo Lewis es un hombre muy interesante, sabe mucho sobre las batallas clásicas.

—Qué apasionante. —Isabella se llevó una mano a la boca, como si tratara de ocultar un bostezo.

Incómodo al comprender que su inocente comentario había puesto a la señorita Lovegrace en el punto de mira de la malicia de las damas, Sherry decidió intervenir:

—Tiene usted razón, señorita Lovegrace, el reverendo Lewis es un hombre muy interesante.

Esta vez los ojos oscuros se posaron de lleno en él, y en esa mirada pudo leer que no solo no le agradecía su intervención, sino que era muy capaz de cuidarse sola.

—Es curioso que diga usted eso, milord. No recuerdo haberlo visto hablar con el reverendo más de un minuto seguido.

Sherry frunció el ceño, irritado. Encima que acudía al rescate de esa mujer desagradecida, ella se lo pagaba poniéndolo en evidencia. Decidió que había llegado la hora de darle una lección.

—Lamentablemente, en cuanto me acerco a su admirado amigo me entran unos extenuantes ataques de bostezos. No obstante, me alegro de que una mujer tan inteligente como usted disfrute de su compañía.

El comentario parecía implicar que la encontraba tan aburrida como al reverendo y, al oír las risitas maliciosas de los presentes, se sintió fatal. Jamás era grosero con ninguna mujer; ni siquiera con mujeres como la impertinente señora Perris, que no eran, lo que se solía decir, santos de su devoción. Sin embargo, con la señorita Lovegrace no podía reprimirse; era superior a sus fuerzas. Algo de lo que, en el fondo, la culpaba a ella.

No obstante, lejos de parecer avergonzada, los ojos oscuros volvieron a posarse en él con una expresión indescifrable.

—Todas las personas tienen un lado interesante, solo hay que estar atentos. Estoy segura de que incluso usted, lord Sherrington, es capaz de dejar a un lado su frivolidad de vez en cuando.

Ni siquiera el tono amable que había empleado la señorita Lovegrace podía ocultar la intención ofensiva de sus palabras, que arrancaron una exclamación escandalizada de los delicados labios de la señorita Lavinia Sandford.

Muy bien, se dijo, si quería guerra, tendría guerra. Sherry entornó los ojos en un intento de ocultar la furia que lo embargaba.

—A pesar de toda su *sabiduría* —resaltó la palabra sarcástico—, me temo que conmigo se va a llevar un chasco, señorita Lovegrace. Debajo de mi frivolidad, como usted ha tenido a bien llamarla, no hay nada más.

—Oh, yo no estaría tan segura, lord Sherrington; incluso en los casos más difíciles siempre hay esperanza —replicó ella con placidez.

Sherry no podía entender esa insistencia en desafiarlo y, temeroso de decir algo irreparable, se tocó el ala del sombrero con una inclinación de cabeza y apartó la montura del carruaje.

—Ha sido usted muy grosera, señorita Lovegrace —la reprendió Lucy Sandford con severidad.

—¿De veras lo cree, señorita Sandford? —dijo la señorita Lovegrace sin perder la compostura. Era evidente que no se sentía en absoluto avergonzada y Sherry, que lo había oído todo, apretó los dientes y espoleó al caballo.

§

Había tres barcas de remos amarradas al pequeño embarcadero de madera que se internaba en el lago y, de inmediato, empezaron las discusiones sobre quién iría con quién.

Las hermanas Sandford estaban decididas a ir con Sherry mientras que Besford y Gurney discutían con innecesario acaloramiento quién tendría el honor de llevar en su barca a la bella duquesa. La señorita Lovegrace, entretanto, se mantenía al margen y los escuchaba con aire de diversión.

Sherry resopló exasperado; estaba claro quién tendría que encargarse de que la situación no se les fuera de las manos. Con la habilidad de un diplomático y sin perder en ningún momento la encantadora sonrisa, se las ingenió para embarcar a Lavinia, Lucy Sandford y el prometido de esta en una de las barcas. Luego les tocó el turno a Isabella y a Gurney y, cuando todos estuvieron listos, sin hacer el menor caso de las caras hoscas y los ceños fruncidos, se volvió hacia la señorita Lovegrace y le tendió una mano para ayudarla a subir a la tercera barca.

—Me temo que le ha tocado ir conmigo.

Ella aceptó la mano que le tendía y se subió con agilidad a la popa de la frágil embarcación.

—Espero que el trayecto no se le haga eterno, milord.

Una vez más, notó que se estaba burlando de él y le dio rabia y, aunque sabía que lo cortés habría sido responder con una galantería, no pudo evitar decir en tono sarcástico:

—Eso espero yo también.

Ella giró la cabeza, pero a Sherry no se le escapó la sonrisa que se dibujó en los labios rosados. ¿Era eso un hoyuelo?, se preguntó con el ceño fruncido. No. Seguramente lo había imaginado. Una mujer con tantos ángulos y tantas aristas —en sentido literal y figurado— no podía tener un hoyuelo tentador justo en la comisura de la boca. Sherry descartó la idea con un brusco movimiento de cabeza. Lo cierto era que le irritaba sobremanera que ella encontrara divertida su inusual grosería. Con los labios apretados, se sentó en el banco que dividía la embarcación por la mitad, empuñó los remos y la barca se deslizó por el agua con suavidad.

—Rema usted muy bien.

—¿También es experta en remo? —De nuevo, fue incapaz de reprimir el sarcasmo.

—Podría decirse que sí. —La señorita Lovegrace, que se había quitado uno de los guantes, hundió los dedos en el agua para disfrutar del frescor—. Cuando estuvimos acantonados cerca de Vila Velha, en Portugal, el mercado más cercano quedaba al otro lado del Tajo y el sargento de mi abuelo me enseñó a remar.

Sherry arqueó las cejas impresionado.

—Imagino que remar en el Tajo no es lo mismo que hacerlo en este lago.

—La corriente es muy fuerte, en efecto. En una ocasión estuvo a punto de arrastrarme. Lo cierto era que tenía terminantemente prohibido coger la barca si no iba acompañada. —Esta vez no trató de ocultar la sonrisa y Sherry comprobó que, en efecto, tenía un provocativo hoyuelo en la comisura de la boca.

Fastidiado por encontrar algo atractivo en esa irritante mujer, remó con más fuerza.

—Y ¿qué pasó? —Muy a su pesar se sentía interesado.

—Me encomendé a la Virgen y a todos los santos.

—Algo no demasiado propio de un buen anglicano.

La señorita Lovegrace se encogió ligeramente de hombros sin perder la sonrisa.

—En mi defensa, he de decir que las iglesias de Portugal son mucho más impresionantes que las nuestras y algo del fervor por las preciosas imágenes que veneran los católicos se acaba pegando.

—Se encomendó a la Virgen y a todos los santos, ¿y...? —repitió Sherry impaciente.

—Y remé con todas mis fuerzas, claro está. Por un momento pensé que no lo conseguiría. Recuerdo que mi abuelo y Bates, su sargento, me gritaban desde la orilla, pero no podía oír lo que decían. Finalmente, conseguí llegar al otro lado, amarré la barca en el muelle y luego...

—Luego...

Las pupilas de Sherry no se apartaban del seductor hoyuelo. Debía de reconocer, aunque fuera a regañadientes que, cuando estaba animada, la señorita Lovegrace mejoraba mucho y esos ojos...

—Luego me desmayé.

No pudo evitar sonreír al oír aquello.

—Nunca habría esperado que se comportara usted como una delicada damisela.

—¿Verdad que no? Yo misma me sentí avergonzada.

—¿Qué edad tenía entonces?

—Catorce años.

—Imagino que su abuelo le daría su merecido por desobedecer.

—Imagina bien. Estuve dos semanas acarreado cubos de agua para la cocinera.

—¿Solo eso? —Sherry no ocultó su decepción.

—¿Solo? —repitió indignada—. No puede imaginarse lo que es recorrer casi una milla llevando esos pesados cubos en pleno verano, sufriendo el insoportable bochorno y sin una sola sombra bajo la que cobijarse. Pero eso no fue lo peor.

Los ojos oscuros adquirieron una expresión soñadora al recordar aquellos tiempos.

—¿No?

—No. Lo peor fue que Bates estuvo casi un mes sin hablarme.

—¿El sargento de su abuelo?

La señorita Lovegrace asintió con la cabeza.

—El sargento de mi abuelo y mi mejor amigo.

—Está claro que ha recibido una educación muy peculiar.

Ella volvió a encogerse de hombros.

—Imagino que es por eso por lo que le resulta tan irritante.

Sherry, quien por unos minutos se había olvidado de ello, frunció el ceño.

—¿Quién ha dicho que la encuentro irritante?

—No hace falta que lo diga. Salta a la vista.

Se rió y, de nuevo, el provocativo hoyuelo lo desconcentró por completo y la barca se desvió

varios palmos del rumbo.

—Cuidado, capitán —dijo burlona.

—Ya que es tan experta, será mejor que coja usted los remos. —Furioso, le tendió uno de ellos.

Ella no pudo ocultar su entusiasmo.

—¿Me deja? ¿De verdad? Debo disculparme entonces; hasta este momento estaba convencida de que usted pertenecía a ese tipo de hombre que piensa que su masculinidad se verá afectada de alguna manera por cederle el mando de la embarcación a una simple mujer.

Sherry apretó los dientes, la señorita Lovegrace se volvía más irritante a cada rato que pasaba.

—Pues ya ve que no, señorita sabelotodo —dijo con un salvajismo desacostumbrado en sus tratos con las damas—. Así aprovecharé para descansar un rato; pesa usted una tonelada.

Tampoco ese último dardo pareció afectarla en absoluto; estaba claro que su interlocutora desconocía lo que era la delicadeza. Intercambiaron los sitios con cuidado de no volcar la barca y la señorita Lovegrace empezó a remar con una habilidad no exenta de gracia.

—Veo que no ha exagerado su pericia —reconoció de mala gana al cabo de un rato.

—Para desgracia de lady Burlington, por lo general se me dan mejor ciertas ocupaciones masculinas que otras más propias de mi sexo.

—Y su abuelo, ¿qué opina al respecto?

—Mi abuelo me quiere como soy.

De nuevo, ese hoyuelo. Sherry apartó la mirada a toda prisa para dirigirla hacia las otras barcas. Una gran animación reinaba en la embarcación de su amigo Gurney, quien coqueteaba sin disimulo con su pelirroja acompañante, mientras que en la otra todo eran caras largas.

—Y ¿qué cree que opinará su futuro esposo al respecto?

—Teniendo en cuenta que no hay ningún futuro esposo en el horizonte, me temo que su opinión me es indiferente. —No parecía que aquello le quitara el sueño, y Sherry se sintió molesto con ella una vez más, aunque no habría sabido decir por qué.

—¿No le preocupa quedarse soltera?

—La verdad es que no. Me gusta mi vida tal y como es; no sé si soportaría tener un esposo alrededor dándome órdenes.

—Me parece que tiene usted una pobre opinión sobre los hombres.

—En absoluto, me gustan los hombres; he crecido rodeada de ellos. Lo que no me gusta es el mercado matrimonial. Fíjese en la señorita Sandford, por ejemplo.

Sherry miró a la mayor de las hermanas que, en ese preciso instante, estaba muy ocupada en ignorar olímpicamente a su prometido quien, sudoroso y muy despeinado, se esforzaba por conseguir que la proa de la barca no dejara de apuntar al pequeño islote que era la meta de todos ellos. La señorita Lovegrace, en cambio, remaba con ritmo, como si no le costara el menor esfuerzo, y no se desviaba un ápice del rumbo.

—¿Qué pasa con ella?

Su interlocutora enarcó una ceja.

—No me diga que no se ha dado cuenta.

—¿Que Besford coquetea con Isabella? Y ¿qué?

La señorita Lovegrace lo miró con manifiesta desaprobación.

—Por mucho que intente disimularlo, sé de sobra que no es usted tan obtuso como pretende.

—¿Es eso un cumplido? Vaya, muchas gracias.

Ella ignoró su sarcasmo.

—Sabe tan bien como yo que ninguno de los dos está enamorado del otro. Él se casa por su fortuna y ella por el título.

—Y ¿qué? —repitió—. La sociedad ha funcionado así desde el principio de los tiempos.

La señorita Lovegrace se encogió de hombros con su gesto habitual y siguió remando.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Sherry de pronto, al tiempo que negaba con la cabeza; al instante, los preciosos ojos oscuros se clavaron en él interrogadores—. Usted, señorita Lovegrace, ¿es una romántica!

Pese a que lo dijo en tono burlón, ella no lo negó.

—No sé qué tiene de malo. Mis padres estaban muy enamorados y fueron muy felices y, aunque duele el doble, a menudo le doy gracias a Dios por habérselos llevado al mismo tiempo.

Sherry se quedó callado, sin saber qué responder; por fortuna, ya estaban muy cerca del islote. Había una pequeña playa de cantos rodados y la señorita Lovegrace maniobró con habilidad hasta que la quilla de la embarcación quedó encallada entre las piedras.

—Desde luego, es usted toda una experta, señorita Lovegrace. —Con rapidez, Sherry se quitó los zapatos y las medias, saltó por la borda y le tendió los brazos—. Permítame.

—Puedo sola, no se preo...

Pero antes de que pudiera terminar la frase, lord Sherrington le rodeo la esbelta cintura con las manos y, sin aparente esfuerzo, la dejó en la orilla. En ese momento, llegó la embarcación de lord Besford y, de nuevo, Sherry ayudó a las damas a llegar a la orilla sin mojarse mientras que, casi al mismo tiempo, su amigo Gurney, entre risas, depositaba a Isabella sana y salva en la orilla.

El ambiente estaba enrarecido; al parecer, la señorita Sandford y su prometido habían tenido unas palabras en la barca. Para disipar la tensión, la señorita Lovegrace propuso explorar el islote. Todos aceptaron en el acto y, con una hermana colgada de cada brazo, Sherry encabezó la comitiva.

—Creo recordar que al otro lado hay una playa donde solía bañarme de niño con mis hermanos —comentó Gurney de buen humor.

El islote tenía una extensión de menos de media milla y enseguida llegaron al otro extremo, donde una pequeña playa de guijarros daba a una zona poco profunda, apta para el baño.

—¿Alguien se atreve a bañarse?

Las hermanas, a las que el paseo del brazo de Sherry les había cambiado el humor, lanzaron unos grititos escandalizados que fueron recibidos por su anfitrión con una carcajada.

—Me imagino que ya somos todos demasiado mayores para bañarnos semidesnudos. Una pena —añadió, recorriendo con una mirada lasciva las pronunciadas curvas de su acompañante.

—Oh, lord Gurney, qué cosas dice. —Nuevas risitas escandalizadas.

Sherry, que estaba junto a la señorita Lovelace, dijo en voz baja:

—Seguro que usted se ha bañado en innumerables ocasiones en lugares como este.

Ella se encogió de hombros una vez más.

—Usted ha estado en el ejército, milord, aunque nunca hable de ello. Imagino que sabe de sobra que no es fácil resistirse a un baño cuando surge la oportunidad.

A Sherry le vino a la cabeza una marcha especialmente dura, previa a la batalla de Austerlitz. Justo antes de llegar a la ciudad de Brno habían avistado una pequeña laguna de aguas profundas y, en efecto, nadie pudo resistirse. En pocos minutos todos —desde el oficial de más alto rango hasta el último soldado raso— chapoteaban en el agua completamente desnudos, riendo y jugando como chiquillos. Ninguno de ellos imaginaba entonces el horror que se desencadenaría poco después. Sherry movió la cabeza, en un intento de apartar ese inoportuno pensamiento.

Notó que los ojos oscuros no se apartaban de su rostro, por lo que hizo un esfuerzo y preguntó con fingida animación:

—¿Desnuda? —Aunque era consciente de que no era el tipo de pregunta que un caballero le haría a una dama, no pudo resistirse.

Ella ni siquiera parpadeó. No parecía en absoluto escandalizada, como habría sido lo lógico, pero Sherry ya se había dado cuenta de que la señorita Lovegrace rara vez reaccionaba como la lógica exigía. Por unos segundos, fue incapaz de apartar los ojos de esa mirada oscura que lo invitaba a zambullirse en las misteriosas profundidades, y el pinchazo de deseo que sintió lo pilló completamente desprevenido.

—Nunca he visto a una mujer remar como usted, señorita Lovegrace. Acepte mis más sinceras felicitaciones.

De inmediato, ella se dio la vuelta para contestar a Gurney y el insólito momento pasó.

Después de un rato, regresaron a donde estaban las barcas. En esta ocasión, la señorita Lavinia Sandford anunció que no estaba dispuesta a subirse a una barca con otro que no fuera lord Sherrington, así que Emma se vio obligada a regresar con la enfurruñada pareja de novios.

Cuando por fin todas las embarcaciones estuvieron amarradas en el muelle, a Sherry le sorprendió comprobar que Lucy Sandford y su prometido ya no parecían estar enfadados. De hecho, en ese momento, él se reía de algo que había dicho la señorita Lovegrace a la que, hasta ese momento, no había prestado la menor atención.

Mientras ellos exploraban el islote, el lacayo que había acompañado al conductor en el pescante había dispuesto unas mantas y varios almohadones sobre la hierba. Poco después estaban todos sentados, con una copa de vino o de limonada en la mano, dando buena cuenta de los deliciosos emparedados de pepino, las tartaletas rellenas de *foie* y otras exquisiteces preparadas por el habilidoso chef de Grafton House.

Saltaba a la vista que todos estaban pasando un buen rato. Incluso Besford y su prometida, que se habían sentado cerca de la señorita Lovegrace, por una vez charlaban entre ellos sin malos entendidos, aunque a Sherry no se le escapó que era la habilidad de esta última para quitarle hierro a ciertos comentarios la que impedía que ninguno de los dos se sintiera ofendido por el otro.

Vaya, vaya, se dijo sorprendido. Al parecer, la señorita Lovegrace tenía ciertas habilidades sociales que, hasta ese momento, le habían pasado desapercibidas.

El resto de la tarde transcurrió de ese modo despacioso, típico de las tardes de finales de verano, y ya empezaba a ponerse el sol cuando, cansados pero felices, regresaron a la casa.

Durante la cena respondieron de buen talante a todas las preguntas de lady Burlington, que pertenecía a ese tipo de personas que se sentían rejuvenecer cuando estaban rodeadas de gente joven y que disfrutaba solo con verlos disfrutar a ellos.

—Qué pena que Mary no haya podido ir —le dijo a Sherry por enésima vez cuando este, después de haberse tomado la acostumbrada copa de oporto con los caballeros, entró en el salón donde estaban reunidas las damas.

Aunque tuvo buen cuidado de no mencionarlo, era sabido que la hija menor de su anfitriona volvía a encontrarse en un estado «delicado» y no solo no soportaba el calor, sino que se mareaba con el traqueteo del carruaje. Precisamente, la puerta se abrió en ese momento y entró la susodicha —a la que un discreto recado al oído de parte del mayordomo había hecho salir del salón unos minutos antes— con los ojos irritados y las mejillas enrojecidas, como si hubiera estado llorando.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó de inmediato lady Burlington, a la que no se le había

escapado la agitación de su hija.

—¡Es Nicholas! ¡Tiene mucha fiebre y *nanny* no sabe qué hacer!

De inmediato, su madre, que no era de las que conservaban la calma en una emergencia, empezó a hablar sin ton ni son.

—¡Oh, Dios mío, el pequeño Nicholas! ¿Crees que deberíamos llamar al doctor Murray? ¿O tal vez sería mejor que viniera un especialista de Londres? En alguna parte tengo apuntado un remedio que copié de *The Lady's Magazine*; según decían es infalible contra la fiebre. —Muy agitada, se levantó dispuesta a correr a buscarlo a su habitación, pero casi al instante volvió a dejarse de caer en el sofá, sin dejar de retorcerse las manos ante la mirada alarmada de su esposo —. ¡Oh, cielos, no puedo recordar dónde lo guardé! Pobrecito, pobrecito Nicholas. ¿Qué vamos a hacer, Mary?

El revuelo había llamado la atención del resto de los presentes, que al momento se apartaron del piano en el que la duquesa de Whitworth hacía gala de su talento a petición de lord Gurney y se acercaron a dar su opinión sobre qué era lo más conveniente en una situación de emergencia. Por lo visto, todos tenían algo que aportar y en medio de semejante guirigay la voz de la señorita Lovegrace, serena y práctica, resultó un bálsamo de cordura.

—Si me permites, Mary, subiré a ver a Nicholas.

—Oh, sí, por favor, Emma. —La joven madre la miró con evidente alivio—. Tú sabes un montón de estas cosas.

«¿Sabe un montón de estas cosas?», se preguntó Sherry con cierta perplejidad. Que él supiera, la señorita Lovegrace era una mujer soltera y sin hijos y que, al contrario que él, no tenía una interminable caterva de sobrinos.

Las dos mujeres abandonaron el salón a toda prisa y el resto volvió a enfrascarse en lo que estaban haciendo justo antes de la interrupción, con la excepción de Sherry, quien se acercó a la mesa donde estaban las bebidas, sirvió un vaso de ratafía y se lo tendió a la condesa, que le sonrió agradecida.

—Muchas gracias, lord Sherrington. Ya estoy un poco más tranquila sabiendo que Emma se ocupará de todo.

—La señorita Lovegrace parece una joven muy capaz.

—Oh, sí, Emma siempre sabe qué hacer en toda circunstancia. —Sherry hizo una mueca, pero su interlocutora no lo notó—. Burlington y yo siempre estamos rogándole a su abuelo que la deje venir de visita, ¿verdad, querido? —como de costumbre, el conde asintió con expresión benévola a lo que decía su esposa—, pero ella está muy ocupada con ese proyecto suyo tan poco... tan poco convencional.

Tanto las palabras como ese ligero titubeo despertaron al instante la curiosidad de Sherry.

—¿Un proyecto poco convencional? Me pregunto a qué se refiere, lady Burlington.

Pero por una vez, su anfitriona no parecía dispuesta a chismorrear.

—Oh, no me haga caso, creo que he hablado de más.

Sherry era demasiado caballeroso para insistir, pero se prometió que averiguaría qué era eso tan «poco convencional» a lo que la desconcertante señorita Lovegrace dedicaba su tiempo. Sin embargo, esa noche no se le presentó la oportunidad porque ella no volvió a aparecer por el salón.

Capítulo

A la mañana siguiente, después de una larga cabalgada, Sherry coincidió con lord y lady Burlington, que estaban desayunando en el comedor. El resto de los invitados todavía no había bajado.

—Buenos días. —Sherry inclinó la cabeza antes de sentarse y hacer una señal al lacayo para que le sirviera un café—. ¿Alguna novedad respecto a su nieto, lady Burlington?

—Oh, Nicholas está mucho mejor, gracias al cielo. —Los labios de la condesa se distendieron en una amplia sonrisa que hizo temblar las gruesas mejillas y la exuberante montaña de rizos castaños que solía coronar su cabeza.

—Y gracias a Emma también —apostilló lord Burlington con la boca llena.

—Por supuesto, querido, no sé qué hubiéramos hecho sin Emma. Según me ha contado Mary, estuvo atendiéndolo hasta que consiguió que le bajara la fiebre y se quedó al fin dormido a eso de las dos de la madrugada.

En ese momento, se abrió la puerta y la aludida entró en el comedor.

—Emma, querida, precisamente estábamos hablando de ti. Debes de estar agotada.

—En absoluto, lady Burlington, soy de esa clase de personas que no necesitan dormir demasiado. —La señorita Lovegrace sonrió con calidez al lacayo quien, sin preguntar, acababa de colocar delante de ella un plato rebosante de huevos revueltos y tostadas—. Gracias, Phillips.

—Seguramente por haber crecido en medio de un ejército, querida mía; un buen soldado siempre ha de estar dispuesto y alerta —dijo lord Burlington sin dirigirse a nadie en particular.

Sherry la examinó con ojo crítico. En efecto, la señorita Lovegrace no parecía en absoluto cansada y, desde luego, la crisis de la noche anterior no le había quitado el apetito, pensó al verla abalanzarse con entusiasmo sobre los huevos revueltos. Ya había observado en anteriores ocasiones que, al contrario que otras damas, Emma Lovegrace no se andaba con melindres a la hora de comer.

«Seguramente por haber crecido en medio de un ejército», reprodujo en su cabeza, aunque en un tono mordaz, las palabras de su anfitrión. «Un soldado siempre está dispuesto; nunca se sabe cuándo va a hacer la siguiente comida».

Como si adivinara lo que estaba pensando, la señorita Lovegrace levantó los ojos del plato y le dirigió una de esas miradas burlonas que no tardó en surtir el efecto habitual: Sherry se puso a la defensiva antes de pasar al ataque.

—Ya me ha contado lady Burlington que es usted un ángel de bondad —dijo sin molestarse en reprimir el sarcasmo, aunque los condes, acostumbrados a su legendario encanto, ni siquiera lo notaron.

—Muchas gracias, milord, pero creo que exagera un poco. —Pese a que estaba muy seria, había un brillo de diversión en los ojos oscuros.

—Lord Sherrington no exagera en absoluto, querida Emma, es la pura verdad —se apresuró a intervenir lady Burlington con una sonrisa afectuosa—. He oído que Nicholas no ha dejado de preguntar por ti esta mañana. Por cierto, querido, será mejor que vayamos a verlo ahora. Mary dice que luego estará más cansado.

Los condes se disculparon y se levantaron de la mesa, dejándolos sin más compañía que la de un par de lacayos, que entraban y salían con bandejas cargadas de alimentos para rellenar los pesados calentadores de plata, dispuestos con el resto del bufé del desayuno sobre una ornamentada consola reina Ana.

La señorita Lovegrace siguió comiendo con apetito, indiferente a la mirada crítica de Sherry.

—¿Quiere que le traiga algo más, señorita Lovegrace? ¿Qué tal un plato de riñones? ¿O tal vez un par de scones con mermelada?

Ella negó con la cabeza, haciendo caso omiso una vez más del tono mordaz que empleó.

—Creo que no será necesario. La verdad es que estaba muerta de hambre.

—No hace falta que lo jure.

El conde de Sherrington dio un respingo al escucharse a sí mismo; ¿desde cuando hacía gala de semejante falta de modales frente a una dama?

—Ya ve, al parecer el exceso de bondad despierta el apetito. ¿Le importa pasarme ese plato de cruasanes, milord?

Esa respuesta irónica lo hizo olvidarse de sus remordimientos al instante. Sherry le pasó el plato con el ceño fruncido; no estaba acostumbrado a que las mujeres se dirigieran a él en ese tono y, por supuesto, no le gustó.

«Has empezado tú», le dijo una vocecita interior, pero al instante la hizo a un lado con impaciencia.

—Es usted una caja de sorpresas, señorita Lovelace.

—No sé por qué me da que eso no es un cumplido, precisamente.

El brillo de los ojos oscuros resultaba difícil de resistir, pero Sherry apretó los dientes, decidido a no sucumbir ante el extraño embrujo de esa mirada.

—Y ¿por qué piensa eso, si puede saberse? —preguntó sin molestarse en negarlo.

Ella consideró la respuesta mientras elegía uno de los apetitosos cruasanes y le daba un mordisco.

—Tal vez porque soy muy perspicaz —dijo cuando acabó de tragar—. O quizá... —Hizo una pequeña pausa antes de pasar al ataque—: Quizá se deba a que usted no ha intentado disimular en ningún momento que me encuentra insoportable.

Otra de las cosas a las que Sherry no estaba acostumbrado —al menos en lo que se refería a las relaciones sociales— era a los ataques directos y, pese a que era consciente de que ella tenía toda la razón, decidió darse por ofendido.

—No sé de qué me habla, señorita Lovegrace. —Enarcó una ceja con altivez—. Tengo a gala mostrarme cortés en todo momento, en especial con las damas, sea cual sea su condición.

—Oh, sí, ya me he dado cuenta.

Una vez más, Sherry frunció el ceño. No le había gustado nada cómo había sonado aquello.

—¿Perdón?

La señorita Lovegrace le dio un mordisco al segundo cruasán, como si no hubiera notado el matiz ultrajado que él había imprimido a esa única palabra.

—Están deliciosos. ¿Seguro que no quiere uno?

Pero Sherry había perdido el apetito.

—Estoy esperando.

Una vez más, ella masticó con parsimonia y tragó antes de responder con los ojos clavados en los suyos.

—Usted, milord, es amable y cortés con todas las mujeres y coquetea con la mayoría sin importar la edad o el grado de belleza, algo que, por lo que he podido observar, a ellas les encanta. Imagino que no ignora que es un gran favorito entre las damas.

Esa respuesta no era lo que había esperado, lo cual, por otra parte, tampoco le extrañó demasiado; al parecer, ya iba conociendo a la señorita Lovegrace.

—Lo dice como si fuera algo malo. —Y no pudo evitar soltar otro pequeño dardo—. ¿No estará celosa? ¿Tal vez piensa que no he coqueteado con usted lo suficiente?

—Oh, no, no es eso. —Descartó la idea con un gesto airoso de la mano.

Esa absoluta indiferencia acabó de picarlo.

—¿Está segura? Entonces, ¿por qué lo hace sonar como una acusación?

La señorita Lovegrace se encogió de hombros.

—Es una sensación que tengo desde la primera vez que lo vi, lord Sherrington. Siempre

parece usted estar de buen humor, se muestra ameno, animado, invariablemente amable y cortés..., excepto conmigo claro está —le lanzó una mirada maliciosa, pero Sherry decidió no caer en la trampa—. Yo diría, milord, que es usted el invitado perfecto. Sin embargo...

Se detuvo y Sherry, que estaba muy pendiente de sus palabras, la animó a seguir con un gesto impaciente.

—Sin embargo...

—Sin embargo —dijo por fin al cabo de unos segundos—, de vez en cuando detecto una... una cierta expresión en sus ojos.

—¿Una cierta expresión en mis ojos? ¿Qué tonterías son esas?

—Oh, no son tonterías —dijo sin perder la calma—. Definitivamente, milord, creo que usted oculta algo.

—¿Ocultar? ¿Yo? —Movi6 la cabeza con gesto desdeñoso—. Me temo que padece usted un exceso de imaginación, señorita Lovegrace. A quien quiera que le pregunte le dirá que el conde de Sherrington es transparente como un arroyo cristalino.

—Sí, estoy segura de ello —asintió de buen talante, antes de dar un sorbo de té.

—¿Entonces? —Sherry enarcó una ceja, mucho más oscura que el tono de sus cabellos.

La señorita Lovegrace le dirigió una penetrante mirada por entre los párpados entornados.

—Pienso... bueno, en realidad estoy segura de que usted se refugia detrás de una fachada de encanto y buenas maneras. No digo que esté fingiendo, no es eso. En verdad creo que usted aprecia a las mujeres por ellas mismas, algo que no resulta frecuente en nuestra sociedad, pero...

Se detuvo una vez más y Sherry soltó un bufido.

—Qué manía tiene usted de detenerse siempre a destiempo. Pero ¿qué?

Su interlocutora clavó los ojos en los suyos y se dejó de rodeos:

—Sé que oculta algo, milord, y estoy decidida a averiguar de qué se trata.

Semejante afirmación no contribuyó a ganarse sus simpatías, pero Sherry inspiró profundamente, decidido a conservar la calma por mucho que esa irritante mujer tratara de provocarlo.

—Eso no son más que una sarta de sandeces sin sentido. Estoy dispuesto a olvidar la impertinencia de esa conclusión final, señorita Lovegrace —dijo en el mismo tono condescendiente que emplearía con una niña obstinada que estuviera, además, un poco mal de la cabeza—. Entiendo que hay personas a las que les gusta ver misterios por todas partes, pero me temo que en esta ocasión se confunde usted de medio a medio.

Ella se encogió de hombros en su gesto habitual.

—Veremos, milord —dijo muy tranquila.

Una vez más, Sherry inspiró con fuerza para no ceder a la tentación de inclinarse sobre la mesa, agarrarla de los brazos y sacudirla con fuerza. Haciendo un poderoso esfuerzo, consiguió decir con la misma calma que ella:

—Pese a que no dice más que tonterías, siento cierta curiosidad... —Los ojos oscuros se clavaron en él expectantes—. ¿Por qué ese interés en averiguar lo que, según usted, oculto?

La señorita Lovegrace bajó la mirada con un aire cándido, tan patentemente falso, que le hizo rechinar los dientes.

—Reconozco que siempre he sentido debilidad por los pelirrojos.

Boquiabierto, Sherry la miró sin saber qué responder, pero en ese preciso instante, se abrió la puerta y la entrada de las hermanas Sandford, que bajaban a desayunar seguidas de cerca por su amigo Gurney, puso fin en el acto a ese incómodo momento.

Pasaron dos días en los que Sherry procuró evitar a la señorita Lovegrace en lo posible. En realidad no fue difícil porque ella se excusaba a menudo de los planes del grupo y, salvo cuando se reunían para cenar en el comedor, apenas se cruzó con ella. Por lady Burlington supo que pasaba muchas horas en las habitaciones de los niños con el pequeño Nicholas, quien, aunque mejoraba día a día, aún estaba muy débil.

Sherry aprovechó para olvidarse de sus salidas de tono y coquetear con la señorita Lavinia Sandford sin cortapisas, aunque teniendo siempre buen cuidado de no comprometerse; algo en lo que era todo un experto. Cuando el conde de Sherrington les decía adiós, las damas a las que había galanteado tan alegremente lo despedían con cierta tristeza, pero sin rastro de despecho. Por todo ello, el reencuentro con la señorita Lovegrace en ciertas circunstancias bastante comprometidas lo cogió por sorpresa.

Esa tarde había llovido con fuerza por lo que no les había quedado más remedio que renunciar a ir de compras al pueblo más cercano, como habían planeado, y matar el tiempo jugando a las cartas en uno de los salones de Grafton House. Pese a la lluvia, no se habían librado de las visitas de la señora Perris y del reverendo Lewis.

La primera enseguida se había hecho un hueco en una de las mesas, indiferente a una cierta resistencia ofrecida por sus compañeros de partida, mientras que el reverendo, quien —como él mismo gustaba de informar a todo el que quisiera escucharlo— consideraba las cartas un divertimento demasiado frívolo para un hombre que ha recibido las órdenes sagradas, se paseaba junto a las mesas haciendo comentarios sobre las cartas de los jugadores. Unos comentarios que, en más de una ocasión, habían levantado rotundas protestas que él descartaba con una sonrisita condescendiente, hasta que, en un momento dado, murmuró una excusa a la que nadie prestó la menor atención y salió de la habitación sin que ninguno de los presentes reparara en su ausencia.

Unos minutos más tarde, lady Burlington anunció que se había olvidado la labor en el invernadero y Sherry, que justo acababa de terminar una partida, se ofreció de inmediato a ir a buscarla. Lo cierto era que ya estaba aburrido de las cartas y también de la menor de las Sandford, cuya conversación inane estaba empezando a cansarle.

Sin apresurarse, cruzó el vestíbulo en dirección al invernadero, que comunicaba con otro de los salones de la casa. Nada más entrar, el ambiente cargado y húmedo producido por las numerosas estufas de carbón lo golpeó con fuerza. El invernadero de Grafton House no era tan grande como el de Rutlands, la imponente mansión de piedra caliza que había pertenecido a los Cavendish casi desde los tiempos de la Conquista, pero era moderno y estaba bien surtido de flores y frutas exóticas. Se dirigió hacia donde lady Burlington creía haberse dejado la labor y, en efecto, sobre el pequeño velador de hierro, distinguió la bolsa de tela.

En ese momento oyó voces e, instintivamente, se refugió detrás de un frondoso ficus. Con mucho cuidado, se asomó entre las hojas y la imagen que se presentó ante sus ojos a punto estuvo de arrancarle una carcajada. A poca distancia de él, el reverendo Lewis, rodilla en tierra, estaba metido de lleno en lo que tenía el inconfundible aspecto de una apasionada declaración de amor dirigida nada menos que a la pragmática señorita Lovegrace, quien, pese a sus denodados esfuerzos, parecía incapaz de liberar la mano que tenía atrapada entre las manos masculinas. De nuevo, Sherry tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no aullar de risa.

—¡Reverendo Lewis, por favor, levántese de inmediato!

Por una vez, la señorita Lovegrace parecía haber perdido buena parte de su habitual sangre fría. Tenía las mejillas sonrosadas y un mechón de cabello oscuro, que se había escapado del severo recogido, se le rizaba junto a la sien debido a la humedad.

«De un modo bastante atractivo», se vio obligado a reconocer Sherry para sus adentros de mala gana.

—Querida señorita Lovegrace, pese al dolor crónico de mis huesos, arrodillarme ante usted es solo un pequeño sacrificio para un caballero rendido a sus encantos —afirmó el enamorado en tono pomposo.

—Ya le he dicho que me siento muy halagada por su amable proposición, reverendo, pero me es imposible aceptarla. ¡Le ruego que se levante antes de que entre alguien y lo sorprenda así!

La impaciencia que latía en sus palabras era inconfundible, pero saltaba a la vista que el reverendo estaba demasiado cegado por el amor para percatarse de ello.

—Mi adorada señorita Lovegrace, desde el primer instante en que la vi supe que estábamos hechos el uno para el otro. Quizá piense que soy un poco mayor para pedir su mano, pero le prometo que, con la experiencia y la sabiduría propia de mis años, la guiaré por los procelosos caminos de la existencia para evitar que cometa los errores propios de la juventud.

La señorita Lovegrace, a la que aquella promesa no parecía haber emocionado demasiado, chasqueó la lengua visiblemente exasperada.

—Reverendo, no soy ninguna niña y no necesito que nadie me guíe.

—Es normal que diga eso, es usted tan inocente, pero no tema, siempre me tendrá a su lado para...

—Creo que la señorita Lovegrace ha dejado claro que no puede aceptar su amable proposición.

La voz de Sherry resonó en el pequeño invernadero. Las cabezas de los dos actores principales de aquel melodrama giraron al unísono y los ojos de ambos se abrieron, llenos de sorpresa, al ver aparecer la imponente figura por detrás del ficus.

Sherry se acercó a ellos con aire relajado y sonrió con malicia al notar el furioso color rojo que inundó las mejillas femeninas. El reverendo Lewis, que también tenía el rostro congestionado, se puso en pie a toda prisa con una agilidad pasmosa a pesar de la edad y del reuma, y se aclaró la garganta con fuerza.

—Lord Sherrington... —masculló inclinándose con torpeza antes de salir huyendo del invernadero.

—Vaya, lamento haber espantado a su pretendiente —dijo Sherry en tono compungido.

La señorita Lovegrace no respondió, saltaba a la vista que seguía muy agitada. El pecho bien formado subía y bajaba a toda velocidad debajo de la delicada muselina del vestido, y no pudo evitar que su mirada se dirigiera hacia ahí. Ella se cruzó de brazos como si hubiera notado su curiosidad, y Sherry se apresuró a subir la mirada hasta los grandes ojos oscuros que quedaban a poca distancia de los suyos. La señorita Lovegrace era muy alta y resultaba una agradable novedad no tener que inclinarse demasiado.

—Yo... creo que... —Por primera vez desde que la conocía, parecía incapaz de encontrar las palabras adecuadas.

—No se apure, señorita Lovegrace, al fin y al cabo el amor es un sentimiento incontenible. Soy yo quien debería disculparme por interrumpir este delicioso *tête à tête* —dijo burlón, sin hacer caso de los destellos amenazadores que lanzaban los extraordinarios ojos oscuros—. Lo siento por el reverendo, de verdad. Me pareció muy prometedor eso que decía de guiarla por los procelosos caminos de la existencia etc., etc., etc.

Ella se mordió el labio inferior con fuerza. Sherry ignoraba si debido al bochorno que debía de estar sintiendo o para contener una sonrisa y, sin poder evitarlo, sus ojos se quedaron pegados a esos labios llenos y rosados a los que, hasta ese momento, no había prestado atención.

—Lord Sherrington —dijo al fin un poco más compuesta—. Le agradecería que no mencionara a nadie este episodio.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —dijo haciéndose el sorprendido—. Ha sido una escena conmovedora.

—A nadie le gusta sentirse humillado y el reverendo Lewis tiene derecho a que su proposición, honesta aunque desencaminada, quede entre él y yo.

Sherry frunció los labios como un niño caprichoso.

—¿Me está pidiendo que renuncie a contar una anécdota que, estoy seguro, me convertiría en el predilecto indiscutido de las damas?

Ella lo miró muy seria.

—Simplemente, milord, le recuerdo que quizá llegue el día en el que usted también haga el ridículo por amor y no creo que le gustara que ese momento fuera del dominio público.

Sherry alzó una ceja sardónico.

—Me temo que ese día no llegará nunca.

—Tal vez me vea obligada a recordarle estas palabras más adelante, lord Sherrington. Ahora, si me disculpa, debo subir a cambiarme para la cena.

Sherry no había terminado con ella, pero antes de que pudiera protestar, la señorita Lovegrace se inclinó en una pequeña reverencia y salió a toda prisa del invernadero.

—Vaya —dijo en voz alta—. Me pregunto si algún día podré decir yo la última palabra.

Apretó los labios con desaprobación, cogió la bolsa de tela en la que lady Burlington guardaba la labor y, con ella en la mano, se encaminó despacio hacia la puerta.

3

Sherry se sentía algo inquieto mientras viajaban rumbo a Rosewood Hall en el confortable carruaje del conde de Burlington. La invitación para acudir al baile en el que sir John Forrester presentaría a su hija mayor en sociedad lo había tomado por sorpresa y cada vez que miraba a Isabella, que iba sentada frente a él con un vestido dorado que se pegaba a las curvas exuberantes de una manera ligeramente indecente, lo que le daba un aspecto más provocativo y felino que nunca, y veía esa sonrisita de gata satisfecha que no se borraba de los labios sensuales, no podía evitar que lo asaltara un agudo desasosiego.

Debido a un pequeño incidente, la invitación había llegado el día anterior y con tan poca antelación Sherry no había podido enviar un mensaje de advertencia al marqués de Ravensworth, uno de sus mejores amigos. Si el duque de Darrylshire, su otro mejor amigo, no se había equivocado —y Darryl por lo general no se equivocaba jamás—, Ravensworth debía de estar muy ocupado tratando de recuperar el afecto de su esposa.

Al final Darryl iba a tener razón y la caída del caballo de Ravensworth, pese a que le había dejado como secuela una dolorosa y pronunciada cojera, iba a ser lo mejor que le había pasado en su vida.

«Si Isabella no lo estropea todo, claro está».

—Está muy callado, lord Sherrington. —Lavinia Sandford le dirigió una mirada coqueta por debajo de las rubias pestañas.

Sherry se recuperó con rapidez y dijo con galantería:

—Reconozco que tener a tres bellezas semejantes delante de mis ojos me ha dejado sin palabras.

—Sherry, eres un bandido —se rió Gurney, que iba a su lado.

Isabella se abanicó despacio, con aire de considerar cualquier cumplido más que merecido. La señorita Lavinia Sandford soltó una risita tonta y la señorita Lovegrace se limitó a lanzarle una de esas miradas insondables. Habían tenido que repartirse en dos carruajes, pues la señora Perris se había sumado a la expedición en el último momento y el espacio resultaba bastante justo. De hecho, no podía evitar que sus largas piernas rozasen de vez en cuando la seda del vestido de la señorita Lovegrace, que iba sentada frente a él.

Una vez más, Sherry la miró con disimulo. Pese a que como de costumbre llevaba un vestido sencillo de escote discreto, este se ajustaba a la perfección a las líneas esbeltas y elegantes de su cuerpo. El exótico tono borgoña de la tela ponía de relieve la blancura de su piel y el color oscuro de los ojos y del cabello que, por una vez, llevaba apilado encima de la cabeza en un sofisticado peinado, del que escapaban unos cuantos mechones que enmarcaban el delicado óvalo del rostro de un modo muy favorecedor.

Lo cierto era que la señorita Lovegrace estaba lejos de ser la mujer anodina que le había

parecido en un principio, reconoció de mala gana como le ocurría siempre que tenía que conceder algún punto a esa irritante damisela. Ninguna mujer con unos ojos semejantes podría ser considerada nunca anodina; no podía negarse que el ridículo reverendo Lewis tenía buen gusto.

—Le he reservado el vals, lord Sherrington, me ha dicho un pajarito que baila muy bien. — Lavinia Sandford parecía decidida a acapararlo toda la velada.

Sherry inclinó la cabeza y dijo en tono teatral:

—Me siento muy halagado por ambos cumplidos.

—¿Ambos?

Por desgracia, la más joven de las señoritas Sandford tenía un defecto fatal: siempre había que explicarle las cosas. A Sherry no se le escapó el destello de diversión en los ojos oscuros de la mujer que viajaba frente a él y tuvo que contenerse para no rechinar los dientes.

—Me siento halagado de que me diga que bailo bien el vals y de que usted quiera bailar conmigo, señorita Sandford —le explicó con paciencia.

De nuevo, la irritante risita de la señorita Sandford resonó en el interior del carruaje.

—Espero que ustedes también tengan a bien reservarme un baile, lady Whitworth, señorita Lovegrace.

Ambas damas asintieron con una inclinación de cabeza, y el resto del trayecto la conversación fue acaparada por Gurney, que no dejó de coquetear con Isabella haciendo comentarios excesivamente atrevidos.

§

Emma miró a su alrededor con anticipación; lo cierto era que le encantaban los bailes, aunque no había acudido a muchos. Complacida, tocó con disimulo el carné que le colgaba de la muñeca; tenía casi todos los bailes comprometidos.

Las puertas ventanas del salón estaban abiertas de par en par, pero pese a ello, hacía calor y el olor de las velas y de los abundantes adornos florales hacían que el ambiente resultara un tanto sofocante. Lord Sherrington se abrió paso con habilidad entre los numerosos invitados y el resto lo siguió hasta colocarse entre la primera fila de espectadores que observaba a las parejas que giraban por el amplio salón al ritmo de un vals.

A Emma le llamó la atención en especial una pareja que bailaba en perfecta sincronía sin dejar de mirarse a los ojos, completamente ajenos a lo que sucedía a su alrededor. Él era alto, moreno y peligrosamente atractivo. Ella, en cambio, era rubia y menuda, y tenía una belleza frágil que cortaba el aliento. Un sonido extraño le hizo girar la cabeza y descubrió a su lado a la duquesa de Whitworth, que también seguía las evoluciones de la llamativa pareja con una expresión desagradable en los rasgados ojos verdes.

La mirada de Emma se posó en el rostro de lord Sherrington quien, al contrario de lo habitual, no parecía sentirse demasiado cómodo. Emma suspiró y, como había hecho a menudo desde el primer instante en que posó los ojos en él, pensó que era muy injusto que un hombre tuviera un pelo tan increíblemente bonito.

No había mentido cuando comentó, medio en broma, que siempre había sentido debilidad por los pelirrojos. A los diez años se había vuelto inseparable de un golfillo portugués que tenía el pelo como una llamarada. Juntos habían hecho todo tipo de travesuras que les habían valido numerosos castigos: cien veces se habían revolcado en el polvo en medio de una pelea y cien veces habían vuelto a hacer las paces; iban a pescar y se bañaban medio desnudos en una charca cercana; robaban las uvas de las viñas y los melocotones de los huertos de los campesinos y se

los comían al sol... Jamás había vuelto a tener un amigo como él, y el día en que el regimiento levantó el campamento para reforzar a las tropas que luchaban en Bélgica contra la Francia revolucionaria, Emma pensó que se le partiría el corazón.

El pelo del conde de Sherrington tenía una tonalidad mucho más oscura que la de su amigo João, pero un rayo de sol o la luz de una lámpara podían arrancar deslumbrantes destellos de fuego de esa cabellera leonina y, cada vez que eso ocurría, Emma notaba una curiosa sensación en la boca del estómago. Se había regañado a sí misma en innumerables ocasiones por esa estúpida debilidad, pero no podía evitarlo. Lo cierto era que, además de su pelo, lord Sherrington era muy alto, con hombros anchos y caderas estrechas, y tenía los ojos castaños —del mismo tono del caramelo poco hecho— más dulces del mundo. En resumen: era uno de los hombres más apuestos que Emma había visto jamás.

«Sí, tiene una cara bonita y una figura excepcional, pero ¿qué merito tiene eso? Es un hombre frívolo y superficial que vive para agradar a las damas y cuya única preocupación en la vida es pasárselo bien».

Pero por mucho que se repetía esas palabras, no podía evitar que el corazón le latiera más deprisa cada vez que lo veía entrar en una habitación. Así que Emma se había resignado a soportar ese encaprichamiento pasajero diciéndose que, en cuanto se fuera de Grafton House, se olvidaría de él. El frívolo y atractivo conde de Sherrington y la pragmática y ordinaria señorita Lovegrace no tenían nada en común. Además, él vivía en Londres la mayor parte del tiempo y ella apenas salía de Peyton Gardens, la encantadora propiedad que había comprado su abuelo en los Costwolds cuando se retiró del ejército.

No creía que los caminos de ambos volvieran a cruzarse y, sin embargo...

Un sexto sentido le decía que había en él mucho más de lo que parecía a simple vista; que esa actitud bonachona y alegre no era más que una fachada que ocultaba algo mucho más oscuro.

—¡Benedict, querido, no estaba segura de que te encontraría aquí!

La voz de Isabella la trajo de regreso al salón de baile. El vals había finalizado y la llamativa pareja estaba ahora junto a ellos. El hombre alto y moreno no parecía muy contento de ver a la exuberante duquesa y Emma, que estaba justo enfrente, captó un destello de angustia en los ojos castaños de su rubia acompañante, antes de que esta compusiera de nuevo el rostro y los delicados labios esbozaran una sonrisa artificial.

La tensión en el ambiente casi se podía palpar y, como de costumbre, lord Sherrington acudió al rescate:

—Hola, Ravensworth, te estaba buscando. Milady... —Se inclinó con elegancia sobre la mano de la mujer rubia.

—Lord Sherrington, qué agradable sorpresa —dijo con voz serena la desconocida, aunque Emma tuvo la sensación de que tenía que hacer un considerable esfuerzo para hablar con calma.

—Lady Ravensworth, permítame que le presente a la duquesa de Whitworth.

Ambas inclinaron la cabeza en un frío saludo. La tirantez de la escena era tan evidente, que lord Sherrington se apresuró a intervenir una vez más:

—Lord Ravensworth, lady Ravensworth, la señorita Lovegrace. —De nuevo se inclinaron todos en una ligera reverencia—. La echamos abominablemente de menos cuando se marchó de Londres, lady Ravensworth.

—Sherry, no puedo creer que estés aquí. ¿Por qué no me dijiste que vendrías?

Se notaba a la legua que lord Ravensworth no estaba nada feliz con el reencuentro, aunque Emma sospechaba que su descontento se debía a la presencia de una persona en particular, cuyos ojos verdes en ese momento lo devoraban sin disimulo con una mirada posesiva.

—Fue todo muy repentino, Ravensworth. Estamos pasando unos días en Grafton House, a unas doce millas de aquí. Resulta que el padre de Gurney y sir John cazan juntos a menudo, y cuando este se enteró de que estábamos en su casa nos invitó a todos al baile de presentación de su hija.

En ese momento, otras dos parejas se acercaron a ellos. Lord Sherrington hizo las presentaciones y en seguida todos hablaban con todos muy animados. Emma se encontró de pronto junto a lady Ravensworth; se notaba que esta seguía aturdida por el inesperado encuentro, así que se esforzó por conducir la conversación por terrenos no conflictivos.

—La verdad es que me alegro de haber venido. No suelo acudir a muchos bailes, pero de vez en cuando resulta un agradable cambio en la rutina.

Lady Ravensworth dio una respuesta al azar; era evidente que su mente estaba muy lejos. Emma notó que los grandes ojos castaños se posaban repetidamente en su esposo y la duquesa, que charlaban con animación un poco separados del resto y, una vez más, leyó en ellos una profunda angustia.

—¿Se encuentra bien? Se ha puesto pálida.

Su interlocutora esbozó una sonrisa trémula.

—La verdad es que hace calor y estoy un poco mareada. Creo que saldré un momento a la terraza a que me dé el aire.

—¿Desea que le acompañe? —Se ofreció Emma, preocupada.

—No gracias, no es necesario. En un momento estaré bien.

La marquesa de Ravensworth inclinó la cabeza y se alejó con rapidez en dirección a una de las puertas francesas desde las que se accedía a los jardines.

Emma la miró alejarse con el ceño ligeramente fruncido. Seguía debatiendo consigo misma si seguirla para asegurarse de que estaba bien o acatar sus deseos y dejarla sola, cuando la voz profunda de lord Sherrington resonó a su lado.

—Creo que el próximo es nuestro baile.

En efecto, los músicos afinaban los instrumentos para encarar la siguiente danza. Sin decir una palabra, Emma posó la mano sobre la manga de la elegante levita negra y juntos se dirigieron hacia el centro del salón, donde los otros bailarines ya habían ocupado sus puestos. Sonaron las primeras notas y empezaron a bailar en silencio, pero después de varias evoluciones, lord Sherrington preguntó:

—¿Qué ocurre? Parece preocupada.

Las palmas de ambos se juntaron y Emma giró al ritmo de la música. Lord Sherrington bailaba muy bien y a ella le gustó el tacto cálido y seco de su mano.

—Lord Ravensworth y su esposa no parecían muy contentos de vernos.

El baile los separó unos segundos y cuando volvieron a reunirse lord Sherrington tenía el ceño fruncido.

—Le gusta demasiado husmear en los asuntos ajenos.

A Emma no le sorprendió que se dirigiera a ella sin rastro de sus acostumbrados modales corteses; era consciente de que su presencia producía en él el mismo efecto que a un gato al que acariciaran a contrapelo.

—Yo lo llamo preocuparse por el prójimo —dijo con serenidad.

Una vez más las evoluciones de la danza los alejaron.

—Lady Ravensworth parecía profundamente afectada por la presencia de la duquesa — insistió cuando volvieron a juntarse.

Lo oyó resoplar.

—Imagino que no me dejará en paz hasta que tenga todas las respuestas.

Emma sonrió sin poder evitarlo.

—Veo que empieza a conocerme bien.

—La conozco lo suficiente para saber que disfruta provocándome —dijo en tono desaprobador.

—La tentación resulta irresistible, créame. —El seductor hoyuelo apareció por un instante en la comisura de la boca femenina.

Lord Sherrington abrió ya la suya para responder, cuando la danza los separó de nuevo. Emma lo vio apretar los labios.

—Sé que no le caigo demasiado bien —dijo ella cuando pudieron conversar de nuevo y enseguida añadió como si hablase consigo misma—: Me pregunto por qué me ha invitado a bailar...

—Una simple muestra de cortesía. Por si no se ha dado cuenta, he invitado a todas las damas del grupo.

—Ah —se limitó a decir Emma.

Esa respuesta tan poco comprometedora hizo que el amenazador ceño masculino se frunciera un poco más.

—Y se equivoca, señorita Lovegrace —añadió él al cabo de un rato—, usted no me cae mal.

—Entonces, ¿por qué se muestra siempre tan descortés conmigo?

—¡Nunca soy descortés! ¡Y menos con una dama!

Los bailarines más próximos a ellos los miraron con curiosidad.

—Ah —volvió a decir ella.

—¡Usted...! —Lord Sherrington se contuvo con visible esfuerzo y apretó los labios una vez más. Emma notó que le apretaba la mano con más fuerza. Lo oyó inspirar profundamente y, cuando volvieron a quedar frente a frente, dijo en un tono mucho más calmado—: Pero estábamos hablando de mi amigo Ravensworth y de su esposa. Ambos han estado mucho tiempo separados, pero por fin parece que las aguas vuelven a su cauce. Sin embargo, la presencia de la duquesa de Whitworth en estos momentos tan delicados podría ser... digamos que podría ser contraproducente.

—Ya veo.

Eso lo explicaba todo; Emma podía entender sin problemas el daño que una mujer bella, caprichosa y sin escrúpulos como la duquesa podía causar si decidía meterse por medio de una pareja vulnerable.

—¿Ya está satisfecha su curiosidad? —Su pareja enarcó una ceja con gesto altivo.

—Por completo, milord, además el baile está acabando. Alégrese, ya no tendrá que sufrir mi presencia el resto de la velada.

Antes de que a lord Sherrington se le ocurriera una respuesta adecuada, la música cesó y, tras inclinarse en una ligera reverencia, la señorita Lovegrace se alejó hacia donde lord y lady Burlington charlaban con unos conocidos.

4

Ya de vuelta en el carruaje, Emma repasaba la velada sintiendo una agradable somnolencia. Isabella, a su derecha, estaba sumida en un hosco silencio y Lavinia Sandford, sentada a su izquierda, dormitaba agotada. Enfrente, con la coronilla apoyada en el respaldo de terciopelo y los ojos cerrados, lord Gurney soltaba un sonoro ronquido de vez en cuando. Eran casi las dos de la madrugada y ella también sentía un agradable cansancio. Lo había pasado muy bien y no le habían faltado parejas de baile en toda la noche, aunque en el fondo reconocía que no le habría importado volver a bailar con lord Sherrington una vez más.

Lo miró con disimulo. El conde de Sherrington se había aferrado a la correa de cuero que había en la esquina del carruaje y tenía los ojos clavados en la ventanilla, pese a que afuera estaba muy oscuro. Había algo extraño en su actitud que la hizo ponerse repentinamente alerta.

De pronto, un trueno lejano hizo que lord Gurney abriera los ojos sobresaltado.

—Va a caer una buena tormenta.

—Sí, gracias a Dios. Vendrá bien para despejar el ambiente —dijo Emma sin dejar de abanicarse con un delicado abanico de mango de marfil. Pese a que unos minutos antes lord Sherrington había abierto un poco la ventanilla, el ambiente en el interior del carruaje resultaba sofocante.

Tras ese corto intercambio, lord Gurney cerró los ojos de nuevo y Emma volvió a concentrar su atención en el hombre que estaba sentado junto a él. Lo vio pasarse un dedo por el cuello de la imaculada corbata, como si esta le apretase y, justo en ese momento, los ojos de ambos se encontraron.

—Me duele un poco la cabeza, creo que es por el bochorno —se apresuró a explicar lord Sherrington con voz ronca, aunque ella no había dicho nada—. El cochero va demasiado despacio.

Impaciente, golpeó con el puño el pequeño cristal delantero y oyeron al cochero gritarle algo a los caballos, al tiempo que resonaba el chasquido del látigo.

Emma frunció ligeramente el ceño. Lord Sherrington tenía la frente perlada de sudor y los nudillos de la mano que sujetaba la correa estaban blancos. Pese al aumento de la velocidad, no corría una gota de aire en el interior del carruaje; por fortuna, no estaban lejos y consiguieron llegar a Grafton House mucho antes de que descargara la tormenta.

El otro carruaje llegó casi al mismo tiempo. Debido a las horas, la condesa se había visto obligada a pedirle a la señora Perris que se quedara a dormir y esta se había apresurado a aceptar el ofrecimiento. Cansados y con pocas ganas de charlar, se despidieron unos de otros al pie de la escalera.

Sin dejar de tararear las notas de uno de los vales que la orquesta había tocado esa noche, Emma se puso rápidamente el camisón y se metió en la cama. Al cabo de más de un cuarto de

hora sin parar de dar vueltas, comprendió que pese a lo cansada que estaba le iba a costar conciliar el sueño. Así que se levantó, se puso la bata y las zapatillas y decidió bajar a coger prestado algún libro de la biblioteca de lord Burlington.

«Uno de sermones religiosos sería perfecto», se dijo abriendo la puerta del dormitorio con cuidado. «Los sermones tienen un maravilloso efecto somnífero».

La casa estaba en completo silencio, roto tan solo por el estruendo de los truenos y el gemido del viento; era como si la tormenta estuviera descargando justo encima del tejado de Grafton House. Protegiendo la llama de la vela de las corrientes de aire con la mano, Emma caminó deprisa por el pasillo. De pronto, un ruido que no parecía producido por la tormenta la hizo detenerse en seco. Se quedó quieta, escuchando, y al cabo de un rato volvió a oírlo de nuevo.

«Creo que ha sido un grito», inquieta acercó el oído a la puerta más cercana y, una vez más, oyó lo que parecía un sonoro lamento.

No sabía quién dormía en esa habitación; sin embargo, eso no la detuvo. Golpeó la puerta con los nudillos con decisión, pero no hubo respuesta. Giró el pomo con suavidad y abrió una rendija; esta vez, el escalofriante alarido que la recibió le hizo dar un respingo. Con el corazón latiéndole a toda velocidad en el pecho, inspiró hondo y decidió entrar. De puntillas, se acercó a la cama y vio a Lord Sherrington quien, por el modo en el que se agitaba y gemía luchando contra las sábanas, tenía todo el aspecto de estar siendo víctima de una horrible pesadilla.

Emma se apresuró a dejar el pequeño candelero encima de la mesilla y se inclinó sobre la cama.

—¡Lord Sherrington, despierte! —susurró en tono urgente.

Pero él seguía moviendo la cabeza a uno y otro lado de la almohada, sin dejar de gritar cosas sin sentido.

Emma se mordió el labio, indecisa, antes de inclinarse de nuevo sobre él y sacudirlo con fuerza.

—¡Lord Sherrington, tiene que despertarse! ¡Está sufriendo una pesadilla!

Entonces, sin saber cómo, Emma se encontró tumbada sobre el colchón, con lord Sherrington sentado a horcajadas sobre ella y una de las manos masculinas cerrada dolorosamente en torno a su garganta.

—Lord... Lord... —trató de detenerlo medio ahogada, pero él seguía apretando con una mirada asesina en los, por lo general, dulces ojos color caramelo.

Aterrorizada, luchó con todas sus fuerzas por liberarse, pero fue inútil. Solo cuando ya pensaba que moriría asfixiada, él la soltó por fin. Jadeante, Emma se llevó una mano a la dolorida garganta mientras trataba de inspirar con ansia el oxígeno que se le había negado unos segundos antes.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué demonios hace usted aquí?

Lord Sherrington, más despeinado que nunca, parecía aturdido y rabioso a un tiempo. Emma trató de hablar, pero las palabras se negaban a salir.

—Déjeme ver.

Con brusquedad, lord Sherrington le apartó la mano y le examinó el cuello con atención. Emma estaba segura de que las huellas de sus dedos debían de resultar bien visibles en su piel. Lo vio apretar los labios hasta que se convirtieron en una fina línea blanca.

—¿Por qué está en mi habitación?

—Le oí gritar —consiguí decir al fin con una voz áspera que no le pareció la suya.

Con aire ausente, lord Sherrington le acarició con delicadeza la piel magullada del cuello; seguía sentado encima de ella.

—Podría haberla matado... —susurró tan bajo que a Emma le costó entenderlo.

—¿Le importaría...? ¿Le importaría apartarse? No puedo... respirar —rogó con dificultad.

Lord Sherrington se apartó al instante. Sintiendo un profundo alivio, Emma trató de incorporarse, pero temblaba tanto que no lo consiguió. Con un gruñido impaciente, él la cogió de ambos brazos con brusquedad y la ayudó a sentarse sobre el colchón, de modo que ambos quedaron frente a frente.

De pronto, al reparar en el pecho desnudo del hombre que estaba frente a ella, Emma se olvidó del dolor del cuello y se llevó una mano a la boca en un vano intento de contener una exclamación horrorizada.

—¡Dios mío!

—¿Qué pasa? ¿No le gusta el espectáculo? Entonces no debería haber entrado apenas vestida en la habitación de un hombre soltero.

Con el pelo revuelto, los labios fruncidos en una desagradable mueca sardónica y esa expresión salvaje en la mirada lord Sherrington resultaba una visión temible, pero Emma ni siquiera lo notó. Toda su atención estaba concentrada en ese pecho lleno de cicatrices, consecuencia de lo que debían de haber sido unas quemaduras terribles.

—¿Qué pasó? —dijo en un susurro apenas audible.

Por unos segundos pensó que no contestaría, pero finalmente, lord Sherrington se encogió de hombros con indiferencia.

—Una bomba explotó demasiado cerca, pero puede ahorrarse su lástima. Tuve suerte, estoy vivo; algo que no pueden decir más de la mitad de los hombres que estaban bajo mi mando. —Pese al tono jocoso, no había que ser un lince para darse cuenta de la amargura que rezumaban sus palabras.

«Así que era esto», pensó Emma. Allí estaba la causa de la oscuridad que había percibido en él desde el principio.

Sin pensar, extendió la mano y la posó sobre las horribles cicatrices, al tiempo que una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla. Notó bajo la palma el profundo estremecimiento que sacudió el cuerpo poderoso, pero no apartó la mano. Más tarde, fue incapaz de decir cuánto tiempo estuvieron así: él con los ojos cerrados, ella con la mirada clavada en ese pecho destrozado.

Lord Sherrington fue el primero en romper el silencio.

—No sabe usted lo que está haciendo... —dijo con suavidad pese a que, una vez más, latía una amenaza en su voz.

Emma levantó la vista, dejó caer la mano y parpadeó varias veces como si regresara de muy lejos.

—Yo... Lo siento...

—¿Lo siente? —repitió burlón—. ¿Seguro? No la creo. Una mujer decente no se cuela en la habitación de un hombre soltero con intenciones poco claras.

—¿Poco claras? —Emma reaccionó por fin, profundamente ofendida—. ¡Estaba gritando! Tenía una pesadilla y solo traté de ayudarlo.

—Conmovedor. ¿Tengo que darle las gracias?

El tono era deliberadamente ofensivo. Ese hombre de expresión sombría y ojos llameantes no se parecía en nada al lord Sherrington de modales amables y chispeante conversación al que las damas se disputaban en las reuniones. Al parecer, nada de lo que dijera iba a convencerlo de que no había entrado en su dormitorio con un propósito inconfesable, así que Emma juzgó que era el momento oportuno para retirarse.

—No, no tiene que darme las gracias. Buenas noches, milord, lamento de todo corazón haber reaccionado a su llamada de auxilio. No se preocupe, no volverá a suceder.

Pero cuando Emma trató de bajarse de la cama, él la agarró por la muñeca sin la menor delicadeza.

—No tan rápido, señorita Lovegrace.

—¿Qué quiere ahora? —Levantó la barbilla con aire desafiante, aunque empezaba a sentirse realmente asustada.

—Verá —ese tono suave era más aterrador que una docena de gritos y Emma tragó saliva, lo que volvió a recordarle su garganta magullada—, llevo mucho tiempo sin una mujer y usted ha venido voluntariamente a mi dormitorio. Ahora mismo está en mi cama y me temo... —se detuvo unos segundos y movió la cabeza—. Sí, mucho me temo que no voy a dejarla escapar.

Fue entonces cuando Emma se dio cuenta de que él estaba casi desnudo, o quizá desnudo por completo, no podía decirlo a ciencia cierta porque las sábanas le tapaban las caderas.

—Lord Sherrington, le aseguro que se equivoca, yo...

—Llámeme John —dijo en un susurro ronco y tomándole el rostro entre las grandes manos, inclinó la cabeza y la besó con pasión.

Emma sabía que debería haberse resistido; sabía que más tarde lamentaría con toda su alma no haberlo hecho, pero en ese beso había mucho más que lujuria. En ese beso latía una increíble angustia y ella jamás había sido capaz de resistir el sufrimiento humano. Sin pensar, lo estrechó entre sus brazos en un intento de ofrecerle un poco de consuelo.

El beso se hizo más profundo y cuando Emma sintió la punta de la lengua masculina abriéndose paso en el interior de su boca se sobresaltó. No era la primera vez que un hombre la besaba; en su juventud, un guapo soldado le había robado unos cuantos besos antes de partir para la batalla y no volver jamás, pero él también había sido un joven sin experiencia y aquellos besos inocentes no tenían nada que ver con los besos del conde de Sherrington.

De pronto notó el calor de una mano sobre el pecho. La fina tela del camisón no era barrera suficiente y, cuando él le acarició el pezón con el pulgar, un millar de sensaciones se apoderaron de ella. Sumergida de lleno en esas tumultuosas emociones, Emma se olvidó de todo y solo recobró la cordura cuando notó que él estaba tendido sobre ella y que los cálidos dedos se habían colado por debajo del ruedo del camisón y trataban de subírselo.

«¿Qué estoy haciendo?», pensó horrorizada. Con un esfuerzo sobrehumano, apartó el rostro poniendo fin a ese beso interminable.

—¡Milord! ¡Lord Sherrington! Por favor. Déjeme marchar —suplicó asustada.

Por un momento, se temió que él no le haría caso. Sin embargo, al cabo de unos segundos que se le hicieron eternos, él levantó la cabeza y se la quedó mirando con fijeza. Emma no fue capaz de adivinar lo que pasaba por su cabeza en ese momento, pero al cabo de un buen rato, habló por fin con voz ronca:

—Le ruego que me disculpe, señorita Lovegrace.

Emma esbozó una sonrisa vacilante, que casi al instante se borró de sus labios, al tiempo que se colocaba la prenda de dormir en su sitio con una mano temblorosa.

—Me... me temo que buena parte de la culpa es mía, lord Sherrington —respondió sin aliento y sin atreverse a mirarlo.

—Parece que la tormenta ha amainado —dijo él, aunque no venía a cuento.

Emma se puso en pie, aunque temía que sus rodillas temblorosas fueran a ceder de un momento a otro, cogió el candelero de la mesilla y, tratando de evitar en todo momento la visión del poderoso cuerpo desnudo, se inclinó en una imperceptible reverencia.

—Bue...nas noches, mi... milord —balbuceó antes de salir huyendo.

—Señorita Lovegrace... —La voz profunda la detuvo justo cuando ya tenía la mano sobre el pomo de la puerta.

—¿Sí, milord? —dijo sin volverse.

—Mañana hablaremos.

Había una extraña determinación en la voz masculina que la hizo tragar saliva, pero incapaz de pensar en una respuesta adecuada, Emma hizo girar el pomo y abandonó el dormitorio a toda prisa. Los pensamientos giraban en su cabeza a tal velocidad, que no se dio cuenta de que una de las puertas que daban al pasillo estaba entreabierta y unos ojos curiosos la espían a través de la rendija.

5

Sherry, que venía de los establos, entró en la casa sin dejar de golpear el aire con la fusta.

—Lord Sherrington, le agradecería que viniera un momento a la biblioteca.

La voz de la condesa de Burlington, llena de una desacostumbrada frialdad, resonó en el vestíbulo y lo hizo salir de su ensimismamiento.

—Me temo, milady, que no estoy muy presentable. —Sherry señaló las botas llenas de barro—. He estado cabalgando.

—No se preocupe por eso. Lo que tengo que decirle es de la mayor importancia.

Desconcertado por sus palabras y por esa expresión desaprobadora, tan alejada de la habitual cordialidad de su anfitriona, Sherry la siguió a la biblioteca sin rechistar. En el interior de la misma lo aguardaban lord Burlington con un gesto muy semejante al de su esposa y la señorita Lovegrace, que estaba sentada en una silla con la columna vertebral muy erguida. Pese a que estaba pálida, se la veía completamente dueña de sí misma. Sherry se fijó en el pañuelo de seda que llevaba anudado en torno al cuello y sintió un profundo remordimiento.

—Buenos días, lord Burlington, señorita Lovegrace. —Se inclinó con rigidez.

La señorita Lovegrace lo miró unos segundos y se apresuró a girar el rostro, aunque no antes de que Sherry percibiera el rubor que le inundó las mejillas.

—Lord Sherrington...

El conde carraspeó varias veces como si no supiera muy bien cómo continuar y lanzó una mirada desesperada a su esposa.

—Lo que Burlington quiere decir, lord Sherrington, es que se siente ofendido por el modo en el que usted ha traicionado nuestra confianza —dijo lady Burlington con la firmeza que le faltaba a su esposo.

Sherry se la quedó mirando con fijeza antes de cruzar una mirada acusadora con la señorita Lovegrace. Esta hizo un casi imperceptible movimiento negativo con la cabeza.

«¿Así que no ha sido ella? Entonces, ¿quién?», se preguntó desconcertado, pero no tuvo que esperar demasiado para conocer la respuesta.

Su anfitriona seguía hablando en el mismo tono acusador, así que hizo un esfuerzo para prestarle atención.

—La señora Perris se sentía ligeramente indispuesta después del baile y no podía dormir. En un momento de la noche, le pareció oír un rumor de voces —«rumor de voces», se dijo Sherry sarcástico. La señora Perris era sorda como una tapia; no tenía la menor duda de que se había pasado la mitad de la noche espionando detrás de la puerta— y, asustada de pensar que quizá se había colado un ladrón, se asomó con precaución. Podrá imaginar cuál fue su sorpresa al ver a la señorita Lovegrace salir de su habitación en un lamentable estado de... de *deshabillé*.

Sherry le lanzó una nueva mirada soslayo a la señorita Lovegrace; las mejillas femeninas

habían adquirido un rosa más intenso, pero seguía conservando el mismo aire de dignidad.

«Bueno, Sherry, esta vez no vas a poder escaparte como acostumbras», se dijo antes de inspirar profundamente y dirigir de nuevo la atención hacia sus anfitriones, que lo miraban con el aspecto, decepcionado pero resuelto, de un par de jueces a punto de emitir un veredicto de culpabilidad.

—Hoy mismo iba a escribir al general Lovegrace para pedirle la mano de su nieta en matrimonio.

Los condes de Burlington pasaron de la decepción más profunda a la sorpresa y, casi en el acto, a una indisimulable alegría.

—En ese caso —dijo lord Burlington con una amplia sonrisa—, bien está lo que bien acaba.

—Lord Sherrington, señorita Lovegrace, pueden estar tranquilos. Les prometo que hablaré con la señora Perris y no habrá ni rastro de escándalo —se apresuró a añadir lady Burlington, que ahora tenía todo el aspecto de una madre orgullosa de haberle encontrado un buen partido a una de sus hijas predilectas.

—¡Esto es ridículo!

La voz clara y firme de la señorita Lovegrace, que se había puesto en pie, les produjo un sobresalto y los tres se volvieron a mirarla sorprendidos.

—Le agradezco mucho su amable proposición, lord Sherrington —hizo una pequeña reverencia—, pero no tengo la menor intención de casarme con usted.

Hasta la noche anterior, el matrimonio ni siquiera había entrado en sus planes y, francamente, la irritante señorita Lovegrace habría sido la última de la lista en caso de que hubiera hecho una, pero después de lo ocurrido en su dormitorio, Sherry era consciente de que no le quedaba otra salida. Sin embargo, oírla decir de ese modo tan tajante que no tenía la menor intención de casarse con él, cuando debería estar dando saltos de alegría por haberlo pescado —una cosa era ser un tipo modesto y otra desconocer el valor de un título como el suyo y de la fortuna que iba unida a este—, lo puso furioso. Él se había sacrificado en aras del honor y ella despreciaba su sacrificio humillándolo delante de sus anfitriones.

La señorita Lovegrace siguió hablando con la misma calma.

—Como le estaba contando antes de que lord Sherrington entrara, lady Burlington, vine a buscar un libro a la biblioteca porque no podía dormir y entonces oí unos gritos. Sin pensar, entré en la habitación de la que provenían, que resultó ser la de lord Sherrington. En cuanto lo vi me di cuenta de que era víctima de una terrible pesadilla, seguramente por causa de la tormenta; el ruido de los truenos se asemeja mucho al fragor de la batalla. —Sherry la miró con fijeza; ¿cómo podía saber que las tormentas tenían ese efecto sobre él?—. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar, lady Burlington? ¿Salir corriendo y dejarlo sufrir sin hacer nada?

La aludida abrió la boca y la volvió a cerrar, como si fuera incapaz de encontrar la respuesta adecuada a esas preguntas más bien retóricas.

—Me limité a comportarme con un mínimo de humanidad, milady; tan solo lo desperté y, en cuanto se tranquilizó un poco, salí de la habitación. —Sherry enarcó una ceja con un gesto sardónico y se sintió satisfecho al notar que las mejillas de la señorita Lovegrace volvían a adquirir un favorecedor tono rosado. Sin embargo, ella lo ignoró por completo y prosiguió—: Hice por lord Sherrington lo que habría hecho por cualquier otra persona que estuviera sufriendo y no me avergüenzo de ello.

—Ah, ¿no?

Los fabulosos ojos oscuros se clavaron en él desafiantes.

—¡No!

—Señorita Lovegrace, estoy seguro de que todo ocurrió tal y como usted acaba de relatar —intervino lord Burlington con expresión bondadosa—. Lamentablemente, vivimos en un mundo que solo se preocupa de las apariencias; la verdad es una cuestión mucho menos importante. Siento que las cosas hayan ocurrido de esta manera, pero creo firmemente que debe usted aceptar la proposición de lord Sherrington; la señora Perris no se conformará con menos.

—¡No lo haré! ¡Me da igual lo que piense de mí una vieja chismosa como la señora Perris!

Era la primera vez que Sherry veía perder los papeles a la comedida señorita Lovegrace y no pudo evitar sentir una profunda satisfacción.

En fin, se dijo con resignación, había llegado el momento de intervenir.

—Lord Burlington, milady, me veo en la obligación de suplicarles que nos dejen un momento a solas —dijo en tono sereno.

—No será nece...

—Por supuesto, lord Sherrington. —Lady Burlington interrumpió las protestas de Emma—. Imagino que querrá hacer su proposición sin testigos molestos. Vamos, querido, dejemos solos a los tortolitos.

Lady Burlington les lanzó una mirada cómplice al tiempo que se colgaba del brazo de su esposo y juntos abandonaron la biblioteca con aire complacido.

—¡Tortolitos! —Había un mundo de sentimientos no expresados en esa simple palabra y, muy a su pesar, Sherry esbozó una sonrisa al verla tan alterada.

—Vamos, vamos, señorita Lovegrace, sabe perfectamente que no hay otra salida —dijo muy tranquilo; aunque ella diera muestras de una lamentable falta de delicadeza, él sabía muy bien cuál era su deber.

La señorita Lovegrace dio una patada en el suelo en un gesto bastante impropio de una dama.

—¡Por supuesto que hay una salida! No pienso casarme con usted y, admítalo, hasta que oyó lo de la señora Perris, usted tampoco tenía la menor intención de casarse conmigo.

Sherry la miró con severidad.

—No lo admito. Decidí casarme con usted en cuanto salió huyendo de mi dormitorio. Si quiere le recuerdo, señorita Lovegrace, aunque no creo que sea necesario, que anoche me tomé algo más que unas cuantas libertades con usted.

—Tiene razón, ¡no es necesario que me lo recuerde!

—Si le hace sentirse mejor, reconozco que mi comportamiento fue lamentable.

—¡Nada de lo que diga me hará sentir mejor!

Con las mejillas arboladas y los ojos oscuros echando chispas la encontró muy deseable, pero Sherry hizo a un lado ese pensamiento traicionero sin miramientos. La señorita Lovegrace se merecía un buen escarmiento y él no iba a dejar escapar la ocasión de provocarla un poco más.

—Claro que, por otra parte, era difícil no reaccionar como lo hice. Al fin y al cabo, yo estaba en mi cama durmiendo plácida, o no tan plácidamente, y por supuesto... —hizo una pausa y, una vez más, Emma tragó saliva al ver la mirada entre burlona y sugerente que le lanzó antes de terminar la frase— completamente desnudo.

Ella lanzó un jadeo indignado al oírlo.

—¡Es usted...!

Pero de pronto, Sherry ya no tenía ganas de seguir jugando con ella al gato y al ratón.

—Señorita Lovegrace —dijo impaciente—, esta discusión no nos lleva a ninguna parte. Acepte de buena gana mi proposición y prometo que me esforzaré en hacerla lo más feliz posible.

—Me abruma usted con tanto romanticismo —replicó sarcástica.

—No estamos hablando de romanticismo, sino de ser prácticos. Hasta hoy pensaba que usted era una persona eminentemente práctica.

Se hizo un silencio. Los ojos oscuros se clavaron en él con una expresión inescrutable. Sherry la vio inspirar profundamente y en un tono calmado, mucho más cercano al suyo habitual, dijo:

—Pues ya ve que se equivoca. Le repito una vez más que le estoy muy agradecida por su amable proposición, milord. Es usted todo un caballero, no hay duda, pero no puedo aceptarla. El matrimonio no entra en mis planes y no dejaré que una mujer como la señora Perris influya en una decisión que afectará al resto de mi existencia. Buenos días, lord Sherrington.

Y antes de que él pudiera detenerla, salió de la biblioteca a toda prisa dando un portazo.

—¡Mujer testaruda y desagradecida! —dijo Sherry en voz alta, mirando furioso la puerta cerrada.

Con las manos entrelazadas a la espalda, empezó a caminar arriba y abajo de la habitación, sin dejar de dar vueltas a esa extraña misión, tan distinta a todas en las que había intervenido hasta entonces, a la que se enfrentaba.

Lo cierto era que después de que ella saliera de su habitación no había conseguido volver a pegar el ojo y no por temor a sufrir una nueva pesadilla, precisamente. No le había mentado a la señorita Lovegrace: había sabido desde el primer momento que el matrimonio era inevitable. A pesar de las duras acusaciones que le había arrojado a la cara cuando estaba fuera de sí, no tenía la menor duda de que ella era una doncella inocente y, pese a lo que pudiera parecer por su comportamiento, él era un hombre honorable.

Debía reconocer que le había sorprendido su apasionada respuesta. Era indudable que no era la primera vez que la besaban, pero el modo algo torpe de mover los labios contra los suyos — que por otra parte, le había hecho olvidarse de todo lo que no fuera esa boca suave y jugosa— hablaba a gritos de su falta de experiencia. Incluso ahora, solo de pensar en ello volvía a sentir una familiar tirantez en la ingle. En fin, se dijo resignado, puede que la señorita Lovegrace y él no tuvieran un pensamiento en común, pero aunque nunca lo habría imaginado, no tenía duda de que no tendrían problemas en el lecho matrimonial.

«¿Será suficiente para un matrimonio?», se preguntó.

Casi al momento se llamó ingenuo. Por supuesto que era más que suficiente; sabía de sobra que la mayoría de las parejas de la alta sociedad ni siquiera compartían ese aspecto tan importante de la vida conyugal. Sus dos mejores amigos eran buena prueba de ello; ¿acaso muchas de sus numerosas amantes no habían sido «respetables» mujeres casadas que no encontraban satisfacción en su matrimonio? Él, en cambio, nunca había sido capaz de estar con la esposa de otro. El matrimonio de sus padres había sido intachable, y con su ejemplo le habían inculcado unos valores firmes a los que le resultaba imposible sustraerse.

Sí, se dijo, el placer carnal era una parte muy importante de la vida.

Y tanto que lo era. Él mismo, desde que sufriera esas terribles quemaduras en la batalla de Austerlitz, hacía ya casi dos años, no había vuelto a tener una relación regular con una mujer. No tenía ningún deseo de ver la compasión —o tal vez algo peor— en sus ojos al descubrir el lamentable estado en el que había quedado. Así que, cuando ya no podía aguantar más, solicitaba los servicios de una prostituta, algo que no le agradaba en absoluto. Tan poco le agradaba, que llevaba más de un año de celibato.

«Por eso no pude controlarme anoche», pensó sin dejar de pasear arriba y abajo. «¿Qué puede hacer un hombre que carece de una vida sexual satisfactoria si, de pronto, se encuentra en su cama a una mujer apenas vestida?».

Lo de «apenas vestida» en realidad era una exageración. El camisón de la señorita Lovegrace —ni un encaje ni una transparencia— no tenía nada que envidiar al que suponía que luciría una monja de clausura. Ni siquiera llevaba el pelo suelto sobre los hombros, solo esa gruesa trenza oscura que casi le llegaba a la cintura y que le daba un aire mucho más juvenil que los severos recogidos que solía lucir. Recordaba bien el cosquilleo que había sentido en las yemas de los dedos al tratar de liberar de su encierro las suaves guedejas.

«Demasiado tiempo sin una mujer», se repitió convencido, aunque eso tampoco explicaba lo que había sentido cuando ella le cubrió las cicatrices del pecho con la palma de la mano mientras las lágrimas se deslizaban lentamente por sus mejillas. En ese momento no le había molestado en absoluto la compasión que leyó en esos ojos fascinantes, que tenían la profundidad del cráter de un volcán. Todo lo contrario, el calor de la pequeña mano lo había traspasado de lado a lado como una irradiación sanadora y, más tarde, solo había podido pensar en besarla.

«Bien, te diste el capricho y ahora toca pagar el precio».

Un precio muy alto, por otra parte. Pero lo cierto era que no se sentía tan agobiado como debería, aunque por supuesto, eso tampoco quería decir que estuviera contento. Sin embargo, no tenía la menor intención de regatear con los dioses. Al fin y al cabo, antes o después habría tenido que enfrentarse con un destino similar; su madre y sus cuatro hermanas mayores habían decidido que ya había llegado el momento de que sentara la cabeza, y Sherry era consciente de que no habría podido resistirse mucho tiempo a los esfuerzos combinados de todas ellas.

Además, no podía engañarse: puede que la señorita Lovegrace no fuera la mujer de sus sueños, pero no podía negar que la encontraba deseable. Recordó el aspecto que presentaba después de que la hubiera besado tan concienzudamente: los mechones casi negros que habían escapado de la trenza enmarcando el rostro sonrosado, el brillo deslumbrado de los ojos oscuros, la boca entreabierta en una muda invitación... y de nuevo sintió un doloroso tirón en la ingle.

¡Por Dios que la deseaba!

Sherry se detuvo bruscamente; tenía el ceño fruncido y los labios apretados en un gesto de determinación. Lo que pensara la señorita Lovegrace no importaba lo más mínimo, decidió. Sin duda la había comprometido y ¡por todos los dioses que se casaría con él, lo quisiera o no!

§

Hasta la hora de la cena no volvió a verla; no había que ser muy listo para darse cuenta de que ella había estado rehuyéndolo todo el día, se dijo furioso. Incluso en el comedor había esquivado su mirada la mayor parte del tiempo. En esta ocasión, su anfitriona había tenido el tacto de sentarla lejos de la señora Perris y se la veía muy entretenida con lo que lord Besford le contaba; últimamente, se dijo Sherry con el ceño fruncido, parecía divertirse mucho con ese jovenzuelo arrogante. Hizo un esfuerzo para concentrarse en lo que le contaba la mayor de las Sandford, pero el resto de la velada siguió muy pendiente de la señorita Lovegrace.

El tiempo hasta que se reunieron por fin con las damas después de la consabida copa de oporto se le había hecho interminable. Nada más entrar, sus ojos la buscaron por todo el salón, pero no había ni rastro de la señorita Lovegrace. Vio que su anfitriona le hacía un gesto discreto y se acercó a ella.

—Venga conmigo, lord Sherrington, voy a enseñarle el jarrón de Sèvres del que le hablé ayer.

A Sherry la porcelana le interesaba casi tanto como las costumbres de los hotentotes, pero le pareció una buena excusa para conseguir hablar con un poco más de intimidad. El jarrón estaba en una mesita algo apartada del resto de los invitados.

—¿Dónde está la señorita Lovegrace? —preguntó sin rodeos.

—Me ha dicho que tenía jaqueca y se ha retirado.

—¡Jaqueca! —Sherry casi escupió la palabra.

Lady Burlington asintió, como si comprendiera a la perfección su estado de ánimo.

—Desde que la conozco, Emma jamás ha sufrido la menor indisposición; de hecho, ha habido veces en que he deseado que fuera un poco más delicada —confesó ligeramente avergonzada.

—Está claro que no es más que una excusa.

—¿Cree que habla en serio cuando dice que no se casará con usted y que nada ni nadie la hará cambiar de opinión? —Su anfitriona parecía muy preocupada.

El ceño de Sherry se volvió todavía más amenazador.

—¿Es eso lo que dice?

Lady Burlington asintió.

—Esta tarde traté de hacerle ver lo equivocado de su decisión y... —Se detuvo y movió la cabeza en una negativa que indicaba una mezcla de tristeza y resignación.

—Al parecer no tuvo usted éxito —se limitó a decir Sherry apretando los puños con fuerza.

—Emma es una joven encantadora, pero a veces puede ser increíblemente obstinada. —Lady Burlington se retorció las manos con gesto de desesperación—. La señora Perris sigue muy ofendida por lo ocurrido y no sé qué decirle.

—Dígale que estamos comprometidos, pero que deseamos mantenerlo en secreto hasta que yo pueda hablar con el general Lovegrace.

—¡Es una idea magnífica! —Un atisbo de esperanza se encendió en los ojos de la condesa, pero se apagó casi al instante—. ¿De verdad cree que podrá convencerla, lord Sherrington? Emma parecía muy decidida.

—No se preocupe, lady Burlington, a la señorita Lovegrace no le quedará más remedio que comportarse de modo razonable.

Lo dijo en un tono tan decidido que su anfitriona no pudo menos que sonreírle, al tiempo que le guiñaba un ojo con aire conspirador.

§

Sin embargo, a la mañana siguiente Sherry se llevó una desagradable sorpresa. Estaba en el comedor terminando un abundante desayuno, cuando entró lady Burlington visiblemente agitada.

—¡Oh, lord Sherrington, no sabe lo que ha sucedido!

Sobresaltado, Sherry se apresuró a ponerse en pie.

—¿La señorita Lovegrace...? —Por un momento, se temió que le hubiera ocurrido algo terrible y al ver que lady Burlington asentía con la cabeza, como si confirmara sus peores temores, se puso pálido.

—¡Se ha marchado!

Esas palabras hicieron que la presión que sentía en el corazón disminuyera considerablemente, para ser sustituida casi de inmediato por un fuerte sentimiento de rabia.

—¿Cómo que se ha marchado?

—Verá, esta mañana llegó un mensajero con una misiva urgente.

—¿Le ha ocurrido algo a su abuelo?

—Es lo mismo que le pregunté yo, pero al parecer, salvo por algún que otro ataque de gota, el general goza de una salud de hierro. Sin embargo, Emma anunció que tenía que regresar a Peyton Gardens sin más dilación. Se disculpó por lo abrupto de su despedida y lamentó no poder

decir adiós al resto de los invitados. Luego subió a hacer el equipaje y hace más de una hora que se marchó.

«Qué oportuno, ese mensajero», Sherry lanzó un rotundo juramento.

—¡Disculpe, lady Burlington! —se excusó de inmediato, avergonzado por ese comportamiento fuera de tono, y apretó los labios con fuerza.

Su anfitriona hizo un gesto airoso con la mano.

—No se preocupe. De ser un hombre, yo habría dicho exactamente lo mismo.

Sherry ni siquiera la oyó; estaba demasiado concentrado trazando un plan que le permitiera pasar al contraataque. Estaba claro que la señorita Lovegrace no pensaba dar su brazo a torcer.

De pronto, sintió que necesitaba del consejo de alguno de sus mejores amigos. Descartó ir a Ravensworth Park; Benedict no debía de haber tenido un momento de respiro después de la inesperada aparición de Isabella en el baile y lo más probable era que necesitase toda su concentración para recuperar el afecto y la confianza de su preciosa esposa.

«Darryl pues».

Asintió con decisión; el duque de Darrylshire era la persona más indicada para aconsejarlo en una emergencia como aquella.

—Me temo, lady Burlington, que yo también me veo obligado a regresar a Londres con cierta urgencia.

—¿Londres? —preguntó desconcertada.

—Creo conveniente replegarme por unos días, pero no tema, solo será hasta que haya conseguido dar con la estrategia adecuada.

La mujer lo miró con aprobación.

—Habla usted como todo un general. Tiene mi bendición, lord Sherrington, confío plenamente en su capacidad de maniobra.

—Se lo agradezco, milady. —Sherry inclinó la cabeza y un rayo de sol arrancó destellos de fuego de los cabellos rojizos—. Le prometo que no la defraudaré. Iré a decirle a mi ayuda de cámara que prepare nuestra partida.

Lady Burlington vio alejarse la imponente figura de lord Sherrington con una sonrisa de complacencia en los labios.

«Emma está perdida», se dijo no sin cierta envidia. «¿Quién podría resistirse al empuje de un hombre como el conde de Sherrington».

6

Era la cuarta vez que Sherry empezaba a leer el artículo de *The Morning Post*, pero seguía sin enterarse de si los ingleses habían capturado finalmente la ciudad de Montevideo o si las tropas de la Corona española los habían rechazado. Con un gruñido, arrojó el periódico en una de las mesas del club al tiempo que le hacía una seña impaciente a un lacayo para que le trajera otra bebida. Darryl llegaba tarde, como de costumbre.

Había quedado con él en White's para hablar de lo ocurrido en Grafton House, pero enseguida había llegado a la conclusión de que su elección no había sido acertada. En no menos de tres ocasiones, había tenido que fingir que estaba enfrascado en la lectura del periódico para librarse de varios de los socios que se acercaban a él con intención de intercambiar los últimos cotilleos.

¡Luego decían que las mujeres eran chismosas!, se dijo Sherry sintiendo un profundo desprecio por su sexo mientras apuraba de un trago la bebida que acaban de servirle.

—¿*Whisky* a estas horas de la mañana?

La voz suave del duque de Darrylshire lo sobresaltó; no lo había oído acercarse.

—¡Por fin! Le agradezco a su excelencia que dedique unos minutos de su precioso tiempo a este humilde mortal —dijo sarcástico antes de hacerle otra seña al lacayo.

Imperturbable, lord Darrylshire se sentó frente a él con mucho cuidado de no arrugar los faldones de la impecable levita. Como de costumbre, tenía un aspecto magnífico.

—Otro como este y una copa de vino canario —ordenó Sherry sin preguntarle.

En cuanto el lacayo sirvió las bebidas, Sherry le hizo un gesto impaciente para que se alejara lo antes posible.

—Es increíble —dijo el duque con placidez—, tus modales empiezan a ser incluso más deplorables que los del querido Ravensworth.

—Eso sería imposible, Darryl, nadie tiene peores modales que Ravensworth.

—Ándate con ojo, porque te estás acercando mucho. —Tras esa apacible advertencia, el duque de Darrylshire dio un pequeño sorbo de vino.

Sherry vació la mitad del vaso de golpe y, al ver la mirada de desaprobación que le lanzaba su interlocutor a través del primoroso monóculo de oro labrado que siempre llevaba consigo, no pudo evitar una carcajada.

—Tranquilo. Es té helado.

—¡Té helado!

Sherry tuvo la satisfacción de ver a su imperturbable amigo desconcertado casi por primera vez desde que lo conocía. Se encogió de hombros.

—Me he dado cuenta de que últimamente estaba bebiendo demasiado.

Los bellos ojos azules lo miraron ahora con manifiesto interés.

—Me pregunto quién te habrá llevado a contemplar esa posibilidad —dijo el duque sin dejar de golpearse el labio con el monóculo, con ademán pensativo.

—¿Quién? ¿Por qué habría de haber un «quién»? —Sherry frunció el ceño, irritado.

—Teniendo en cuenta que Ravensworth y yo llevamos tiempo diciéndotelo y que, hasta la fecha, no nos has hecho el menor caso, es inevitable preguntarse quién será el «quién» que te ha ayudado a llegar a esta conclusión. Y —lord Darrylshire sonrió con afabilidad—, por favor, perdona mi lamentable juego de palabras.

—¡No hay ningún «quién»!

Levantó la voz malhumorado, lo que le acarreó la mirada desaprobadora de uno de los socios más veteranos, que leía el periódico en una mesa cercana.

—Ya veo —se limitó a decir su interlocutor sin perder la calma—. Entonces, ¿qué era eso tan urgente de lo que querías hablar?

De pronto, lord Sherrington ya no estaba tan seguro de querer sincerarse con su amigo; la perspicacia del duque resultaba casi sobrenatural y...

Como si, fiel a su fama, hubiera leído los pensamientos que pasaban por esa cabeza de despeinados cabellos rojizos, el duque hizo a un lado el aire afectado que solía presentar al mundo y le lanzó una de sus raras e irresistibles sonrisas.

—Venga, Sherry, ¿qué es lo que te preocupa?

Esa insólita calidez lo hizo decidirse por fin.

—¡Qué diablos! Está bien, Darryl, te lo contaré, aunque reconozco que es una historia bastante increíble.

Le contó todo, aunque sin entrar en detalles sobre lo que había ocurrido en su dormitorio. Cuando terminó, se hizo un profundo silencio, hasta que él mismo lo rompió al fin, incapaz de resistirlo por más tiempo.

—Bien, ¿qué es lo que piensas?

—La señorita Lovegrace parece una mujer formidable.

—En cierto modo lo es —admitió Sherry después de pensarlo un rato—. Lo que, por otra parte, no añade nada a su escaso atractivo.

—¿No te parece atractiva?

—¡No! Bueno, sí. Quiero decir... ¡por supuesto que no! Ya te dije que es una mujer bastante irritante, con una desagradable inclinación a burlarse de mí.

—Y aún así, ¿quieres casarte con ella?

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho? —preguntó a su vez malhumorado—. La he comprometido. Si no hubiera anunciado mi intención de casarme con ella, la señora Perris habría hablado y a estas horas seríamos la comidilla de todo Londres.

—No parece que eso le importe mucho a tu futura prometida.

—Ya te he explicado que la delicadeza no es lo suyo. No es consciente de lo que significaría para su reputación dejar el campo libre a las malas lenguas.

Su amigo lo contempló un buen rato, pensativo.

—Dices que tiene unos veinticinco años y, por lo que cuentas, no parece tonta. ¿No te has parado a pensar que quizá tiene razón?

—¿Razón? —Sherry lo miró como si lo hubiera traicionado, pero lord Darrylshire se las arregló para encogerse ligeramente de hombros, sin que el movimiento le hiciera perder ni un ápice de su elegancia.

—No creo que los comentarios de una vieja chismosa como la señora Perris tengan mucho recorrido. —Lord Sherrington frunció el ceño al oír a su amigo pronunciar casi las mismas

palabras que había usado Emma Lovegrace—. La señorita Lovegrace no es una persona muy conocida en nuestro círculo y, como tú dices, apenas viene a Londres. En unos meses las lenguas viperinas habrán encontrado otra víctima en las que clavar su aguijón envenenado.

—¿Me estás pidiendo que renuncie a mi honor? —Lo miró escandalizado.

—No creo que tu honor esté en cuestión.

Sherry movió la cabeza en una rotunda negativa y dijo con desdén:

—No tienes ni idea.

—¿Sabes una cosa, Sherry? —dijo lord Darrylshire con inalterable amabilidad.

Su amigo soltó un gruñido por toda respuesta.

—Nunca he visto a nadie tan interesado por salvar un honor que no está en peligro. Lo que me lleva a hacerte otra pregunta: ¿estás seguro de que la señorita Lovegrace no te gusta más de lo que estás dispuesto a admitir?

—¿Gustarme? ¿La señorita Lovegrace? ¿A mí? —Incrédulo, se clavó el pulgar en el pecho.

—Exacto. Gustarte. La señorita Lovegrace. A ti —repitió el duque con paciencia.

Sherry lanzó una exclamación de disgusto.

—¡Demonios, Darryl! —Al ver al anciano socio asomar la cabeza una vez más por encima de las páginas del periódico, Sherry se apresuró a bajar la voz y dijo en un susurro urgente—: ¡Creía que podía hablar contigo! ¡Pensaba que me conocías bien!

—Y te conozco muy bien, querido Sherry. —El duque dio otro pequeño trago de vino sin perder la placidez.

—Entonces, ¿cómo puedes pensar, ni siquiera por un instante, que una mujer como la señorita Lovegrace podría gustarme? —dijo acusador.

—Quizá este repentino interés en el matrimonio, querido.

—¡Te estoy diciendo...!

El anciano socio plegó el periódico con un movimiento brusco, lo arrojó sobre la mesa y abandonó el salón.

—Sí, ya sé lo que me has dicho. —Lord Darrylshire lo cortó con un simple gesto de la mano—. Creo que si vuelvo a oír mencionar una vez más la palabra «honor» sufriré convulsiones.

—Eso, búrlate. —Sherry se bebió el té de un trago y se quedó mirando el vaso vacío con el ceño fruncido y una mueca de disgusto—. Definitivamente, prefiero el *whisky*.

—En cambio yo estoy muy contento de que hayas cambiado de hábitos. Ravensworth también se alegrará, confieso que estábamos preocupados.

Aquel comentario hizo que Sherry se olvidara un momento de sus preocupaciones más acuciantes.

—Vamos, hombre, no exageres. Además, Ravensworth tiene sus propios problemas de los que preocuparse; la última vez que lo vi bailaba un vals con su esposa, completamente encandilado, hasta que llegó la malvada Isabella a sembrar la cizaña entre ellos.

—Entonces, ¿crees que las cosas van bien entre Lillian y él? —El duque parecía muy interesado.

Lord Sherrington se encogió de hombros.

—No hay que ser un lince para darse cuenta de que el pobre hombre está loco por su esposa. Si te soy sincero, hasta daba un poco de vergüenza ajena ver esa mirada de cordero degollado cada vez que posaba los ojos en ella. —Fingió un estremecimiento.

—Bueno, bueno, bueno —dijo el duque como si hablara consigo mismo—. Ravensworth hace las paces con su esposa después de tanto tiempo, tú quieres sentar la cabeza con una mujer que no parece nada tonta y dejas, de paso, la bebida... No sé, algo me dice que este va a ser un

año muy especial.

—Ya te he dicho que no exageres. No bebía tanto.

Lord Darrylshire dejó caer el monóculo y dijo con una seriedad desacostumbrada:

—Después de lo de Austerlitz... —Sherry hizo un gesto con la mano, pero eso no detuvo a su amigo—. Sí, ya sé que no quieres hablar de ello, pero después de aquello, pese a que te esfuerzas por disimularlo, cambiaste de un modo radical y empezaste a beber sin freno.

—Tonterías. —Lord Sherrington dirigió una mirada impaciente a su alrededor en busca del lacayo, pero no había ni rastro de él.

—En fin, lo único que quiero decirte es que, honor o no honor, si ese «quién» nos devuelve al viejo Sherry, Ravensworth y yo lo recibiremos con los brazos abiertos. En fin, debo irme ya, tengo una cita en Tattersall's con una impresionante pareja de bayos. —El duque de Darrylshire era bien conocido por la extraordinaria colección de purasangres que poblaban sus cuadras. Sin hacer caso del gesto hosco de su amigo, se puso en pie y se sacudió una inapreciable mota de polvo de la solapa de la levita—. ¿Quieres venir?

Sherry negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo, tengo que escribir una carta difícil.

El duque enarcó una de las delicadas cejas, varios tonos más oscuras que su pelo.

—¿Al general?

Desde luego, se dijo Sherry admirado, la agudeza de su amigo era algo fuera de lo común.

—Al general —asintió.

—Te deseo suerte entonces. Si necesitas que hable con la señorita Lovegrace para tratar de convencerla de que te acepte, no tienes más que pedirlo.

Sherry puso los ojos en blanco.

—Muy gracioso.

Lord Darrylshire soltó una risita y caminó sin prisa hasta la puerta, saludando con una ligera inclinación de la dorada cabeza a los numerosos conocidos que encontraba a su paso.

—Convencerla de que me acepte —repitió Sherry entre dientes al tiempo que le hacía una seña impaciente al lacayo, que por fin había hecho acto de presencia—. Tráigame papel y pluma. ¡Ah!, y otro té.

—De inmediato, milord.

Sherry pasó la siguiente media hora componiendo una de las cartas más difíciles que había escrito en su vida. Cuando por fin terminó, dobló el pliego en cuatro, pidió un poco de lacre y la selló con el anillo que llevaba en el meñique. Después escribió el nombre y la dirección del general Lovegrace en el anverso y se lo entregó a uno de los criados, junto con una corona y la orden de que llevara la carta en ese mismo instante a la Oficina General de Correos.

§

La respuesta no llegó hasta casi dos semanas más tarde y, aunque la temporada ya había empezado y a Sherry no le faltaban invitaciones para los numerosos saraos que tenían lugar en las elegantes mansiones de la capital, la profunda impaciencia que sentía no le permitía disfrutar como lo habría hecho en otras circunstancias.

Por el modo en el que lo recibían las jóvenes casaderas en todas las veladas por las que se dejaba caer, los rumores de su indiscreción no debían de haber llegado hasta allí. De hecho, una noche se había encontrado con Lavinia Sandford y, no solo no le había hecho el menor comentario al respecto, sino que había insistido en regañarlo por irse de Grafton House de un modo tan precipitado. Lo más curioso de todo era que esa circunstancia no le había hecho

replantearse la situación en ningún momento. Como se repetía a menudo: él era un caballero y un caballero siempre está obligado a hacer lo correcto.

Así que cuando dos semanas más tarde Parsons, el mayordomo, le llevó al comedor la bandeja con el correo como hacía todas las mañanas, Sherry se llevó una considerable sorpresa al leer el remite, escrito en discreta tinta negra, de una carta que estaba medio escondida entre la considerable pila de tarjetas e invitaciones: General Francis B. Lovegrace. Peyton Gardens, Oxfordshire.

El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras rasgaba el lacre con el abrecartas de plata. Era un único pliego de papel, escrito por una sola cara con una apretada caligrafía sin florituras que denotaba un puño firme.

Estimado lord Sherrington:

Debo confesar que me sorprendí mucho al leer su carta. No crea que no admiro su valentía al escribirla, aunque si es cierto lo que pone en ella, quizá lo más acertado sería retarle a un duelo al amanecer.

Por supuesto, lo primero que hice fue preguntar a mi nieta. He de decirle que se mostró tremendamente indignada al enterarse que usted había tenido el atrevimiento de escribirme. Me dijo que no prestara la menor atención a sus palabras, que usted era un hombre con un absurdo sentido del honor que rayaba en la obsesión.

Como usted comprenderá, no quise dejar ahí las cosas. Creo que en mi juventud coincidí alguna vez en White's con su difunto padre, pero fuera de eso, no tenía la menor idea de qué tipo de hombre era usted. Así que hice mis averiguaciones.

Debo decir que me sorprendió gratamente enterarme de que ha estado en el ejército; no es lo habitual en lo que respecta al heredero de un conde. Un conocido mío me puso al día de su hoja de servicios que, por otra parte, he de decir que resulta admirable en todos los sentidos y cuadra todavía menos con las inquietantes palabras que usted mismo me escribió.

Por todo ello, he decidido que la mejor táctica sería conocerlo en persona y juzgar de primera mano qué es lo que hay de cierto en todo este embrollo. Octubre no es el mejor mes para la caza de palomas torcaces en Oxfordshire, pero creo que habrá suficientes para entretenernos un par de semanas. Le espero el próximo lunes a comer.

Atentamente,

General Francis B. Lovegrace

P.S.: Reconozco que no me he atrevido a comunicarle a mi nieta esta invitación, pero creo firmemente que el elemento sorpresa y la política de hechos consumados son la mejor estrategia posible en estos casos, a fin de evitar enojosas discusiones a la hora del desayuno.

Sherry volvió a doblar la hoja sintiendo una mezcla de alivio y exasperación. Alivio porque, por fin, las cosas se ponían en marcha —cuanto antes se aclarara la situación, antes terminaría todo y podría volver a concentrarse en cosas más importantes— y exasperación porque estaba claro que la obstinada señorita Lovegrace no le iba a poner las cosas fáciles.

7

Tres días después, Sherry conducía su cabriolé deportivo a gran velocidad en dirección a Oxfordshire. Había hecho noche cerca de Beaconsfield, más o menos a mitad de camino. La posada, aunque lejos de ser un alojamiento lujoso, estaba limpia y servían una comida y una cerveza decente, y ahora sus caballos, bien descansados, aceptaban con entusiasmo el endiablado ritmo que les marcaba. El día anterior no había dejado de llover, pero por el momento, y pese a que el cielo estaba cubierto de nubes, no había caído una sola gota.

Dos horas y media más tarde enfilaba a un paso más moderado un camino flanqueado por una extensión de césped bien cuidado, en el que crecían distintas variedades de árboles que iban desde frondosos sauces llorones a imponentes ejemplares de castaño.

Sherry detuvo el cabriolé frente a la pequeña escalinata de piedra y miró a su alrededor, complacido. Peyton Gardens no podía compararse con Rutlands ni en tamaño ni en imponencia, pero era una de esas deliciosas construcciones en piedra caliza color miel, típica de los Costwolds, con tejados de pizarra a dos aguas y una fachada cubierta por una frondosa parra virgen que ya empezaba a teñirse con los colores del otoño.

La puerta se abrió en ese momento y un hombre bajito y calvo de unos setenta años, de pobladas patillas y aire marcial pese a la figura rolliza, salió a recibirlo con un reloj de bolsillo en la mano.

—Una puntualidad impresionante —dijo con expresión complacida y actitud informal—. Bienvenido a mi humilde morada, lord Sherrington.

Un mozo había corrido a sujetar a los caballos, así que Sherry ató las riendas en el enganche, dejó el látigo apoyado contra el asiento y se bajó con agilidad del cabriolé.

—Encantado de conocerlo por fin, general Lovegrace. —Le tendió una mano que el otro estrechó con una firmeza casi dolorosa.

—Veo que entiende usted de caballos, lord Sherrington. —Su anfitrión palmeó complacido el cuello sudoroso de uno de los tordos—. ¡Una pareja espectacular!

—Gracias, señor.

—Williams, lleva el equipaje de lord Sherrington a su habitación y enséñale a su ayuda de cámara dónde está todo.

—Sí, señor. —El criado se apresuró a coger la pesada maleta de cuero y le hizo una seña a Rogers para que lo siguiera.

El general le hizo a Sherry un gesto con la mano a su vez.

—Pero pase, pase, ya se dará cuenta de que en Peyton Gardens no somos muy dados a las formalidades.

—¿Me permite, milord?

Un hombre de mediana edad, con el rostro curtido por la intemperie y aspecto de soldado

profesional, le cogió el sombrero y los guantes.

—Este es Bates. Fue sargento bajo mi mando y ahora hace de mayordomo, ayuda de cámara y hombre para todo. Si necesita algo, no dude en pedírselo.

Sherry se dirigió al exsargento con una sonrisa.

—Así lo haré, Bates. ¿Cómo lleva volver a ser un civil? ¿Echa de menos las emociones de la vida castrense?

El hombre sonrió a su vez y varias arrugas se marcaron en las comisuras de los vivos ojos oscuros.

—Le aseguro, milord, que no añoro las largas marchas bajo la lluvia o bajo un sol de justicia.

—Puedo entenderlo. —Riendo, Sherry siguió al general a un saloncito decorado sin grandes lujos, pero muy acogedor, que daba a un pequeño jardín de hierbas aromáticas cuyo delicioso aroma penetraba por una de las ventanas abiertas.

El general se acercó a una mesita sobre la que había un decantador de cristal y varias copas.

—Póngase cómodo, lord Sherrington. ¿Una copa de coñac?

Sherry aceptó por cortesía, aunque habría preferido tomar uno de esos té helados a los que se había habituado en las últimas semanas. Cogió la copa que su anfitrión le tendía y dio un pequeño sorbo.

—Excelente.

El general Lovegrace asintió complacido y dio un trago a su vez.

—Un antiguo compañero de armas me manda una caja todos los años desde Francia.

—Y usted, señor, ¿añora los días en el ejército?

El general se sentó frente a él con cierta torpeza y suspiró.

—Lo cierto es que sí, pero con esta maldita gota ya no estoy para recorrer millas y millas a lomos de un caballo ni para soportar las inclemencias del tiempo o la falta de comodidades propias de un ejército en continuo movimiento. Usted, que es mucho más joven, ¿no lo echa de menos?

Sherry dio otro sorbo y negó con la cabeza.

—En absoluto. —Al instante cambió de tema y la siguiente media hora charlaron animadamente sobre caza y armas de fuego hasta que el general se puso súbitamente alerta, alzó una mano para pedir silencio y se quedó escuchando.

—Es mi nieta.

Se levantó trabajosamente, se dirigió a la puerta y la abrió.

—Emma, querida, ¿puedes venir un momento?

—¡Por supuesto, abuelo, tengo una gran noticia!

Al oír la voz de la señorita Lovegrace, que sonaba inusualmente animada, el estómago de Sherry, quien se había apresurado a ponerse en pie, se contrajo de manera extraña.

El general se hizo a un lado para dejar pasar a su nieta, que entró deshaciendo la lazada del sombrero y se lo quitó con un movimiento impaciente sin dejar de hablar.

—¡Es sobre el teniente O'Hara! El doctor Samuelson está casi seguro de que con paciencia y perseverancia es muy probable que pueda volver a caminar. ¡Oh, abuelo, ¿no es maravilloso?!

Estaba un poco despeinada y tenía las mejillas sonrosadas, los ojos oscuros relucían con ese fuego que Sherry casi había olvidado y junto a la comisura de la boca había aparecido ese tentador hoyuelo que, en su opinión, no tenía ningún derecho a estar ahí. En ese momento, la señorita Lovegrace reparó en su presencia y se detuvo en seco; casi al instante, cualquier rastro de animación desapareció de su rostro.

—Buenos días, señorita Lovegrace.

Sherry se inclinó con elegancia, pero ella no contestó al saludo, sino que se volvió a mirar a su abuelo con expresión acusadora.

—¿Qué hace él aquí?

—Emma, querida, ¿dónde están tus modales? Saluda a lord Sherrington.

Con los labios muy apretados, su nieta hizo una reverencia casi imperceptible.

—Verás, querida —el general empleó un tono deliberadamente animado en un intento de aligerar la súbita tensión del ambiente—, he invitado a lord Sherrington a pasar un par de semanas con nosotros.

—¿Aquí? ¿En Peyton Gardens? ¡Oh, abuelo...! —Una vez más, la señorita Lovegrace apretó los labios como si tratara de contener un comentario no demasiado educado.

—Veo que no se alegra de verme, señorita Lovegrace.

—¿Debería? —Alzó la barbilla en el aire en un claro desafío.

—Por supuesto que debería, ya sabe por qué estoy aquí.

La señorita Lovegrace se llevó ambas manos a los oídos.

—¡No puedo creer que vaya a empezar otra vez con eso!

El general había aprovechado para sentarse de nuevo sin hacer ruido. Los ojos castaños iban de uno a otro con interés, pero ellos siguieron con la discusión, ajenos por completo a su presencia.

—No solo voy a empezar, sino que no pararé hasta que no acceda a casarse conmigo. Mi honor...

—¡Como vuelva a mencionar su honor, le juro que gritaré!

—¡Es increíble! —dijo Sherry muy ofendido—. ¿Sabe una cosa, señorita Lovegrace? Debería darle gracias al cielo de que yo tenga ese acusado sentido del honor del que usted se burla con tanta ligereza.

—Ah, ¿sí? —Su interlocutora puso los brazos en jarras en un gesto más propio de una verdulera que de una dama—. ¿Piensa que el hecho de que usted sea un conde debería deslumbrarme?

—¡Por supuesto que debería! —Sherry estaba tan enfadado que no le importó lo más mínimo cómo pudiera sonar aquello; como ocurría siempre que se encontraba en presencia de la señorita Lovegrace, sus habituales buenos modales desaparecían por completo—. No creo que vaya a recibir una oferta más ventajosa que la mía, y menos aún cuando se convierta usted en la comidilla de todos los salones y su reputación esté por los suelos.

—¿No cree que...? —Se detuvo bruscamente, pero enseguida continuó más rabiosa todavía —: ¡Es usted un grosero, lord Sherrington! Quiero que le quede muy claro que jamás aceptaré su propuesta de matrimonio. Ni aunque viviera en la indigencia más absoluta, ni aunque la gente me señalara por la calle y se riera a mis espaldas, ni aunque fuera usted el último hombre sobre la faz de la Tierra, ni... ¡Jamás! ¿Me oye usted bien?, ¡jamás aceptaré su propuesta de matrimonio!

La señorita Lovegrace se dio media vuelta y salió de la habitación a toda prisa dando un portazo mientras Sherry, con los brazos colgando a lo largo de los costados, apretaba los puños con fuerza.

—Me temo que va a ser difícil convencerla, conozco bien a mi nieta.

El tono plácido del general le sobresaltó; se había olvidado por completo del abuelo de la señorita Lovegrace.

—Creo que le debo una disculpa...

Su anfitrión hizo un gesto con la mano.

—Oh, no se preocupe por eso. ¿Qué hará ahora? —lo miró con interés—. ¿Regresará a

Londres?

—¡Por supuesto que no! —Rechazó la idea de plano—. Puede que haya perdido una batalla, pero no he perdido la guerra.

—Así se habla, hijo mío. —El general asintió con una sonrisa complacida y alzó la copa de coñac en un brindis—. ¡Por las guerras que se ganan!

Sherry lo imitó.

—¡Por las guerras que se ganan!

Y los dos vaciaron las copas de un trago.

§

Más tarde, la señorita Lovegrace, sin llegar al punto de resultar maleducada, lo ignoró en lo posible mientras comían en el acogedor comedor. Estaban los tres solos y un criado les servía bajo la mirada vigilante de Bates. El general no vivía ostentosamente, pero en Peyton Gardens no faltaban las comodidades.

—El doctor Samuelson tiene unas ideas muy interesantes para la ampliación de las salas. Deberías venir a verlas y darnos tu opinión, abuelo.

Como había hecho a lo largo de toda la comida, la señorita Lovegrace solo se dirigía a su abuelo directamente y, cuando este trataba de incluirle a él en la conversación, ella bajaba la vista hacia al plato al instante y centraba toda su atención en lo que estuviera comiendo en ese momento.

Sherry frunció el ceño. Puede que la nieta de su anfitrión estuviera especialmente favorecida ese día, pese a que el sencillo vestido de muselina que llevaba, de un amarillo desvaído, hablaba de años de uso, pero eso no quitaba que siguiera siendo la mujer más irritante y testaruda con la que se había topado en su vida, se dijo molesto. Y ¿quién era ese doctor Samuelson del que no paraba de hablar? Sherry se imaginó a una especie de reverendo Lewis, un poco más calvo y con los hombros inclinados bajo el peso de uno de esos enormes maletines de cuero que solían llevar los médicos, y los labios firmes esbozaron una sonrisa maliciosa.

Justo en ese momento, la señorita Lovegrace levantó los ojos del plato y, al verla, dijo acusadora:

—Me gustaría saber qué es lo que le parece tan divertido.

Sherry recobró la seriedad de inmediato, aunque no pudo resistirse a lanzarle un pequeño dardo.

—Nada, disculpe, señorita Lovegrace. Es solo que me acaba de venir a la mente una escena un tanto curiosa que tuve la fortuna de presenciar en el invernadero de Grafton House.

—Cuenta, cuenta, lord Sherrington —lo animó su anfitrión de inmediato.

La señorita Lovegrace lo fulminó con la mirada, pero Sherry hizo como que no se daba cuenta.

—Oh, no tiene importancia, general, no creo que usted le viera la gracia. —Clavó los ojos en ella, desafiante—. El sentido del humor es algo muy particular. Hay personas que encuentran motivo de diversión en situaciones que otros consideran de la mayor seriedad, ¿no lo cree así, señorita Lovegrace?

—Lo que creo es que hay personas que todo se lo toman a risa. La frivolidad es un mal recurrente en nuestra sociedad —contraatacó ella de inmediato.

—¿Piensa usted que ese es mi caso?

—No nos hemos tratado tanto, lord Sherrington; así que no puedo presumir de conocerlo.

—En ese caso no se preocupe, dentro de poco no tendré secretos para usted.

—Oh, no me preocupa en absoluto y lamento decirle que no creo que llegue nunca a descubrir sus secretos, milord, mucho me temo que me falte tiempo... y ganas —remató la frase con una sonrisa deslumbrante.

Sherry entrecerró los párpados de modo amenazador, aunque la boca de labios firmes esbozaba una sonrisa tan cautivadora como la suya.

—Ya lo veremos, señorita Lovegrace.

El general, que había asistido a aquel duelo verbal en silencio, cruzó una mirada divertida con Bates, quien tuvo que apretar los labios para reprimir una sonrisa mientras se apresuraba a rellenar las copas de vino.

—Emma, hija mía, esta tarde deberías enseñarle la finca a lord Sherrington. —El viejo soldado rompió el tenso silencio que se había hecho en el comedor.

La señorita Lovegrace se mostró muy apenada.

—Oh, abuelo, me encantaría, de verdad, pero lamentablemente, le dije a la señorita Milford que esta tarde sin falta pasaría a visitarla y le llevaría un remedio para la artritis. Si hubiera sabido antes de la visita de lord Sherrington...

Su abuelo frunció el ceño y se acarició las pobladas patillas, pensativo.

—Creo recordar que hace poco juraste que nada en el mundo te haría volver a visitarla. Si mi memoria no me falla, diría que tus palabras exactas fueron: «No soporto los chismorreos de esa vieja bruja y sus ganas de mangonear a todo el mundo».

Emma hizo un gesto de fastidio al oírlo, aunque se repuso casi al instante y esbozó una sonrisa encantadora.

—Qué cosas tienes, abuelo, sabes de sobra que lo dije en broma. Jamás ignoraría a un semejante en circunstancias difíciles —añadió con expresión virtuosa—. En el fondo, la señorita Milford es un ángel.

—Un ángel. Ja. Esa sí que es buena. —Una risa silenciosa sacudió el cuerpo rollizo del general.

—Veo que es usted muy caritativa, señorita Lovegrace, un rasgo extremadamente seductor en una dama, si se me permite decirlo. —Pese a sus palabras, los ojos castaños brillaban burlones—. Yo también soy un hombre que gusta de preocuparse por los demás, por lo que me encantaría acompañarla en su visita.

La sonrisa encantadora no abandonó los labios femeninos, aunque adquirió una cierta rigidez.

—En verdad es usted muy amable, lord Sherrington, pero me temo que lo encontrará un poco aburrido. Esta tarde será mejor que dé usted un paseo a caballo por los alrededores con mi abuelo.

—Insisto, señorita Lovegrace.

La señorita Lovegrace soltó un bufido que se apresuró a disimular con una tosecilla, y Sherry tuvo que hacer un gran esfuerzo para no soltar una carcajada.

—¡Oh, está bien! —dijo por fin, aceptando la derrota sin demasiada gracia—. Espéreme a las cuatro en el vestíbulo.

8

A las cuatro y cinco minutos Sherry, con una cesta de mimbre sobre los muslos, estaba sentado en un calesín tirado por una pequeña yegua. A su lado, una malhumorada señorita Lovegrace llevaba las riendas con una habilidad desacostumbrada en una mujer.

—Conduce usted muy bien, señorita Lovegrace.

—Gracias —dijo con sequedad; era la segunda palabra que le había dirigido desde que se reunieron en el vestíbulo un poco antes. La otra había sido «tome» cuando le había entregado la cesta.

Una vez más parecía decidida a ignorarlo, pero él no se lo iba a permitir.

—Imagino que es otra de esas habilidades que adquirió en el tiempo que pasó en la península.

Un ligero encogimiento de los hombros delicados por toda respuesta. Sin embargo, Sherry no era de los que se daban por vencidos con facilidad, así que lo siguiente fue una pregunta que necesitaba una respuesta directa.

—¿Se atrevería también con un tiro de dos caballos?

La señorita Lovegrace chasqueó la lengua con desdén.

—Por supuesto que me atrevería. En Portugal conducía carretas de avituallamiento tiradas por cuatro caballos. Bates estaba decidido a que resultara de utilidad.

—Definitivamente, es usted una mujer admirable, señorita Lovegrace.

—Nada que ver con las refinadas damas que acostumbra a tratar, dígalo, lord Sherrington, no me voy ofender. —Levantó la barbilla, desafiante, sin apartar los ojos del camino.

—Nada que ver con las refinadas damas que acostumbro a tratar —asintió Sherry—, aunque no en el sentido despectivo que usted le da.

—¿No? Me extraña. Sé perfectamente el concepto que tiene de mí.

—Lo dudo mucho —dijo él en tono sombrío, pero pese a que lo había dicho en voz muy baja, ella lo oyó.

—¡Por supuesto que lo sé! Piensa que soy una mujer poco femenina, mandona...

—Irritante en extremo... —añadió Sherry haciendo que ella se girara para lanzarle una mirada asesina.

—Es usted muy amable —dijo al cabo de un rato, haciendo un esfuerzo evidente por hablar con calma—. Lo que no entiendo es por qué parece empeñado en casarse con una mujer tan poco atractiva como yo.

—No —se limitó a decir él.

Esa breve respuesta hizo que ella volviera a lanzarle una mirada llena de curiosidad por el rabillo del ojo.

—¿No? ¿Qué significa no?

—Que no es cierto que no me parezca atractiva. Si quiere que le sea sincero, en este momento lo que más me apetece es estrecharla entre mis brazos y besarla hasta que le falte el aire. —Habló de un modo tan calmado e indiferente que a la señorita Lovegrace le llevó un rato captar el significado de esas palabras.

Al instante, una oleada de sangre cubrió de rubor las mejillas femeninas.

—¡Cómo se atreve! —Estaba tan indignada que dio un brusco tirón a las riendas sin querer, lo que arrancó un relincho de protesta de la yegua. Se disculpó en el acto con expresión contrita —: ¡Perdona, *Bonnie!*

Una vez que recuperó el control del vehículo, se dirigió a él en tono glacial sin mirarlo:

—Lord Sherrington, resulta usted extremadamente ofensivo. Tenga por seguro que en cuanto regresemos a casa informaré a mi abuelo de su deleznable comportamiento, tan alejado del que debería observar un auténtico caballero.

—Me parece bien, señorita Lovegrace. —Su acompañante no parecía preocupado en absoluto—. Así su abuelo no tendrá duda de que digo la verdad cuando afirmo que aquella noche en Grafton House la comprometí hasta el punto de que resulta imperioso que se case conmigo.

La señorita Lovegrace abrió la boca y la volvió a cerrar sin haber emitido un solo sonido.

Sherry sonrió para sus adentros; no entendía por qué se mostraba tan grosero con la señorita Lovegrace, pero tenía que admitir que había disfrutado escandalizándola. Además no había mentido; con ese rubor y ese brillo indignado en los ojos estaba más deseable que nunca.

Ya no hablaron más hasta que la señorita Lovegrace tiró de las riendas del calesín frente a una adorable casita de tejado de paja situada a las afueras del pueblo. Sherry se bajó de un salto.

—Espero que sepa comportarse —dijo sin mirarlo mientras sujetaba las riendas del caballo en el enganche.

—Descuide, señorita Lovegrace, seré un modelo de urbanidad.

Sin darle tiempo a protestar, dejó la cesta en el asiento, le rodeó la cintura con ambas manos y la depositó en el suelo. Estaban muy cerca y, cuando ella levantó el rostro hacia el suyo, descubrió un brillo malvado en los ojos castaños. De inmediato, dio un paso atrás para aumentar la distancia entre ambos.

—No era necesario que me ayudara a bajar.

—Es lo menos que puede hacer un caballero por una dama.

Sin hacer caso de su mirada furiosa, Sherry cogió la cesta y le tendió el brazo con galantería. La puerta de la casita se había abierto y un par de ancianas vestidas de negro los miraban desde el umbral con indisimulada curiosidad, por lo que a la señorita Lovegrace no le quedó más remedio que aceptarlo y posar apenas las yemas de los dedos sobre la suave lana de la manga de la levita de color verdoso, que se ajustaba a la perfección a los anchos hombros masculinos, al tiempo que le lanzaba a las dos mujeres una sonrisa tan luminosa como falsa.

—Buenos días, señorita Milford, veo que hoy está muy bien acompañada. Buenos días, señora Collins.

Las ancianas le devolvieron el saludo sin apartar la vista del apuesto caballero que estaba junto a ella. La más joven era bajita y regordeta y tenía un aspecto bonachón mientras que la otra, mucho más alta y delgada, tenía los labios fruncidos en una mueca antipática, como si acabara de tomarse su dosis diaria de vinagre.

—He venido a traerle el remedio contra la artritis que le prometí, señorita Milford.

—Muchas gracias, Emma, es usted muy amable. —La mujer más delgada inclinó la cabeza y fue directa al grano—: Y ¿quién es este joven que la acompaña hoy, si puede saberse? No me diga que es su prometido y que, *por fin* —recalcó las palabras con mala idea—, tendremos la

dicha de verla caminar hacia el altar.

Sherry giró la cabeza para mirarla y enarcó una ceja con un gesto entre interrogante y burlón, pero la señorita Lovegrace lo ignoró por completo.

—Nada de eso, señorita Milford —hizo un gesto airoso con la mano—. Lord Sherrington es solo un amigo de mi abuelo.

—¡Pero es mucho más joven que su abuelo! —La señorita Milford frunció el entrecejo con una desconfianza evidente.

Por unos segundos la señorita Lovegrace pareció desconcertada, pero se rehízo enseguida.

—Lord Sherrington también estuvo en el ejército.

—Ah, por supuesto. —Asintió la otra anciana como si eso lo explicara todo.

—Bueno, solo he venido a traerle esto. Estoy enseñándole a nuestro invitado los alrededores.

La señorita Lovegrace le hizo una seña a Sherry para que le diera la cesta, pero la anciana no hizo el menor amago de cogerla y negó con la cabeza.

—Por supuesto que no pueden irse todavía. Precisamente, la señora Collins y yo íbamos a tomar el té.

Sherry notó que la sonrisa artificial que no había abandonado los labios de la señorita Lovegrace en todo ese tiempo se volvía un poco más rígida.

—La verdad es que... —Le lanzó una apremiante mirada de auxilio, pero él se estaba divirtiendo demasiado y decidió ignorarla.

La formidable anciana se mostró inflexible:

—No discuta, Emma, tomarán el té con nosotras. Así lord Sherrington podrá contarnos sus aventuras en la guerra. —La señorita Milford les hizo un gesto para que entraran en la casita—. Me temo que solo puedo ofrecerle un modesto refrigerio, milord, no esperábamos la visita de un aristócrata.

—No tengo la menor duda de que será un té inolvidable, señorita Milford. Por cierto, vive usted en una casita encantadora; se nota que tiene usted un gusto exquisito.

No podría haber hecho un comentario más adecuado; la señorita Milford se preciaba de tener una de las casas más bonitas del vecindario, así que al rato los dos charlaban como viejos conocidos y cuando, al cabo de unos minutos, las ancianas los dejaron un momento a solas en el salón mientras ellas iban a dar las órdenes pertinentes a la única criada que había en la casa, la señorita Lovegrace le lanzó una mirada cargada de desdén.

—¿No le da vergüenza adular con tanto descaro a una pobre ancianita?

—La verdad es que no. La señorita Milford lejos de ser una pobre ancianita parece más bien una mujer de armas tomar. Sin embargo, yo diría que ya la tengo comiendo en mi mano. — Sherry le guiñó un ojo con picardía.

Su interlocutora puso los ojos en blanco, pero la entrada de la criada cargada con una enorme bandeja y flanqueada por las dos ancianas, que lo único que hacían en realidad era estorbar, le impidió responder.

La siguiente media hora fue una continua fuente de diversión para Sherry. La señorita Milford tenía una habilidad especial para hacer preguntas impertinentes, pero la señorita Lovegrace no se quedaba atrás a la hora de esquivarlas con un par de fintas sutiles, dignas de un maestro de esgrima. Entretanto, la señora Collins se limitaba a beber el té en silencio, sin atreverse a intervenir en la conversación.

Por fin, terminaron de merendar y las dos ancianas los acompañaron de nuevo hasta la puerta para despedirlos. Una vez en el calesín, la señorita Lovegrace apremió al caballo con un restallido impaciente del látigo.

—No sabría decir cuál de las dos ha ganado. —Sherry movió la cabeza como si hablara consigo mismo.

—No era ninguna competición.

—¿Está segura?

La señorita Lovegrace se limitó a resoplar.

—Estuvo usted muy hábil cuando la señorita Milford la acusó sin demasiada sutileza de intentar pescar a un conde. Eso de: «La verdad es que solo estoy interesada en duques» la descolocó por completo.

La señorita Lovegrace hizo restallar el látigo una vez más y, sin apartar la vista del camino, dijo con frialdad:

—Celebro que por fin se dé cuenta de que no tengo el menor interés en pescarlo.

—¿Sabe? Tengo un amigo que es duque, ¿desea que se lo presente?

Su interlocutora giró la cabeza y, una vez más, lo fulminó con la mirada.

—Como ya le he dicho, es usted un grosero.

—Eso no es del todo cierto. Solo soy grosero con usted. —Sherry dio un ligero tirón de las riendas que ella, sin darse cuenta, había aflojado más de la cuenta.

—¡Le ruego que no se meta en el modo en que manejo a mi caballo!

—Por supuesto, no me atrevería —dijo muy serio.

—¡Es usted insoportable! —afirmó exasperada—. ¿Puede saberse qué le he hecho yo?

Sherry la contempló pensativo.

—No sabría decirlo, es solo que hay algo en usted...

—¡No siga! En realidad, no quiero saberlo.

—Me parece muy inteligente por su parte. Entonces, señorita Lovegrace, seamos serios: ¿cuándo anunciamos nuestro compromiso? Así le daría una buena lección a la señorita Milford; a juzgar por los comentarios que ha hecho esta tarde, no tiene la menor duda de que se convertirá usted en una solterona.

La señorita Lovegrace lanzó un bufido de indignación y apretó los labios; al cabo de un buen rato, consiguió decir con voz calmada:

—Mire, lord Sherrington, no pienso anunciar mi compromiso con usted ni ahora ni nunca, así que ya puede regresar a Londres. Estoy segura de que allí encontrará un montón de damas mucho más dispuestas.

—No tengo la menor duda de ello —una vez más, su respuesta la hizo resoplar—, pero por desgracia o por fortuna, es usted la única mujer a la que he comprometido.

—¡Deje de decir que me ha comprometido! ¡No es así!

—Señorita Lovegrace, estuvo usted en mi cama vestida tan solo con un camisón. —Las mejillas femeninas se encendieron en el acto y Sherry no pudo resistir la tentación de seguir hurgando en la herida—. La besé, señorita Lovegrace, apasionadamente, y usted... sé que como caballero quizá no debería recordárselo, pero usted también me besó a mí. Apasionadamente —puntualizó con mala idea.

—¡No lo besé! Y tiene razón, ¡usted no es un caballero!

—¿No lo hizo? Quizá necesite que le refresque la memoria. Sujete bien las riendas, señorita Lovegrace —ordenó y antes de que ella pudiera reaccionar, Sherry la sujetó de la barbilla, le giró el rostro hacia él y la besó. Apasionadamente. Y, como la otra vez, notó una leve pero inconfundible respuesta.

Por desgracia, no había elegido un buen momento y cuando sintió que la yegua aceleraba el paso aprovechando que la señorita Lovegrace había vuelto a aflojar las riendas, Sherry la soltó de

mala gana.

—Apasionadamente —murmuró provocativo.

La señorita Lovegrace quien, al parecer, estaba muy concentrada tratando de controlar de nuevo a la yegua, no contestó, aunque el rubor de sus mejillas se había acentuado. En silencio, recorrieron la pequeña distancia que los separaba de la casa y cuando ella tiró de las riendas frente a la puerta dijo sin mirarlo:

—Bájese, por favor.

—¿No desea que la acompañe a los establos?

—No es necesario, gracias. —El tono era gélido.

—Está bien. Nos vemos luego, señorita Lovegrace.

Sherry se bajó de un salto y, casi sin esperar a que tocase el suelo, ella arrancó de nuevo y se alejó sin mirar atrás.

Bates, que esperaba con la puerta abierta, le lanzó una mirada de diversión y le dijo con la misma confianza que emplearía un viejo mayordomo que hubiera estado toda la vida a su servicio:

—Yo diría que la señorita Emma está enfadada.

—No tengo la menor duda —dijo Sherry con placidez.

—Tal vez milord debería saber que la señorita Emma está acostumbrada a salirse con la suya; es posible que el general y yo mismo la hayamos mimado en exceso.

—Ya me había dado cuenta, Bates, pero ¿sabe qué?

—¿Qué, milord?

—Que yo también estoy acostumbrado a salirme con la mía.

Bates disimuló la risa con una tosecilla.

—Entonces, no parece que vayamos a aburrirnos estos días.

—Creo que no, Bates, creo que no.

Y con los labios apretados en una mueca de satisfacción, Sherry subió a su cuarto.

9

Sin embargo, los siguientes días no transcurrieron como Sherry había imaginado. La señorita Lovegrace debía de haber llegado a la conclusión de que la única manera de librarse de él era eludirlo en lo posible. Así que, aunque el general le había comentado que su nieta solía salir a cabalgar poco después del amanecer, no había coincidido con ella ni una sola vez. Era como si la señorita Lovegrace tuviera una capacidad casi sobrenatural para adivinar hasta el último de sus movimientos y, pese a que tras hablar con el mozo de cuadra cada día se levantaba a una hora distinta, ella siempre lograba esquivarlo.

El resto de la mañana desaparecía con rumbo desconocido y a menudo ni siquiera regresaba a comer. En ocasiones, no volvía a verla hasta la hora de la cena. Entretanto, el general y él mataban el tiempo cazando palomas torcaces y a veces Bates los acompañaba. A Sherry siempre le había gustado la caza y cada día apreciaba más la compañía de su anfitrión, un hombre culto capaz de hablar de muchas otras cosas que no fueran las numerosas batallas en las que había luchado, algo que agradecía profundamente.

Después de tres días así, lord Sherrington decidió que había llegado el momento de mover ficha; no estaba dispuesto a que la señorita Lovegrace se riera de él. Fiel a su propósito, en cuanto amaneció se vistió sin esperar a Rogers y aguardó en la habitación con la puerta entreabierta hasta que vio pasar a la señorita Lovegrace caminando de puntillas por el pasillo, con la capa y el sombrero puestos. Sin hacer ruido, la siguió. En el vestíbulo la vio recoger una pequeña cesta tapada con un paño, antes de bajar unas escaleras laterales y salir por la puerta de servicio. Sherry la abrió sin hacer ruido y salió detrás de ella. Afuera una neblina húmeda y fría se pegaba a la piel. A paso rápido, la señorita Lovegrace se encaminó hacia los establos y Sherry la imitó. El mozo de cuadra la esperaba con la pequeña yegua enganchada al calesín .

—¡Gracias, John!

—De nada, señorita Emma.

Le sujetó la cesta y la ayudó a subir y, cuando la señorita Lovegrace se disponía a tomar las riendas, Sherry hizo notar su presencia.

—Buenos días, señorita Lovegrace, hace una mañana preciosa para salir de paseo.

Tanto ella como el mozo dieron un violento respingo al oír su voz.

—¡Lord Sherrington, me ha asustado! ¿Qué hace usted aquí?

—La he seguido, señorita Lovegrace. Estaba decidido a impedir que siguiera evitándome. Ella compuso su expresión más inocente.

—¿Evitándolo? ¿Yo? Me temo que se confunde, milord.

—¿Usted cree?

Con agilidad Sherry se encaramó al calesín y se sentó a su lado.

La señorita Lovegrace alzó la barbilla en el aire con gesto altivo.

—Lord Sherrington, no le he invitado a acompañarme.

—Lo sé, señorita Lovegrace, me temo que si tuviera que esperar a que usted me invitase pasarían un par de siglos por lo menos.

El mozo los miraba con curiosidad y, al darse cuenta, la señorita Lovegrace lo despidió.

—Gracias, John, ya puedes retirarte.

En cuanto estuvieron a solas, se volvió hacia él con los ojos echando chispas.

—No puede venir conmigo, lord Sherrington. Voy a un sitio que no le va a gustar.

—Uy, qué misteriosa. —Hizo un gesto con la mano—. Adelante, señorita Lovegrace, estoy seguro de que si a usted le gusta a mí también me gustará.

—Le repito, milord...

Sherry que acababa de levantar una esquina del paño que cubría la cesta la interrumpió.

—¿Bollitos de mantequilla? ¿Tartaletas de frutas? En fin, hubiera preferido unos riñones con huevos revueltos y un par de chuletas de cerdo, pero confío en que compartiré el desayuno conmigo, señorita Lovegrace, estoy hambriento y parece abundante.

—¡Quieto! —Un manotazo impaciente le hizo soltar el bollo que había cogido.

Sherry se frotó el dorso de la mano y la miró con desaprobación.

—No es usted muy generosa, la verdad.

—¿Está decidido a venir? —dijo sin hacerle caso.

—Estoy decidido.

—¿Promete que se comportará y que no hará nada... nada...?

—¿Nada como estrecharla entre mis brazos? ¿Nada como besarla? —preguntó con amabilidad.

Su interlocutora se llevó las manos a las mejillas en un gesto reflejo; una vez más se habían encendido.

—Sí, nada como eso que ha dicho.

—Está bien. Se lo prometo. *Hoy* no haré nada de eso —recalcó el adverbio con una mirada maliciosa y, como de costumbre, no se vio defraudado porque, al instante, la señorita Lovegrace soltó uno de esos graciosos bufidos que le daban ganas de sonreír.

—Está bien. Puede venir, pero si no le gusta lo que ve es su problema.

De pronto, Sherry recordó las palabras de lady Burlington: «Ella está muy ocupada con ese proyecto suyo tan poco... tan poco convencional». Hum. ¿Tendría que ver el misterioso lugar al que se dirigían con ese proyecto «tan poco convencional» que lady Burlington había mencionado? Bueno, bueno, se dijo frotándose las manos mentalmente, la cosa se ponía cada vez más interesante.

—Por supuesto, señorita Lovegrace, y ¿respecto al desayuno?

La señorita Lovegrace sacó un par de emparedados y se los tendió, al tiempo que ella cogía otro par y se los ponía en el regazo encima de una servilleta.

—Tendrá que conformarse con esto, no había contado con usted. ¡Vamos, *Bonnie!* —Hizo restallar el látigo y la yegua se puso en marcha a un trote ligero.

Sherry devoró los emparedados de un par de bocados mientras ella lo hacía mucho más despacio. En un momento dado, después de dar un par de mordiscos al último, lo miró por el rabillo del ojo y, moviendo la cabeza con resignación, le tendió lo que quedaba.

—Me temo que es usted demasiado grande para aguantar toda la mañana solo con un par de emparedados. Tome esto y puede coger también un bollo, ¡pero solo uno!

Sherry no se hizo de rogar y, segundos después, todo había desaparecido.

—Bien, mucho mejor. —Se palmeó el estómago, satisfecho—. Y ahora, ¿puede decirme a

dónde vamos?

—Ya lo verá cuando lleguemos allí —dijo ella cortante y el resto del trayecto lo ignoró por completo.

Casi media hora después, la señorita Lovegrace detuvo el calesín frente a la fachada de un edificio de piedra de aspecto sólido, pero no especialmente bello, que quedaba justo a la salida del pequeño pueblo que acababan de atravesar. Enseguida, un hombre que en ese momento rastrillaba el camino de grava acudió a sujetar a la yegua.

—Gracias, Arthur. —La señorita Lovegrace prescindió de la mano que Sherry le tendía y bajó con agilidad del calesín—. ¿Ha llegado ya el doctor Samuelson?

—Hace unos minutos, señorita.

En ese momento, la puerta del edificio se abrió y un hombre rubio, apenas unos años mayor que Sherry, bajó con agilidad los peldaños de piedra del pórtico de la entrada.

—¡Señorita Lovegrace! ¡La esperaba con impaciencia!

Ante la mirada indignada de Sherry, el desconocido estrechó las manos de la señorita Lovegrace entre las suyas con una confianza que, en su opinión, estaba completamente fuera de lugar.

—Acabo de visitar al teniente O'Hara. También ha conseguido mover los dedos del pie izquierdo, creo que ya podemos descartar de plano una lesión permanente.

—¡Es maravilloso, doctor Samuelson!

Estuvieron un rato mirándose a los ojos, sonrientes, hasta que Sherry hizo notar su presencia con un carraspeo impaciente.

Al oírlo, la señorita Lovegrace retiró las manos al instante con evidente confusión y el doctor Samuelson, quien al parecer no había reparado en él hasta ese momento, lo miró con gesto interrogante.

No, el doctor Samuelson no tenía nada que ver con el reverendo Lewis, reconoció Sherry molesto. El doctor era un hombre joven, vestido con sencillez pero con prendas de buena calidad, y los ojos verdes tenían una mirada inteligente y bondadosa muy atractiva. El ceño de Sherry se volvió un poco más amenazador.

La señorita Lovegrace fue la primera en reaccionar e hizo las presentaciones con una sonrisa tensa.

—Doctor Samuelson, le presento a lord Sherrington, un amigo de mi abuelo. Ha insistido en acompañarme esta mañana y espero convencerle de que haga una sustanciosa donación para la causa. —Los ojos oscuros tenían una mirada entre maliciosa y retadora al posarlos en los suyos.

El médico le tendió la mano, sonriente.

—Encantado, lord Sherrington, como ya le he comentado a la señorita Lovegrace en innumerables ocasiones: es muy importante que personas poderosas como usted apoyen lo que estamos haciendo en St. Jude.

—Hum —se limitó a decir Sherry sin comprometerse; desde que había heredado el título y la fortuna que lo acompañaba, le habían llovido cientos de solicitudes para apoyar todo tipo de causas benéficas más o menos peregrinas.

—Dejaré a *Bonnie* en las caballerizas, señorita Emma.

La señorita Lovegrace le dio las gracias con una sonrisa y cogió la cesta que el criado le tendía.

—Vamos, vamos, venga por aquí lord Sherrington, le enseñaré las instalaciones; son humildes, pero hemos hecho muchos progresos en el último año.

El doctor Samuelson le hizo una seña y se apresuró a subir los escalones. Sin pedir permiso,

Sherry le arrebató la cesta a la señorita Lovegrace y le ofreció el brazo. Después de un ligero titubeo, ella lo aceptó y siguieron al médico al interior del edificio. De inmediato, un olor desagradablemente familiar asaltó las papilas olfativas de Sherry y le hizo arrugar la nariz.

—¿Qué es ese olor?

—Es agua de javel (lejía). Un compuesto descubierto por el químico Claude Louis Berthollet que un doctor francés introdujo a principios de este siglo en el Hôtel-Dieu de París. Mezclado con agua, se utilizó para limpiar los suelos y las camas de metal y en un corto periodo de tiempo la mortalidad por infección se redujo casi en un cincuenta por ciento. Aquí en Inglaterra no es tan habitual. En St. Jude somos pioneros y debo decir —añadió el médico con una sonrisa satisfecha mientras subían la amplia escalinata de piedra— que los resultados han superado todas mis expectativas.

—Entonces, ¿esto..., quiero decir, St. Jude es un hospital?

—En efecto, lord Sherrington. Tradicionalmente, el tratamiento que se le dispensa a los soldados ingleses heridos en el frente es una vergüenza; muchas veces son arrojados a la calle sin ni siquiera estar curados para dejar sitio a otros heridos. En mis días de estudiante en la universidad de Glasgow, tuve la suerte de trabar amistad con uno de los hijos del marqués de Richmond quien, como imagino que ya sabrá, es un conocido filántropo. Cuando le hablé de este terrible problema hace tres años, no lo dudó: puso a mi disposición este edificio de su propiedad y dejó el resto en mis manos. Por aquí. La señorita Lovegrace —le lanzó a esta una luminosa sonrisa que hizo que el ceño de Sherry se frunciera un poco más— se convirtió en una de nuestras primeras voluntarias y la ayuda que nos ha prestado ha sido inestimable.

Ahora caminaban por una galería muy luminosa, flanqueada por arcos de piedra, en la que el único sonido era el de sus pasos que resonaban contra las losetas del suelo.

—Esta es una de las salas. —El doctor Samuelson abrió la puerta de una habitación larga y estrecha, pintada de blanco y sin ningún tipo de ornamentación, en la que se alineaban varias camas de metal divididas en dos hileras paralelas—. En la actualidad contamos con cuatro como esta, con una capacidad para casi veinte pacientes cada una.

Sherry empezaba a sentirse mareado. Pese a que las condiciones higiénicas eran mucho mejores que las del hospital de campaña de Brno en el que le habían dado los primeros auxilios, el ambiente resultaba casi igual de sofocante.

—¿Se encuentra bien? —Los perspicaces ojos oscuros estaban clavados en él con una mirada de preocupación.

Sherry se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa y asintió con la cabeza, al tiempo que decía con brusquedad:

—Perfectamente.

En una de las camas, un hombre con una venda que le tapaba los ojos «miraba» con fijeza por una de las ventanas; en otra, un muchacho de no más de dieciocho años gemía sin cesar. Un lamento monocorde que ponía los pelos de punta.

La señorita Lovegrace se acercó a este último y dijo sonriente:

—Buenos días, alférez Brown, ¿ha pasado buena noche?

Al oír su voz el muchacho se calló en el acto y abrió los ojos, que se veían demasiado grandes en el rostro demacrado, de una palidez casi cadavérica.

—Señorita Lovegrace —dijo con voz débil—, ¿puede darme un poco de agua. Tengo sed. ¿Ha llegado ya carta de mi Anne?

La señorita Lovegrace mojó una gasa con agua y se la pasó por los labios resacos sin dejar de sonreír.

—Alférez Brown, le recuerdo que la escribimos ayer; el correo británico es eficiente, pero no hace milagros.

El muchacho esbozó una sonrisa.

—Creo que soy demasiado impaciente.

—Es normal. Le prometo que, en cuanto tenga noticias, le avisaré.

—¿Vendrá a verme más tarde? —Los grandes ojos azules la miraron suplicantes.

La señorita Lovegrace le sonrió con ternura mientras le subía la sábana un poco más y le retiraba un mechón de pelo pajizo de la frente y, al verla, Sherry volvió a sentir uno de esos extraños retortijones en el estómago.

—Por supuesto, alférez. Me pasaré por aquí antes de terminar mi ronda.

Volvieron a salir a la galería, pero el alivio de Sherry no duró demasiado.

—Una pena lo del alférez Brown. —El doctor Samuelson movió la cabeza con pesar.

—¿Una pena, a qué se refiere? —preguntó con voz ronca.

—Tiene una herida de metralla en el estómago. Inoperable. No creo que pase de esta semana. De pronto, las losas del suelo empezaron a bailar delante de sus ojos y Sherry se tambaleó.

—¿Le ocurre algo, lord Sherrington? ¡Lord Sherrington!

La voz de la señorita Lovegrace parecía provenir de un lugar muy lejano. Notó que una mano le agarraba del brazo, pero se la sacudió con rudeza.

—Perdón... necesito...

Incapaz de acabar la frase, se alejó con rapidez sin hacer caso de las voces alarmadas que sonaban a su espalda. Unos minutos después, sin tener ni idea de cómo había llegado hasta allí, se arrodilló detrás de un frondoso *ceanothus* y vomitó todo el desayuno. Mientras daba las últimas arcadas, unas manos frescas le sujetaron la cabeza. Terriblemente avergonzado, Sherry trató de apartarse, pero estaba demasiado mareado.

—Tranquilo, lord Sherrington. Parece que ya no queda nada más en su estómago. Quédese aquí un rato, hasta que se sienta mejor.

Sherry se dejó caer en el suelo, indiferente por completo al desastre que el césped húmedo causaría en los delicados pantalones de ante, y cerró los ojos al tiempo que inspiraba con fuerza. El frescor de un pañuelo húmedo sobre la frente lo reconfortó.

«No puede negarse que es eficiente», se dijo sintiendo un profundo alivio. Muy despacio, abrió los párpados.

La señorita Lovegrace, indiferente también a la humedad del césped, se había arrodillado frente a él. Tenía el rostro muy cerca del suyo y lo miraba con preocupación.

—¿Se encuentra mejor?

Sherry asintió con la cabeza.

—No se mueva.

Emma se levantó con agilidad y se acercó a la pequeña fuente de piedra en la que un rollizo amorcillo tocaba una flauta de la que salía un fino chorro de agua. Mojó el pañuelo de nuevo, lo escurrió bien y volvió a colocárselo sobre la frente.

—Sujete aquí.

Sherry obedeció con un gruñido.

—No creo que ni siquiera su abuelo diera tantas órdenes como usted cuando estaba en el ejército.

Ella no solo no se dignó a responderle, sino que con dos hábiles tirones le deshizo el intrincado lazo de la corbata, que su ayuda de cámara había tardado más de un cuarto de hora en anudar esa mañana.

—¿Puede saberse qué demonios está haciendo? —Molesto, le atrapó la mano derecha con la que tenía libre—. No quiero ir por ahí hecho un fantoche.

—Necesita respirar con comodidad, pero veo que ya está mucho mejor, vuelve a ser tan desagradable como de costumbre.

Sherry la miró avergonzado y, sin ser consciente de ello, le apretó un poco más la mano.

—Siento que haya tenido que ver esto.

—No se preocupe —dijo ella con esa indiferencia que le resultaba tan irritante—, he visto cosas peores.

—Creo que fue el olor, de pronto me mareé y...

—Puede engañarse a sí mismo si quiere, lord Sherrington, pero le ruego que no intente engañarme a mí.

Los ojos oscuros se posaron en los suyos con un fulgor que resultaba imposible de resistir y, muy a su pesar, Sherry se vio obligado a apartar la mirada.

—No sé a qué se refiere —farfulló con los ojos bajos.

—¿No? Yo creo que sí. ¿No fue usted el que dijo que dentro de poco no tendría secretos para mí?

Sherry se olvidó del lamentable espectáculo que acababa de dar y que seguramente seguía dando, con los extremos de la corbata deshecha cayéndole arrugados a ambos lados del cuello, y clavó los ojos en ella repentinamente alerta.

—¿Me está diciendo que por fin acepta mi propuesta de matrimonio?

La señorita Lovegrace se soltó con un rápido movimiento, apartó la mano con la que él todavía se sujetaba el pañuelo sobre la frente y, sosteniéndole la barbilla con delicadeza, empezó a pasárselo con suaves toques por todo el rostro.

—Por supuesto que no. Jamás me casaría con un hombre que me ocultara cosas tan importantes de su pasado.

—Yo no oculto...

La señorita Lovegrace lo interrumpió sin contemplaciones.

—¿Va a contarme de una vez la verdad sobre esas horribles cicatrices de su pecho?

Sherry apretó los labios con fuerza, pero no dijo nada.

—¿Lo ve? —siguió con serenidad mientras le limpiaba la boca con el pañuelo—. Vuélvase a Londres de una vez, lord Sherrington, aquí está perdiendo el tiempo.

Sin más, se guardó el pañuelo en el bolsillo del vestido y se levantó.

—Ahora, si me disculpa, tengo que hacer mi ronda habitual. Quédese aquí para que le de el aire, luego puede acercarse al pueblo y tomarse algo en la taberna. No queda lejos. En cuanto termine, lo llevaré de vuelta a Peyton Gardens.

—¡Señorita Lovegrace!

Apenas se había alejado unos pocos pasos cuando la voz profunda la hizo detenerse. Despacio, se volvió a mirarlo.

—No crea que me daré por vencido tan fácilmente.

Sherry la vio poner los ojos en blanco, antes de darse la vuelta de nuevo y desaparecer con rapidez por detrás del edificio.

10

Emma deshizo el lazo y se quitó el sombrero frente al espejo. Distraída, se arregló un par de mechones que habían escapado de las horquillas. Lo cierto era que estaba desconcertada, aunque quizá esa era una palabra demasiado suave para explicar cómo se sentía.

Lord Sherrington llevaba más de una semana en Peyton Gardens y no parecía tener ninguna prisa por marcharse. Desde luego, se dijo apretando los labios, ese pelirrojo impertinente era terco como una mula.

Después de dejarlo en el jardín ese primer día que la había acompañado al hospital, todavía pálido, con la corbata deshecha, la salvaje cabellera rojiza más despeinada que nunca y, sin embargo, tan irresistiblemente atractivo como de costumbre, había pensado que, pese a sus palabras desafiantes, no tardaría mucho en darse por vencido. Pero se había equivocado.

«Terco como una mula», se repitió sin dejar de apretar los labios.

Allí seguía, saliendo a cazar casi todas las tardes con el abuelo y acompañándola al hospital por las mañanas. Pese a que nunca lo habría sospechado, lord Sherrington y su abuelo habían conectado de una manera sorprendente. Daba la sensación de que este último había encontrado en el testarudo conde de Sherrington el nieto que tanto tiempo había deseado. A Emma la sola idea se le antojaba una profunda traición y la hacía rechinar los dientes; al fin y al cabo, ella se había esforzado mucho en tratar de rellenar ese vacío desde que quedó a su cargo cuando no era más que una niña.

Sin embargo, lord Sherrington no tenía que hacer el menor esfuerzo; nunca les faltaban temas de conversación y cuando regresaban al caer la tarde, con las botas embarradas y un par de tórtolas colgadas del cinto, cualquiera que los viera conversar y reír entre ellos con total confianza habría pensado que eran dos viejos amigos.

Incluso Bates, que era un hueso duro de roer —en especial con cualquier hombre que se acercara a ella más de la cuenta—, lo había aceptado desde el principio y lo trataba con la misma cariñosa firmeza con la que trataba a los jóvenes reclutas que estaban bajo sus órdenes cuando era sargento.

Lord Sherrington había engatusado a todos los miembros de la familia.

Sí. A todos.

No podía negar el modo en que a ella misma se le aceleraba el corazón cada vez que lo miraba.

«Una cara bonita, Emma, solo es una cara bonita. No tenéis nada en común», se recordaba con severidad, pero lo cierto era que resultaba muy difícil no sucumbir al encanto de ese hombre.

Después del lamentable episodio en el hospital, había dado por hecho que no volvería a acompañarla. Sin embargo, al día siguiente bajó tan temprano como de costumbre y se lo encontró esperándola junto al calesín. En silencio, le había quitado la cesta de las manos y la

había ayudado a subir. Tampoco después había dicho una palabra cuando, sin preguntar, cogió las riendas de *Bonnie* con las manos enguantadas y se pusieron en marcha. A partir de ese día, Emma puso buen cuidado en añadir media docena más de emparedados a la cesta para aplacar el increíble apetito mañanero del señor conde.

Al principio, lord Sherrington procuraba evitar las salas en las que estaban los heridos. En cuanto llegaba al hospital se reunía con el administrador, que tenía allí un pequeño despacho. Según le había comentado este cuando, incapaz de contener su curiosidad, le había preguntado, lord Sherrington se mostraba muy interesado por los números del hospital.

—¿Los números? —Había repetido desconcertada.

Sí, había respondido el señor Hammond, el conde de Sherrington quería saber desde el gasto por paciente y día, hasta lo que costaban las sábanas y el número de estas.

—Tiene una prodigiosa cabeza para las cifras —había añadido con un absurdo gesto de orgullo, haciendo que Emma levantara las cejas sorprendida.

Así que mientras ella dedicaba el tiempo a los heridos: escribiendo cartas a los familiares, cambiando algún que otro vendaje y, en general, dándoles cariño y conversación, que estos agradecían incluso más que el tratamiento médico, lord Sherrington pasaba la mañana encerrado en el despacho del administrador.

Había sido así hasta la mañana del cuarto día. Esa mañana, el doctor Samuelson los había recibido sin rastro de la habitual sonrisa y, al ver su expresión, Emma había sentido que se le caía el alma a los pies.

—¿El alférez Brown? —había preguntado con voz temblorosa, temiéndose lo peor—. ¿Está...?

Se detuvo incapaz de acabar la frase, pero el médico negó con la cabeza.

—Todavía no, pero está muy mal, señorita Lovegrace. Muy mal.

Emma se sujetó el ruedo de la falda y echó a correr escaleras arriba. Al pasar por delante del despacho del administrador entró sin llamar.

—Señorita Lovegrace, ¿ocurre algo?

Al ver la expresión de sorpresa del señor Hammond, se disculpó sin aliento:

—Perdone, señor Hammond, ¿podría darme una hoja de papel?

—Por supuesto, por supuesto —El señor Hammond buscó en un cajón y le tendió una—. ¿Necesita una pluma?

—No, no es necesario, muchas gracias.

Emma salió de nuevo a toda prisa mientras el señor Hammond se quedaba mirando la puerta cerrada con desconcierto, extrañado de que la señorita Lovegrace no le hubiera preguntado por la salud de su anciana madre como solía.

Sin dejar de correr, Emma dobló la hoja en cuatro y al pasar por una de las ventanas se detuvo unos segundos para frotar con fuerza contra el papel los tallos de una lavanda, ya sin flor, que languidecía en un macetero. Después reemprendió la carrera hasta llegar a la sala en la que se encontraba el alférez Brown. Se detuvo jadeante en el umbral e inspiró profundamente, tratando de calmar su agitada respiración. Segundos después, con una sonrisa en la boca, se acercó a la cama del herido y lo saludó con fingida alegría.

—Buenos días, alférez Brown.

—Seño... rita... Love... —Las palabras salían con dificultad por entre los labios agrietados.

Emma se apresuró a sentarse a su lado y le cogió la mano.

—No se esfuerce, alférez, déjeme hablar a mí. ¡Tengo una gran noticia, la mejor! Ha llegado carta de su Anne.

Los ojos azules se iluminaron.

—Mi... Anne... —esbozó una sonrisa trémula, que enseguida desapareció—. Apenas... puedo verla... a usted.

Emma le apretó la mano un poco más.

—No se preocupe, yo se la leeré, la tengo aquí mismo.

—Oh... sí... por favor.

—Querido renacuajo... —empezó.

De nuevo, una débil sonrisa apareció en los labios agrietados del alférez.

—Rena... cuajo. Me llamaba así para... hacerme rabiar... —hablaba tan bajo, que Emma tuvo que inclinarse un poco más para entender lo que decía.

—Lo sé, alférez, no le gustaba nada que usted fuera dos meses más joven que ella. Y ahora silencio —dijo con dulzura antes de empezar de nuevo—. «Querido renacuajo, los meses que hemos estado separados se me han antojado eternos; la impaciencia por verte ha llenado mis días y mis noches. Te imaginaba rodeado de peligros y sentía que no podría soportarlo un minuto más, pero luego llegaban tus cartas y era como si estuvieras a mi lado, susurrándome al oído cuánto me quieres. Casi podía ver tu cara, casi podía rozarla con las yemas de mis dedos, como esos días justo antes de que partieras al frente, cuando paseábamos cogidos de la mano por los campos de trigo y tú te detenías casi a cada paso para besarme. Amor mío, regresa a mí cuanto antes, te estaré esperando y ya nunca más volveremos a separarnos. Siempre serás mi amigo, mi amante, mi único amor. Tu Anne».

Emma pronunció las dos últimas frases con voz trémula. Luego se hizo el silencio, y una lágrima se deslizó despacio por la mejilla descarnada del herido.

—¿Puede... darme... la carta? —rogó sin abrir los párpados.

Emma le puso la carta entre los dedos y, muy despacio, el joven se la llevó a la nariz con dedos temblorosos.

—Huele... como... ella. Mi... Anne. —La cabeza del alférez Brown cayó a un lado; los labios lívidos esbozaban una sonrisa.

De pronto, notó el peso de una mano sobre el hombro de Emma. Aturdida, alzó el rostro empapado de lágrimas y vio a lord Sherrington a su lado con los ojos clavados en el papel en blanco que el joven soldado apretaba aún entre los dedos.

Siguieron así un buen rato, hasta que Emma se secó las mejillas con el dorso de la mano y se puso en pie.

—Llamaré para que vengan a buscarlo —dijo con voz ronca.

Pero él le la detuvo sujetándola por los brazos y la miró con fijeza a los ojos enrojecidos.

—Emma...

Era la primera vez que él la llamaba por su nombre y la primera vez que ella percibía algo parecido a la ternura en su mirada. De pronto, la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza contra su pecho. Emma cerró los ojos, aspiró su olor con fuerza y la negrura que la había envuelto unos segundos antes retrocedió. Sintió que la besaba en el pelo, pero no se apartó. Se quedaron así, hasta que la voz del doctor Samuelson la hizo reaccionar.

—Señorita Lovegrace, ¿se encuentra bien?

Emma se soltó de los brazos del conde, se volvió hacia el recién llegado y señaló la cama con una mano que todavía temblaba.

—Se trata del alférez Brown... —Se detuvo incapaz de decir nada más.

El doctor Samuelson apartó los ojos acusadores de lord Sherrington, que le devolvía la mirada desafiante, con una mueca sardónica en los labios, y los dirigió hacia el alférez.

—Ya veo. —Cogió la muñeca del joven soldado buscando en vano el pulso y dijo en tono práctico—: En todo este tiempo no ha recibido visitas ni cartas de la familia, imagino que la parroquia correrá con los gastos del entierro.

Emma tragó saliva y, una vez más, notó el peso de la mano de lord Sherrington sobre el hombro.

—Señorita Lovegrace, será mejor que salga afuera a que le de un poco el aire.

El doctor Samuelson pareció caer entonces en la cuenta de que quizá la visión de la muerte la había impresionado y se dirigió a ella con una sonrisa tierna.

—Perdone, señorita Lovegrace, lord Sherrington tiene razón. ¿Quiere que la acompañe a dar un paseo por el jardín?

—No es necesario —respondió lord Sherrington por ella sin apartarle la mano del hombro—. Usted debe de estar muy ocupado, yo la acompañaré.

Emma reaccionó al notar el evidente antagonismo que reinaba entre los dos hombres y se apresuró a intervenir.

—No es necesario que se molesten ninguno de los dos. Enseguida vuelvo—dijo y salió de la sala casi corriendo.

Emma regresó al presente. Sí, esa mañana lo había cambiado todo. A partir de entonces, lord Sherrington pasaba un rato con el administrador y luego la acompañaba a hacer la ronda por las salas. El conde era un hombre fuerte y resultaba de gran ayuda para incorporar a los enfermos o sujetarlos cuando daban los primeros pasos; de hecho, había hecho buenas migas con el teniente O'Hara quien, poco a poco, recuperaba el uso de las piernas. En un primer momento el teniente, hijo de un oscuro comerciante de Manchester, se había sentido cohibido de que nada menos que un conde le brindase su ayuda, pero enseguida la campechanía de lord Sherrington le había hecho olvidarse de las diferencias sociales y, al poco tiempo, se había vuelto habitual verlos pasear por la luminosa galería —el teniente avanzando muy despacio apoyado en un par de muletas y lord Sherrington caminando a su lado, dispuesto a sujetarlo a la menor vacilación—, en medio de acaloradas discusiones sobre los temas más variopintos.

Emma se vio obligada a reconocer que, al contrario que otros aristócratas que conocía, lord Sherrington no era nada estirado; lo cierto era que cuando el conde ponía en juego su encanto personal resultaba muy difícil de resistir. Él era consciente de ello y empleaba ese encanto con todo el mundo. Con todo el mundo menos con ella, claro estaba. Con ella seguía mostrándose impaciente y crítico, y los dos seguían discutiendo acaloradamente por las cosas más absurdas a la menor oportunidad.

No entendía por qué la había besado en Grafton House y entendía aún menos por qué había vuelto a hacerlo hacía tan solo unos pocos días.

«Es un calavera. Seguro que besa a todas las mujeres que se le ponen a tiro», se dijo desdeñosa para añadir acto seguido: «Pero si es así, ¿por qué parece empeñado en casarse con una tan corriente como yo?».

Y esos besos... Emma no deseaba pensar en esos besos, pero sin querer se llevó las yemas de los dedos a los labios. Casi podía sentir de nuevo la avidez de esa boca apasionada, el sorprendente tacto de la lengua curiosa, el calor de su cuerpo cuando la apretaba contra sí... Pese a sus esfuerzos por rechazarla, la escena en el dormitorio de Grafton House volvía a atormentarla una y otra vez, especialmente por las noches, haciendo que la temperatura de su cuerpo alcanzara niveles insoportables.

Al principio se decía a sí misma que quizá exageraba; que las sensaciones que había sentido entre esos fuertes brazos en realidad no habían sido tan exaltadas como las recordaba, pero

cuando volvió a besarla aquel día en el calesín ya no pudo seguir engañándose a sí misma. Había sentido el mismo fuego entre los muslos que entonces; las mismas ganas de apretarse contra él y permitir que hiciera con ella lo que quisiera.

«Oh, Emma, no puedo creer que hayas sido tan estúpida como para enamorarte de él», se regañó sin dejar de mirar el reflejo que le devolvía el espejo.

«Y ¿qué si lo has hecho?» replicó otra voz en su cabeza. «Lord Sherrington quiere casarse contigo, no tienes más que aceptar su propuesta y será tuyo para siempre».

La tentación era casi irresistible, pero Emma sabía bien que, pese a su insistencia, lord Sherrington no la amaba y ella siempre había tenido muy claro que nunca aceptaría casarse con nadie a quien no amara o que no la amase.

En ese momento, el repiqueteo de unos nudillos la sobresaltó.

—Señorita Emma —la voz de Bates llegó con claridad a través de la puerta cerrada—, me envía lord Sherrington para recordarle que esta tarde habían quedado en salir a cabalgar.

Había estado tan inmersa en sus pensamientos que se le había olvidado por completo. Era la primera vez que había aceptado salir a cabalgar con él. Pasaban demasiado tiempo juntos en el hospital, así que el resto del día procuraba evitarlo en lo posible. Sin embargo, esta vez lord Sherrington había insistido tanto, que no había podido negarse.

—Gracias, Bates, dígame que no tardo nada en cambiarme. Enseguida bajo.

11

Poco después marchaban al paso por uno de los bucólicos caminos que rodeaban la casa. La señorita Lovegrace montada en una pequeña yegua castaña muy juguetona, que tenía una mancha blanca en cada una de las extremidades, y lord Sherrington a lomos de un bayo de gran tamaño.

—Su yegua es una criatura muy bella y elegante, señorita Lovegrace.

—*Fairy* se siente halagada por sus palabras, lord Sherrington. —Emma palmeó el cuello del animal con cariño.

—Creo que pocas veces he visto una mujer con tan buen asiento a caballo como usted.

La señorita Lovegrace le dirigió una mirada burlona.

—Dos cumplidos seguidos, lord Sherrington. Tenga cuidado no vaya a ser que se me suban a la cabeza.

—No lo intente.

—¿A qué se refiere? —Lo miró con el ceño ligeramente fruncido.

—Hoy estoy decidido a no pelearme con usted —dijo con aire magnánimo.

Esas palabras le arrancaron una sonrisa maliciosa.

—¿Quiere que apostemos?

Sherry la miró con desaprobación.

—No, no quiero apostar. Por si no lo sabía, apostar no es una actividad propia de una dama, pero estoy firmemente decidido a no pelearme con usted esta tarde. Así que añadiré que cuando sonrío se le forma un hoyuelo de lo más atractivo en la comisura derecha de la boca.

Su interlocutora se puso roja, era evidente que no había esperado semejante comentario.

—El rubor de sus mejillas acentúa todavía más el brillo de sus preciosos ojos oscuros —añadió Sherry con una mirada traviesa.

La señorita Lovegrace levantó la barbilla, muy digna.

—Si esta lluvia de cumplidos es un cambio de estrategia, mucho me temo que tampoco le va a funcionar, lord Sherrington. Mire —señaló con la fusta una gran extensión de césped que se abría ante ellos—, este sitio es inmejorable para un buen galope.

Sherry enarcó una ceja, burlón.

—¿Intentando cambiar de tema, señorita Lovegrace?

Se encogió de hombros.

—Me temo que me ha descubierto, milord. El primero que llegue al riachuelo que hay detrás de aquel seto ganará la apuesta.

—¿De qué apuesta estamos hablando? —Sherry se ajustó bien el sombrero de copa.

Emma aguijoneó los flancos de la yegua con los talones.

—¡Lo pensaremos cuando lleguemos allí! —gritó y salió disparada.

—¡Será tramposa...!

De inmediato, Sherry salió en su persecución, pero la pequeña yegua parecía volar. Decidido a ganarla, se inclinó un poco más sobre el cuello del caballo y apretó los dientes. La yegua de la señorita Lovegrace se acercaba al seto a una velocidad temeraria y Sherry notó un doloroso retortijón en la boca del estómago.

—¡Vaya más despacio! —gritó furioso.

Pero ella o no lo oyó, o lo ignoró por completo y, segundos después, la yegua salvaba el obstáculo sin el menor problema. Con el corazón golpeándole dentro del pecho con fuerza, Sherry las siguió y las poderosas patas del bayo aterrizaron al otro lado con suavidad. Todavía quedaba más de una milla hasta la línea de árboles que señalaban la presencia del riachuelo.

—¡Vamos, muchacho!

Sherry hundió los talones en los flancos del animal y, cuando casi habían llegado la meta, consiguió adelantar a la yegua *in extremis* y, de inmediato, empezó a refrenar a su montura.

La señorita Lovegrace lo imitó. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos oscuros brillaban llenos de excitación. Unos par de mechones casi negros se habían escapado del gracioso sombrerito que llevaba.

—Ha estado bien, ¿verdad? —Lo miró sonriente sin dejar de palmear con cariño el cuello sudoroso de la yegua—. Bien hecho, lord Sherrington, no pensé que fuera a ganarme.

Sherry no contestó. De un salto, se bajó del caballo y se dirigió hacia la yegua. Sin decir una palabra, agarró a la señorita Lovegrace de la cintura y la bajó al suelo sin hacer caso de la exclamación sorprendida que lanzó ella.

—¡Le dije que fuera más despacio! —gritó furioso, al tiempo que la cogía por los hombros y le daba una ligera sacudida.

La luminosa sonrisa se había borrado de los labios tentadores y ahora la señorita Lovegrace parecía tan furiosa como lo estaba él.

—¡¿Y quién se cree usted que es para darme órdenes?!

—¡Soy su futuro esposo! —Nueva sacudida.

—¡No empiece otra vez con eso! Ya le he dicho que no tengo la más mínima intención de casarme.

—¿No? Y ¿qué opina su medicucho de eso? —replicó sarcástico.

—¿Mi medicucho? ¿Puede saberse de qué está hablando?

—¿Se cree que soy idiota? Me he dado cuenta de cómo la mira el doctor Samuelson.

La señorita Lovegrace frunció la nariz y tuvo la desfachatez de olfatear el aire a su alrededor mientras le lanzaba una mirada suspicaz por entre los párpados entornados.

—¿Ha vuelto a beber, lord Sherrington?

Sherry le dio una nueva sacudida.

—¡No, maldita sea, no he vuelto a beber! Pregúntele a su abuelo si miento. Me mira con desdén cada vez que le pido a Bates un té helado. Y no cambie de tema, sabe de sobra que el doctor Samuelson la desnuda con los ojos cada vez que la mira.

La señorita Lovegrace lanzó una exclamación indignada.

—¡Lord Sherrington, no le consiento que hable así del doctor Samuelson! El doctor es un hombre serio y dedicado a su trabajo y no tiene tiempo para tonterías. ¡Suélteme ahora mismo!

—¡No la soltaré hasta que no acepte de una vez mi proposición de matrimonio! ¡Esta farsa ya ha durado bastante!

—¡Ya le he dicho mil veces que no me casaré con usted!

—¿Acaso necesita que la comprometa aún más? Pues sea.

Sherry le soltó los hombros, pero solo para agarrarla de las nalgas y pegarla a su cuerpo sin la menor delicadeza. Luego inclinó la cabeza dispuesto a besarla con rudeza, pero cuando sus labios casi tocaban los suyos, ella dijo sin aliento:

—¡Ha ganado la apuesta!

El conde frunció el ceño desconcertado y, sin soltarla, murmuró casi rozándole la boca con los labios.

—¿Qué apuesta?

—La.. la apuesta... que hemos hecho... a... antes —balbuceó ella con los ojos clavados en su boca; Sherry podía sentir el cálido aliento acariciándole los labios.

—Creo que, una vez más, está intentando cambiar de tema —gruñó sin apartarse ni una pizca; lo cierto era que el brillo entre asustado y excitado de los ojos oscuros lo hipnotizaba y apenas sabía lo que estaba diciendo.

—¿Se... se nota mucho?

La pregunta le arrancó una sonrisa y no se le escapó el modo en que los expresivos ojos oscuros seguían fijos en su boca, con inconfundible fascinación.

—Un poco. Está bien, señorita Lovegrace. —De pronto, su enfado se había evaporado, aunque el ardor que se había apoderado de él desde que la había estrechado contra sí era otro cantar—. Usted gana. Hablemos de la apuesta.

—¿Puede...? ¿Le importa soltarme mientras lo hacemos, por favor?

—No. Me gusta sentir su cuerpo pegado al mío. —Para demostrárselo, las manos que tenía apoyadas sobre sus nalgas la apretaron aún más contra él.

—Lord Sherrington —la señorita Lovegrace habló muy despacio, como si se dirigiera a un peligroso lunático al que fuera necesario apaciguar—, no debería decirme estas cosas y menos ponerlas en práctica.

Sherry le rozó la mejilla con la punta de la nariz y no se le escapó el modo en el que ella se estremeció al sentir la leve caricia. Sí, se dijo con perversa satisfacción, dijera lo que dijera, la irritante señorita Lovegrace no era completamente indiferente a él.

—Estoy tratando de comprometerla un poco más, señorita Lovegrace. Al parecer, en su opinión lo que ocurrió entre nosotros en casa de mi amigo Gurney no fue suficiente.

Sherry hundió el rostro en la cálida curva de su garganta y aspiró con deleite el sutil aroma a lilas que siempre la acompañaba.

A la señorita Lovegrace se le escapó un suspiro, cerró los párpados y apoyó las palmas de las manos contra las solapas de su levita; pero si había pensado en rechazarlo, el gesto se quedó a medio camino.

—Lord... Lord Sherrington...

—¿Sí, señorita Lovegrace? —dijo con voz ronca, frotando la nariz contra la delicada piel del cuello.

—Estábamos... estábamos... hablando de... de la apuesta —balbuceó.

—Ah, la apuesta...

Sherry mordisqueó un punto sensible justo debajo del lóbulo de la oreja y el violento escalofrío que la recorrió, lo llenó de satisfacción. En un gesto instintivo, la señorita Lovegrace inclinó un poco más la cabeza hacia el lado contrario para dejarle vía libre.

—Sí, la... la... —Los labios masculinos mordieron un poco más fuerte ese mismo punto—. ¡Oh!

Sherry sonrió al oírla. La respiración de la señorita Lovegrace sonaba cada vez más agitada y su propia excitación estaba alcanzando un estado alarmante. Si no ponía fin a esa escena, se dijo,

en breve la acorralaría contra el tronco de uno de esos árboles y la tomaría sin más.

—Está bien. —Con un esfuerzo sobrehumano, levantó la cabeza y se apartó de ella, orgulloso de que su voz sonara tan firme pese a que le temblaban las rodillas.

La señorita Lovegrace se tambaleó ligeramente y abrió los ojos; por unos segundos dio la sensación de que le costaba enfocar la mirada.

—¿Qué... qué está bien?

—La apuesta. Ya sé lo que quiero.

La señorita Lovegrace se apretó las palmas de las manos contra el rostro ardiente, como si tratara de concentrarse. Luego inspiró con fuerza y dijo con una voz un poco más firme:

—¿Qué es?

—Un beso. Quiero que me bese.

Por unos segundos, ella se quedó paralizada y pasó un buen rato hasta que consiguió negar con la cabeza.

—Jamás habría hecho una apuesta tan impropia.

—Eso debió pensarlo antes de salir corriendo. Fue juego sucio.

—¡Yo no juego sucio!

—Demuéstrelo y pague su apuesta.

—¡Pero yo nunca apostarí semejante cosa!

Lord Sherrington sacó un reloj de oro del bolsillo del chaleco y abrió la tapa con el pulgar.

—Se está haciendo tarde —dijo con indiferencia y se lo guardó de nuevo.

—No puede pedirme algo así. —Los ojos oscuros brillaban llenos de santa indignación—. Usted... ¿usted no es un caballero!

—¿Va a pagar sí o no?

—¿Ahora?

—No hay mejor momento que el presente.

La señorita Lovegrace miró a su alrededor, como si esperase ver salir a una muchedumbre de curiosos de detrás de un arbusto; por supuesto, no había nadie. Sherry la vio inspirar profundamente.

—Está bien.

Con decisión se acercó hasta que la falda de montar quedó a menos de un palmo de las relucientes botas altas de Sherry. Luego cerró los ojos y levantó la cara hacia él con el mismo aire de un cordero al que llevaran al matadero.

Sherry contempló el hermoso rostro y se vio obligado a reprimir una sonrisa. Sin embargo, dijo muy serio:

—Ejem. Señorita Lovegrace...

Ella abrió los párpados lentamente y lo miró desconcertada.

—Es usted la que tiene que besarme a mí.

Una vez más, sintió el inenarrable placer de verla sonrojarse, pero unos segundos más tarde la señorita Lovegrace apretó los labios y, decidida, se acercó un poco más a él.

—Está bien —repitió.

Con decisión, apoyó las palmas de las manos sobre su pecho, se puso de puntillas, apoyó la boca en la suya y se apartó de inmediato. Pese a que el rubor de las mejillas se había acentuado no despegó los ojos de él, desafiante.

—¿Me está tomando el pelo, señorita Lovegrace?

—¿Qué quiere decir? ¡He pagado mi apuesta! —dijo indignada.

—¿De verdad considera que se puede llamar beso a ese penoso simulacro? —Movi6 la

cabeza con desdén.

—¿Penoso simulacro?

—Penoso —repitió tajante.

La señorita Lovegrace cerró los puños y gritó fuera de sí:

—¿Acaso quiere que me restriegue contra usted y haga esas cosas depravadas con la lengua?!

Sherry no se inmutó.

—Eso es exactamente lo que quiero.

La señorita Lovegrace entrecerró los párpados, aunque ni aún así pudo disimular las chispas airadas que salían de los ojos oscuros.

—¡Jure por su maldito honor que, haga lo que haga, no me tocará!

A Sherry esa misteriosa exigencia se le antojó de lo más sugerente y la excitación que llevaba sintiendo desde hacía un buen rato se acentuó.

—Lo juro.

—¡Está bien! —repitió por enésima vez, furiosa como una gata.

Con decisión, pegó el cuerpo contra el suyo, le rodeó el cuello con los brazos, enredó los dedos en los cabellos de su nuca y lo atrajo hacia sí sin la menor delicadeza. Sherry casi esperaba que le diera un mordisco; sin embargo, en cuanto la boca masculina estuvo a su altura, la señorita Lovegrace posó los labios en los suyos con delicadeza y procedió a mordisqueárselos con el entusiasmo de una niña golosa. De golpe, la sangre de Sherry se transformó en lava hirviente y un gemido se le escapó de la garganta. Los brazos le dolían por el deseo de estrecharla contra sí hasta que no pudiera ni respirar, pero había dado su palabra, así que no le quedó más remedio que seguir con ellos caídos a lo largo de los costados y apretar los puños con fuerza.

Sin dejar de acariciarle la nuca, la señorita Lovegrace contorneó la línea de su boca con la punta de la lengua, en una caricia a la vez tímida y provocativa, hasta que Sherry, mareado de pura excitación, separó los labios. Lo que siguió lo pilló totalmente desprevenido. La forma de besar de la señorita Lovegrace era distinta por completo a cualquier otra que hubiera experimentado jamás. Era como si estuviera improvisando sobre la marcha y esa mezcla de torpeza y avidez, de inocencia y de lujuria, se le subió a la cabeza como si acabara de beberse una botella de coñac de un solo trago. Justo cuando empezaba a pensar seriamente en mandar el honor al diablo y romper su promesa de no tocarla, la señorita Lovegrace lo soltó y se apartó de él dejándole con la dolorosa sensación de que alguien le había arrancado uno de los miembros.

—Y ¿bien? ¿Ha... sido un... penoso simulacro? —Pese a que el pecho femenino subía y bajaba a toda velocidad debajo de la ajustada chaqueta del traje de montar, el tono de la señorita Lovegrace encerraba un claro desafío.

Incapaz de encontrar su voz, Sherry negó con la cabeza.

—Entonces, considere pagada la apuesta. Regresemos.

La señorita Lovegrace se dio media vuelta y, sin detenerse a esperarlo, se subió con agilidad a la pequeña yegua que pastaba cerca de ellos y se alejó al galope.

Conmocionado, Sherry consiguió reaccionar por fin. Le temblaban tanto las manos que le llevó un buen rato coger las riendas del bayo y subirse a la silla. Cuando por fin estuvo listo, la señorita Lovegrace no era más que una mancha lejana en el horizonte.

12

Sumida de lleno en una tormenta de emociones, Emma espoleó a *Fairy* y la pequeña yegua respondió con entusiasmo. El sol estaba a punto de ponerse y el aire frío de la tarde era un bálsamo para sus mejillas ardientes.

«¿Qué has hecho, insensata?».

Pero por mucho que se lo preguntara, era incapaz de encontrar una respuesta. Solo sabía que había alzado los ojos hacia el rostro de ese hombre de cabello leonado que la miraba retador y al instante la había invadido una mezcla de furia y deseo que le había hecho imposible contenerse.

«Quería que lo besara, ¿no?» Trató de defenderse de sí misma.

Pues vaya si lo había besado. Su comportamiento no había sido mejor que el de una de esas mujeres de virtud liviana que caminaban siempre en la retaguardia de los ejércitos. ¿Cómo había podido abandonarse de esa manera?, se preguntó una vez más, sintiendo el calor de la sangre en las mejillas.

Lo único que la consolaba un poco era que, cuando se alejó de él, lord Sherrington parecía completamente aturdido. Una actitud que quedaba muy lejos de la del aristócrata pagado de sí mismo que le era habitual.

«Al menos», se dijo Emma en un intento de ver el lado positivo de la situación, «no soy la única que se queda atontada cada vez que nuestros labios se juntan».

Sin darse cuenta había llegado a los establos. Tiró de las riendas y Bates, que estaba hablando con uno de los mozos, corrió a ayudarla a desmontar.

—Señorita Emma, le he dicho un millar de veces que no debería entrar en el patio a esa velocidad —la regañó con la confianza que le daba el haberla visto crecer.

—Lo siento, Bates, estaba pensando en otra cosa.

Al viejo sargento le bastó una mirada al rostro sombrío para adivinar que la nieta de su general estaba metida de lleno en uno de esos raros ataques de furia que de vez en cuando la asaltaban. Le dirigió una mirada astuta.

—¿No había ido a cabalgar con lord Sherrington?

—¡Hazme un favor: no vuelvas a nombrar a ese hombre en mi presencia!

—Vaya, vaya —dijo sonriente—, veo que el señor conde no está hoy entre sus favoritos.

—Ni hoy ni nunca. ¡Y no sé por qué te ríes, no tiene ninguna gracia!

Emma se alejó dando un bufido mientras Bates, sin dejar de reír, se encaminaba hacia la puerta del establo llevando a *Fairy* de las riendas.

§

Esa noche la tensión en el comedor era casi palpable. Los ojos de Emma evitaban en todo

momento posarse sobre la elegante figura del conde, que llevaba toda la noche intercambiando con su abuelo aburridas anécdotas de caza.

«Ahí está, como si nada», furiosa, pinchó una zanahoria con tanta fuerza que a punto estuvo de salir disparada.

—¿Te pasa algo, querida? Estás muy callada.

Su abuelo la miraba con el ceño fruncido, y Emma esbozó una sonrisa que le costó un gran esfuerzo.

—Nada abuelo. Solo estoy cansada, esta noche me retiraré temprano.

Lord Sherrington la miró con fingida preocupación.

—Espero que la carrera de hoy no haya sido la culpable de su cansancio.

—¿Una carrera? —El general se palmeó la abultada panza que el chaleco de seda apenas podía contener con aire satisfecho—. Y ¿quién ganó?

—Me temo que no fui lo bastante caballero para dejar ganar a la señorita Lovegrace.

Esa expresión de falso arrepentimiento ya fue demasiado y, aunque Emma habría preferido seguir ignorándolo, no pudo evitar responder a su evidente deseo de provocarla.

—Por desgracia, hoy en día la palabra «caballero» está terriblemente desprestigiada.

—Querida —su abuelo la miró sorprendido—, ya sé que no es habitual que pierdas en una competición, pero siempre que lo has hecho has sabido hacerlo con elegancia.

Emma soltó un bufido y volvió a centrar la atención en las odiosas zanahorias, que insistían en esquivarla.

—Lo que puso furiosa a su nieta fue que perdió la apuesta.

El inesperado comentario de lord Sherrington la hizo ponerse rígida y, sin darse cuenta de que empuñaba el tenedor como una lanza, lo miró alarmada.

—¿Una apuesta? —El general movió la cabeza con aire benevolente—. Me temo que mi nieta ha pasado demasiado tiempo rodeada de hombres. Y ¿puede saberse en qué consistía la apuesta?

Los ojos oscuros se clavaron entre suplicantes y amenazadores en el rostro de lord Sherrington, pero este siguió adelante, sin mostrar la menor compasión.

—Un beso.

El ruido metálico de un cuchillo de plata al golpear el suelo de madera retumbó en el comedor como un cañonazo.

—Disculpe, milord.

Bates, que en ese momento estaba retirando el plato usado de lord Sherrington para cambiarlo por el de postre, se agachó con rapidez a recogerlo.

—No se preocupe, Bates —dijo el conde con buen humor.

El general se aclaró la garganta con fuerza.

—¿Un... un beso?

—¡Abuelo, ¿te he contado que el teniente O'Hara ya es capaz de caminar un buen rato sin más ayuda que un par de muletas?!

Emma habló con fingido entusiasmo en un intento poco sutil de desviar la atención general, pero su abuelo no se dejó distraer.

—Me alegro, Emma. Lord Sherrington, ¿le importaría aclararme lo de la apuesta?

Lord Sherrington probó el *pudding* que acababa de servirse.

—Mmm, delicioso. —Con parsimonia, se limpió los labios con la servilleta y bebió un poco de agua antes de responder con una calma envidiable—. Su nieta, señor, aceptó besarme.

—Yo no...

Con las mejillas ardiendo Emma trató de defenderse, pero una mirada penetrante de los ojos castaños, que en ese momento no tenían nada dulces, la detuvo en seco.

—¿No, señorita Lovegrace? —dijo en tono severo—. ¿Está diciendo que no aceptó besarme y que luego no se puso a ello con un entusiasmo impropio de una dama?

Indignada, Emma se levantó de la mesa.

—Oh, usted... ¡Usted no es un caballero!

Ambos estaban demasiado concentrados en la discusión para reparar en la mirada de diversión que intercambiaron el general y el antiguo sargento.

—Por supuesto que soy un caballero, y precisamente porque lo soy, he decidido contarle a su abuelo lo ocurrido esta tarde. Estoy seguro —dijo dirigiéndose al general—, que a raíz de estas nuevas revelaciones no dudará en decirle a su nieta que tiene el deber de casarse conmigo. Podría incluso ordenárselo, para que no haya dudas. Si nos dejamos de dilaciones absurdas, no tengo la menor duda de que entre mi madre y mis hermanas conseguirán organizar una ceremonia decente en Rutlands justo unas semanas antes de Navidad.

—¡Está loco! ¡No pienso...!

—Emma, querida... —la reconvino su abuelo con suavidad, antes de ignorarla de nuevo para dirigirse a lord Sherrington—. No puedo negar que es una oferta muy ventajosa para mi nieta, lord Sherrington.

Emma no podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Abuelo, no pretenderás...!

—¡Emma! —El general empleó el mismo tono que usaba para dirigirse a sus hombres en plena batalla y ella se calló en el acto. En un tono más suave, añadió—: No puedes ir por ahí besando a un hombre y pretender que no tenga consecuencias.

Emma abrió la boca para intentar defenderse, pero su abuelo hizo un gesto con la mano que la silenció en el acto.

—Como bien dice lord Sherrington, querida, te ha comprometido o quizá has sido tú la que lo has comprometido a él, no me queda claro —dijo con un evidente buen humor que hizo que Emma rechinara los dientes—. El caso es que estos días he tenido el placer de conocer un poco más a nuestro invitado...

—¡*Tu* invitado! —Lord Sherrington esbozó una sonrisa irónica, y Emma se arrepintió en el acto de ese intento patéticamente infantil de dejar las cosas claras.

Su abuelo alzó los ojos al cielo como si pidiera paciencia.

—Está bien, *mi* invitado. Estos días he tenido el placer de conocer un poco más a lord Sherrington y he llegado a la conclusión de que es un hombre honorable. Estoy seguro que hará todo lo que esté en su mano para hacerte feliz. ¿No es así, lord Sherrington?

La mirada que le dirigió el general habría vuelto de gelatina las rodillas de hombres mucho más valientes que él, por lo que lord Sherrington se apresuró a confirmar sus palabras.

—Por supuesto, general, puede estar tranquilo. Su nieta estará en buenas manos.

Emma asistía indignada a ese intercambio. Ninguno de esos dos hombres que discutían su futuro con tanta frialdad parecía tener el menor interés en sus sentimientos. Inspiró profundamente y cuando lord Sherrington se levantó de la mesa para sellar el acuerdo con su abuelo con un apretón de manos, dijo con una serenidad que a ella misma la impresionó:

—Lo siento, abuelo, es imposible que acepte la oferta de lord Sherrington. Me temo que estoy enamorada de otro.

Tres pares de ojos —Bates, con la excusa de que pudieran necesitar algo más se había quedado remoloneando para no perderse el más mínimo detalle de la conversación— se clavaron

en ella, estupefactos.

—¿Enamorada? ¿De quién? —preguntaron los tres como un solo hombre al cabo de un rato, en tono acusador.

Emma les lanzó una mirada calculadora. Si iba a mentir, se dijo, lo mejor sería que lo hiciera con convicción y un poco de poesía. Así que entrelazó las manos frente al pecho y procuró poner cara de arobo.

—El doctor Samuelson es quien tiene la llave de mi corazón.

—¡Mentira! —Lord Sherrington parecía a punto de matar a alguien.

—¿Me está llamando mentirosa, lord Sherrington? —Emma chasqueó la lengua varias veces con burlona desaprobación—. ¿Lo ves, abuelo? Ya te dije que, pese a su título, el conde de Sherrington no es un caballero.

—Un momento —el general le lanzó una mirada de reproche—, si estás enamorada del doctor Samuelson, ¿por qué demonios besaste a lord Sherrington entonces?

—Fue una apuesta, abuelo, una deuda de honor y tú siempre dices que las deudas de honor son sagradas. Además, ha tenido unas consecuencias muy positivas.

—¿Sí? Y ¿cómo es eso posible? —preguntó el viejo soldado con franca desaprobación.

Emma esbozó una sonrisa beatífica.

—Porque, por contraste, besar a lord Sherrington me ha servido para darme cuenta de cuánto quiero al doctor Samuelson.

Los ojos del conde tenían un brillo asesino; en cambio, los de Bates relucían llenos de diversión.

Emma se llevó la mano a la boca como si contuviera un bostezo.

—La verdad es que estoy agotada, así que hoy me retiraré temprano. Les ruego que me disculpen.

Antes de que ninguno de ellos pudiera reaccionar, les lanzó una cálida sonrisa y abandonó la habitación envuelta en el frufú de la seda del vestido de noche.

§

—¡Sé de sobra que es mentira! Hasta que yo no lo mencioné ayer, ni siquiera se había dado cuenta de que el matasanos está loco por usted.

Llevaban discutiendo desde que se habían subido al calesín.

—Lo reconozco, lord Sherrington, fueron sus palabras las que me abrieron los ojos a mis verdaderos sentimientos.

Emma se lo estaba pasando en grande. Resultaba de lo más divertido hablar como en una de esas novelas de medio penique a las que era tan aficionada en su juventud y, sobre todo, resultaba absolutamente delicioso ver a lord Sherrington fuera de sí.

Este movió la cabeza como si se sintiera escandalizado.

—Señorita Lovegrace, ayer no me besó como besaría una mujer que estuviera enamorada de otro hombre.

Emma notó un súbito calor en las mejillas, pero lo disimuló arreando a *Bonnie* para que fuera un poco más rápido; esa mañana se había negado en redondo a que el conde llevara las riendas del calesín.

—Me temo que tiene mucha imaginación —descartó la idea en el acto con lánguido desdén.

—¿Mucha imaginación?! —Lord Sherrington la miró furibundo.

—Mucha imaginación —repitió tajante—. Me limité a pagar mi apuesta, así que no trate de adornarlo con detalles que están solo en su cabeza.

—¿Llama limitarse a pagar su apuesta a introducir la lengua en mi boca?—dijo en tono sedoso—. ¿A apretarse contra mí como si fuera una lapa?

Emma enrojeció hasta la raíz del cabello.

—¡Por Dios, lord Sherrington! Le recuerdo una vez más que usted presume de ser un caballero. ¡No debería decirme esas cosas!

—Es la verdad. —Se le veía muy satisfecho de haber conseguido sacarla de sus casillas.

Emma decidió que sería más seguro zanjar la cuestión.

—¡No quiero hablar más con usted! Le ruego que no me dirija la palabra en lo que queda del trayecto.

Levantó la nariz con gesto digno y el resto del viaje procuró ignorarlo por completo; algo que resultaba extremadamente difícil pues el espacio en el calesín era tan reducido que uno de los fuertes muslos masculinos, cubierto por un pantalón de un delicado tono arena, rozaba el suyo a cada rato.

Coincidieron en la entrada del hospital con el doctor Samuelson y Emma le lanzó una cálida sonrisa que hizo que las pálidas mejillas del médico enrojecieran ligeramente.

—Se... señorita Lovegrace —balbuceó apretándole la mano que ella le había tendido, más tiempo del necesario—, está usted radiante como un día de primavera.

Emma, que esa mañana se había arreglado con especial esmero, lo recompensó con otra de esas sonrisas hechiceras en la que no faltó el atractivo hoyuelo.

—Es usted muy amable, doctor Samuelson, ¿qué tal están los nuevos pacientes?

El resoplido impaciente de lord Sherrington lo hizo reaccionar por fin y, el médico se apresuró a soltarle la mano.

Emma y el doctor entraron en el hospital sin dejar de charlar animadamente mientras lord Sherrington los seguía unos pasos por detrás con un ceño tormentoso.

Lord Sherrington pasó la mayor parte de la mañana encerrado con el administrador y Emma hizo la ronda sin atreverse a confesarse, ni siquiera a sí misma, que lo echaba de menos. A pesar de sus continuas disputas, el conde era un hombre muy divertido y siempre hacía el comentario adecuado para levantar el ánimo de los heridos.

Pese al cálido recibimiento que le había dispensado al llegar, el resto del tiempo Emma trató por todos los medios de evitar al doctor Samuelson en lo posible. Aunque en un principio había descartado la idea como una de esas absurdas exageraciones a las que lord Sherrington era tan aficionado, lo cierto era que ese día había notado cómo los ojos verdes del doctor adquirían una curiosa calidez cuando se posaban en ella. Una cosa era hacer rabiar al impertinente pelirrojo, se dijo mientras le cambiaba el vendaje a un herido que tenía varias quemaduras en un brazo, y otra muy distinta jugar con los sentimientos de un hombre al que apreciaba y admiraba profundamente.

El doctor Samuelson. Emma frunció el ceño, concentrada en enrollar la venda como el propio médico le había enseñado en su día. ¿Por qué nunca había pensado en él como en un posible pretendiente? Pese a que no era rico, el doctor pertenecía a una familia acomodada en la que habían abundado los médicos. Vivía sin lujos en un caserón de piedra a la salida del pueblo en compañía de su madre, viuda desde hacía muchos años, pero —al decir de las damas con las que se reunía de vez en cuando para tomar el té o hacer los arreglos florales de la iglesia, que lo consideraban un gran partido para hijas y sobrinas— en su casa no faltaban las comodidades. Además, pese a no ser muy alto, el pálido rostro de gesto serio y frente amplia que denotaba una profunda inteligencia resultaba bastante atractivo.

«Si me casara con él quizá podría hacer mucho más por estos hombres», pensó Emma

dándole una última vuelta a la venda y sujetándola con un alfiler.

Su vida apenas cambiaría. Seguiría viviendo cerca de su abuelo y cuando este faltara — quisiera Dios que pasara mucho tiempo antes de que llegara ese día—, podría trasladarse con el doctor y los hijos que hubieran nacido a Peyton Gardens.

Trató de imaginarse al médico y a esos hijos imaginarios jugando en los jardines del que había sido su primer hogar estable en mucho tiempo, pero en vez de un par de angelicales chiquillos rubios y una niña igualmente angelical de largas trenzas doradas, la imagen que venía a su mente, una y otra vez, era la de tres adorables diablillos con el pelo del color del fuego.

—Estás loca —dijo entre dientes, impaciente consigo misma.

—¿Decía algo, señorita Lovegrace?

Sobresaltada, Emma regresó del futuro y, todavía un poco aturdida, sonrió al hombre al que acababa de hacer la cura.

—Perdone, señor Smith, me temo que estaba soñando despierta.

—Y ¿con qué soñaba, si puede saberse?

Emma giró la cabeza con rapidez y descubrió junto a ella la alta figura de lord Sherrington, que la miraba con una mueca sardónica en esos labios firmes que el día anterior había devorado con glotonería.

—Mis sueños no son de su incumbencia, milord —dijo con frialdad sin apenas mirarlo, antes de despedirse del herido y salir de la sala.

Taconeó con rapidez por las losas de la galería; sin embargo, el conde la seguía de cerca.

—Qué misteriosa... —se burló—. ¿No será que yo estoy presente en esos sueños que no quiere contarme?

Estaba tan cerca de la verdad, que Emma dio un respingo y se apresuró a negarlo.

—Es usted el hombre más engreído que conozco, lord Sherrington. Le aseguro que usted no pinta nada en mis sueños.

—Y ¿qué me dice del querido doctor? ¿Él sí tiene un lugar en sus sueños? —En opinión de Emma, ese sarcasmo que no se molestaba en disimular resultaba tremendamente irritante.

Habían llegado al pequeño cuartito de la galería en el que se guardaban batas, delantales y diverso material de limpieza. Emma empezó a tironear de las cintas del delantal blanco que se ponía en las visitas a las salas del hospital, pero se había hecho un nudo y no consiguió soltarlo.

Al ver sus esfuerzos, lord Sherrington la hizo darse la vuelta y le apartó las manos sin demasiada delicadeza.

—Déjeme a mí —dijo impaciente.

El cuerpo poderoso estaba tan cerca del suyo que Emma podía notar la fricción de las piernas musculosas contra la falda del vestido; se sentía muy acalorada y tuvo la impresión de que las dimensiones del cuartito se reducían un poco más a cada segundo que pasaba.

De pronto, sintió el roce de unos labios en la oreja.

—¿Seguro que no hay un hueco para mí en sus sueños? —El ronco susurro le acarició el interior del oído produciéndole un violento escalofrío.

—Por... ¡por supuesto que no! —dijo sin aliento.

—Mentirosa...

Lord Sherrington apoyó la mejilla contra la suya y el pelo rojizo le hizo cosquillas en la nariz. Emma se quedó rígida y abrió la boca como una trucha a la que acabaran de sacar del agua, pero aunque le hubiera ido la vida en ello, habría sido incapaz de apartarse.

—Mucho me temo, señorita Lovegrace —una vez más, los labios masculinos le rozaron la oreja y el cálido aliento le erizó hasta el último de los poros de la piel—, que esta noche *sí* estaré

en sus sueños.

En ese momento, se oyeron los pasos de alguien que se acercaba y lord Sherrington se apartó de inmediato.

—Ya está.

Emma se quitó el delantal de un brusco tirón, lo tiró de cualquier manera en el cesto de la ropa sucia y se apresuró a salir del cuartito sin mirar atrás.

§

El general miró a Emma, que tenía las cejas ligeramente fruncidas y apenas había pronunciado palabra desde que se habían sentado a comer, y luego posó los ojos en el conde de Sherrington que, al contrario que su nieta, comía con apetito y tenía una curiosa expresión en el rostro, como si se sintiera muy satisfecho consigo mismo. La sospecha de que aquellos dos habían tenido otro de sus habituales rifirrafes, le hizo decidir que sería más prudente abstenerse de hacer ningún comentario que pudiera desencadenar un peligroso fuego cruzado que lo pillara a él en medio. Así que eligió un tema irreprochable.

—Aunque está nublado, no parece que vaya a llover esta tarde. Podríamos acercarnos al río a ver si encontramos alguna tórtola, ¿no le parece, Sherrington?

—¡Tórtolas! —repitió Sherry sonriente, como si nadie le hubiera sugerido jamás un plan tan apetecible—. Creo que es una idea fantástica.

Emma puso los ojos en blanco, pero no dijo nada. En ese momento, entró Bates con una carta en una pequeña bandeja de plata.

—Llegó esta mañana, milord, disculpe que no se la haya entregado hasta ahora.

—Gracias, Bates. Si me disculpan...

Lord Sherrington la cogió, rompió el lacre y la leyó con rapidez.

—Caramba, carambita —murmuró, lo que hizo que, por primera vez desde que se habían sentado a la mesa, Emma lo mirara abiertamente.

El conde se golpeó los labios con la hoja de papel con aire pensativo.

—Me temo que las tórtolas tendrán que esperar, señor —dijo al cabo de un rato—, debo regresar a Londres.

—¿Se va? —Se le escapó a Emma en un tono que traicionaba una profunda desilusión.

Lord Sherrington levantó los ojos de la carta y le lanzó una mirada maliciosa.

—Parece alterada por la noticia, señorita Lovegrace, ¿me echará de menos?

—¿Alterada? —Empleó un tono de estudiada indiferencia—. Me temo que, como de costumbre, la alta opinión que tiene de sí mismo le hace equivocarse de medio a medio, milord. —Después de una leve pausa añadió—: Aunque, para ser sincera, debo admitir que sí que lo echaré de menos.

—¿Lo hará? —El conde frunció el ceño, muy sorprendido por semejante admisión.

—Por supuesto, milord. Su fuerza resulta muy útil a la hora de incorporar a los heridos —dijo ella con la misma indiferencia.

Lord Sherrington soltó un gruñido de exasperación.

—En fin, señorita Lovegrace, no se haga ilusiones, espero estar de vuelta en menos de una semana.

—Parece que no nos vamos a librar de usted fácilmente...

Emma le lanzó una sonrisa beatífica para quitar hierro a sus palabras; aunque, muy a su pesar, saber que regresaría al cabo de una semana le produjo una curiosa sensación de alivio.

Su interlocutor negó con la cabeza y respondió con una sonrisa burlona:

—No, señorita Lovegrace, no se va a librar de mí con tanta facilidad. Si su abuelo no tiene inconveniente, pretendo quedarme en Peyton Gardens hasta que usted tenga a bien anunciar nuestro compromiso de una vez.

Antes de que Emma pudiera replicar a aquel impertinente comentario como se merecía, el aludido intervino:

—Por supuesto que puede quedarse aquí el tiempo que quiera, Sherrington, he disfrutado mucho de su compañía. Creo que los dos lo hemos hecho, ¿no es así Emma? —El general le guiñó un ojo a su nieta con buen humor.

—Muchísimo —dijo ella en un tono seco que daba a entender todo lo contrario y que le arrancó una sonrisa al hombre que tenía enfrente.

—Y cuéntenos, lord Sherrington, si no es indiscreción —se apresuró a decir el anciano militar—, ¿qué es eso tan urgente que le reclama en la ciudad?

Sherry se sirvió otro muslo de pato de la bandeja que Bates había vuelto a pasarle. Al verlo, Emma movió la cabeza; no sabía dónde metía el pelirrojo aristócrata la increíble cantidad de alimentos que ingería al cabo del día.

—Mi tía abuela, la marquesa viuda de Alston, acaba de anunciarme que va a hacer una de sus famosas visitas relámpago a Londres. Mi tía abuela —se apresuró a explicar al ver la expresión de desconcierto de sus interlocutores—, es una mujer muy excéntrica a la que le encanta patrocinar todo tipo de actos benéficos, así que voy a tratar de convencerla para que organice un baile destinado a conseguir fondos para el hospital de St. Jude. Si lo logro, les aseguro que será sonado.

Por primera vez en varios días, Emma le lanzó una cálida sonrisa capaz de derretir el ártico y palmoteó entusiasmada.

—¡Eso sería maravilloso, lord Sherrington! ¿Cree de veras que podrá convencerla?

Sherry bajó la mirada en un gesto cargado de falsa modestia.

—Teniendo en cuenta de que soy su sobrino nieto favorito...

A Emma le dio la risa.

—Por supuesto, milord. No lo he dudado ni por un momento.

—Veo que ya me va conociendo, señorita Lovegrace —replicó él con una mueca fatua que le arrancó otra sonrisa.

—Le echaremos de menos, Sherrington, pero desde luego, la ocasión merece el sacrificio de renunciar a su compañía unos cuantos días —dijo el general de buen talante, haciendo una señal a Bates para que le sirviera un poco más de vino—. ¡Brindemos!

Emma y lord Sherrington alzaron las copas.

—¡Por las brillantes estrategias de campaña que ganan las batallas más difíciles! —La voz del general retumbó en el comedor al tiempo que le guiñaba un ojo Sherry con disimulo.

—¡Por las brillantes estrategias de campaña que ganan las batallas más difíciles! —repitió lord Sherrington con los ojos clavados en Emma mientras esta se limitaba a dar un pequeño sorbo con cara de circunstancias.

§

Unas horas más tarde, Emma acompañó a lord Sherrington hasta el cabriolé. Su ayuda de cámara ya había cargado el equipaje y lo aguardaba en la entrada de la casa. El general se había despedido del conde antes de irse a dormir la siesta, una costumbre que había adquirido durante su estancia en la Península y que no había abandonado tras regresar a Inglaterra.

Lord Sherrington se detuvo a escasa distancia del carruaje y se volvió a mirarla.

—Bien, señorita Lovegrace, espero que aproveche estos días para reflexionar.

Emma lanzó un profundo suspiró.

—Lord Sherrington, reconozco que le estoy muy agradecida por su ayuda en el hospital y por la misión que le espera en Londres. Como bien dijo el doctor Samuelson, St. Jude necesita todo el apoyo económico que podamos reunir. Sin embargo, le agradecería que se olvidara de una vez para siempre de esa idea peregrina de que está obligado a casarse conmigo. Creo que si lo hiciera podríamos llevarnos mucho mejor.

Lord Sherrington exhaló un suspiro igual de profundo.

—Es usted una mujer muy terca, señorita Lovegrace, pero... —le cogió la mano, se la llevó a los labios sin dejar de mirarla a los ojos y añadió con voz ronca—: lamentablemente, yo también lo soy.

Sin más, se inclinó sobre su mano y la besó apasionadamente en el dorso sin que, al parecer, le importara lo más mínimo que Rogers o Bates, que sujetaba la puerta de entrada, pudieran ver ese gesto nada apropiado en relación con una dama soltera.

El contacto de esos labios ardientes sobre la piel le produjo un violento estremecimiento y Emma, incapaz de moverse o de decir una palabra, se limitó a mirarlo con los ojos muy abiertos. Lord Sherrington le devolvió la mirada con un gesto, entre cariñoso y burlón, que aceleró todavía más los latidos de su corazón.

—Hasta la vista, señorita Lovegrace.

Con agilidad, se subió al pescante del cabriolé, tomó las riendas y le hizo una señal al mozo para que se apartase de las cabezas de los tordos. Emma se quedó allí hasta que se perdió de vista en un recodo del camino. Despacio, dio la vuelta y volvió a entrar en la casa que, de pronto, se le antojó extrañamente vacía.

13

Sherry entró en el recargado salón atestado de muebles que habían estado de moda hacía más de un cuarto de siglo, sobre los que se amontonaban a su vez docenas de jarrones, tapetes con elaborados bordados y figuritas de porcelana, y se inclinó con gesto galante sobre la mano de una anciana vestida a la moda de casi una década antes.

—Tan guapa como siempre, por ti no pasan los años, tía Agatha.

La marquesa viuda de Alston, pese a ser muy delgada y de escasa estatura, tenía un aspecto imponente sentada en una ornamentada silla decorada con pan de oro y tapizada con un brocado también dorado, que parecía un pequeño trono. Al oírlo, frunció el ceño con desaprobación.

—Sherrington, ya sabes lo que opino de que seas tan zalamero —dijo en tono seco.

Sherry se llevó una mano al corazón con gesto ofendido.

—Pero, tía Agatha, solo estoy diciendo la verdad y nada más que la verdad.

Su tía apretó los labios, pero ya era tarde, era evidente que trataba de ocultar una sonrisa.

—Anda, anda, toca la campana para que nos traigan el té y siéntate.

Lord Sherrington tiró de la cuerda y enseguida apareció el viejo mayordomo de su tía con una gigantesca tetera de plata, seguido por un par de criadas cargadas con pesadas bandejas con las tazas, los emparedados y dulces de todo tipo en cantidad suficiente para alimentar a un regimiento.

La marquesa sirvió el té y le tendió una delicada taza de porcelana con su platillo y un plato un poco más grande con un buen surtido de los deliciosos bocados.

—Bien, Sherrington, ahora cuéntame qué es de tu vida. Solo lo que se pueda contar que no hiera mis oídos virginales, claro está —añadió sarcástica.

—Vamos, tía Agatha, los de tu generación sois huesos duros de roer, sé de sobra que nada de lo que te cuente te va a escandalizar.

Su tía lanzó una risita complacida; se notaba que el comentario, lejos de ofenderla, le había resultado de lo más halagador.

—Eso es cierto, las mujeres de entonces tenemos poco que ver con las damiselas insulsas que se llevan hoy en día. ¿Vas a decirme que por fin te has comprometido con una de ellas?

Sherry terminó de tragar el emparedado que acababa de comerse y la miró con fingida sorpresa.

—Te juro, tía Agatha, que a veces me asusta tu clarividencia. A ver si va a ser verdad que eres una bruja, como dicen mis hermanas.

Su tía frunció las cejas teñidas de negro por encima de la afilada nariz aguileña; ella, en cambio, sí parecía genuinamente sorprendida y pasó por alto el impertinente comentario.

—¿Quieres decir que las inútiles de tu madre y tus hermanas han sido capaces de encontrarte, por fin, una mujer con la que sentar la cabeza?

Sherry se comió otro emparedado y dio un largo trago de té antes de contestar:

—En esta ocasión, he sido capaz de encontrarla yo solito y, no —negó con la cabeza pensativo—, creo que no podría describírsele de ningún modo como una damisela insulsa.

La marquesa mordisqueó un pastelillo con expresión abstraída.

—¿La conozco? —dijo al cabo de unos segundos.

—Lo dudo.

—¿He oído hablar de ella, al menos?

Lord Sherrington volvió a negar con la cabeza, al tiempo que se levantaba a coger una nueva ronda de *delicatessen*.

—No creo.

Su tía Agatha frunció el ceño.

—No estaremos hablando de una *mésalliance*, ¿verdad? —Pese a lo que pudiera parecer por sus atrevidos puntos de vista, la marquesa de Alston jamás se tomaba a la ligera las cuestiones relativas al linaje de los Cavendish.

Sherry sabía de sobra que su tía nunca vería con buenos ojos que el conde de Sherrington se casara con alguien de condición inferior y, una vez más, se hizo el ofendido.

—¿Por quién me tomas, tía Agatha? Es la nieta del general Lovegrace.

—¿Lovegrace? —repitió su tía sin dejar de fruncir el ceño—. No me suena. Ya sabes que los soldados nunca han sido santos de mi devoción.

—Puede que el mío no vaya a ser un matrimonio brillante, pero te aseguro que el linaje de la señorita Lovegrace es impecable. Su abuela era una Rochester y, por parte del padre, una rama del árbol familiar se une en algún momento con el duque de Cavill. Además —Sherry decidió que había llegado el momento de sacarse el as que guardaba en la manga—, el general Lovegrace es íntimo de tu viejo compadre, lord Savanagh.

La anciana enarcó las cejas, sorprendida.

—¿De Martin? —Se quedó un rato pensando y, de pronto, se le aclaró la expresión—. ¿No será ese tal Lovey del que ese viejo chocho habla a todas horas? Ahora que lo dices, creo que me dijo que era un general.

—¿Lovey (cariño, mi amor)? —Sherry fingió un estremecimiento—. No creo que al general le guste ese apodo.

Pero lady Alston, estaba demasiado concentrada en lo que estaban discutiendo y no le prestó atención.

—Entonces, ¿cuándo es la boda? Habrá que planearla bien; el conde de Sherrington no es un cualquiera. Tendrá que ser una ceremonia por todo lo alto en St. George, por supuesto. Además... —Sherry carraspeó ligeramente incómodo. Al oírlo, su tía interrumpió en el acto sus divagaciones, entornó los párpados y lo miró con suspicacia—. ¿Hay algo más que tengas que contarme, Sherrington?

Como si de pronto se le hubiera quitado el apetito, Sherry volvió a dejar el emparedado que había cogido en el platillo y se encogió de hombros.

—En realidad todavía no estamos prometidos, pero no te preocupes, la cosa está prácticamente cerrada.

—¿No estáis prometidos? ¿Qué significa eso, a qué demonios estás esperando? —La tía Agatha pertenecía a una generación que no se andaba por las ramas y no dudaba en aderezar sus comentarios con alguna que otra maldición o palabra malsonante.

Sherry volvió a aclararse la garganta con fuerza.

—Verás, tía Agatha, la señorita Lovegrace está siendo más obstinada de la cuenta, pero

confío en que no tardaré mucho en convencerla.

La marquesa viuda de Alston era una mujer muy capaz de sumar dos y dos.

—¿Quieres decir que no ha saltado a tu cuello cuando le has propuesto matrimonio? Hum, curioso. Es evidente que para ella es una alianza muy ventajosa... —La anciana picoteó otro pastelillo con aire pensativo—. ¿Cuándo voy a conocer a esa misteriosa señorita Lovegrace? Creo que una jovencita que no cae rendida a tus pies nada más verte tiene que ser alguien muy especial.

Ese comentario tan falto de tacto le molestó.

—Para empezar, las jovencitas no caen rendidas a mis pies nada más verme —se oyó una especie de resoplido y Sherry rectificó de inmediato—; al menos no todas y, para seguir, la señorita Lovegrace no es ninguna jovencita. Tiene veinticuatro años.

—Hum... Prácticamente una solterona. Más motivo todavía para que atrapara al vuelo la oportunidad de convertirse en la condesa de Sherrington. Sí, definitivamente —dijo como si hablara consigo misma—, estoy deseando conocer a tu señorita Lovegrace.

Al oírla, Sherry esbozó una sonrisa.

—Por supuesto que la conocerás. Más pronto que tarde —prometió—, pero ahora necesito que hagas una cosa por mí.

De nuevo apareció en el rostro de la anciana una expresión de desconfianza; el único sobrino nieto varón que tenía era también su favorito, pero a esas alturas sabía de sobra que cuando Sherrington ponía en juego su considerable encanto, era más que probable que acabara envolviéndola en una disparatada aventura.

—Sherrington, que nos conocemos...

Sherry compuso su expresión más inocente.

—Te prometo, tía Agatha, que se trata de algo irreprochable. Quiero que organices un baile benéfico.

Su tía lanzó una exclamación de sorpresa.

—¿Un baile benéfico? Esta sí que es buena. ¿Desde cuándo te interesa a ti la beneficencia?

—No seas injusta, tía Agatha —se apresuró a protestar—, según mi administrador, dono una considerable porción de las rentas de Rutlands a caridades diversas.

Ella le lanzó una aguda mirada y replicó sarcástica:

—Estoy segura de que ni siquiera sabes el nombre de una sola de ellas.

Sherry tuvo la decencia de enrojecer un poquito.

—Reconozco que fue mi padre quien estableció la cuantía y el destino de los donativos, pero esta vez es diferente.

—Ah, ¿sí? No me digas...

Sherry chasqueó la lengua con desaprobación.

—He de decirte, tía Agatha, que el sarcasmo te pone años encima. —La marquesa viuda de Alston apretó los labios en un intento de reprimir una sonrisa, pero perdió la batalla y su sobrino añadió—: Mucho mejor así.

Semejante desvergüenza le arrancó una risita coqueta.

—Eres imposible, Sherrington. En fin, volvamos al asunto que nos ocupa, imagino que este repentino interés por los necesitados tiene mucho que ver con tus deseos de impresionar a la señorita Lovegrace...

La anciana había esperado que Sherry hiciera uno de esos comentarios burlones, en los que sobre todo se reía de sí mismo, que eran su especialidad, pero se quedó sorprendida al ver que, por primera vez desde que había entrado en el salón, el rostro de su sobrino adquiría una

desacostumbrada seriedad.

—Es curioso, pero en esta ocasión no es ese mi motivo principal —dijo en voz baja.

Inquieto, Sherry se puso en pie, se acercó a una de las ventanas que daba a una calle muy concurrida y miró sin ver el trasiego de carruajes, paseantes y jinetes; casi podía sentir el peso de la mirada sorprendida de su tía en la nuca.

—Verás, tía Agatha —empezó con voz ronca—, en estas últimas semanas he sido testigo de un grave problema que aqueja a los hombres que han dado la salud y casi la vida por este país. He visto las terribles circunstancias en las que quedan cuando son prácticamente expulsados de los hospitales sin estar curados del todo. Hombres que han perdido una pierna, un brazo, la vista... y con ello la posibilidad de encontrar un empleo que les permita ganarse la vida de un modo digno. Hombres que no reciben por su sacrificio más que una palmadita en la espalda o a veces ni siquiera eso. Yo he luchado codo con codo con estos hombres en el pasado y ahora quiero hacer algo por ellos.

Sherry se calló por fin y se hizo un silencio interrumpido tan solo por el tic tac de los innumerables relojes de bronce dorado que estaban desperdigados por todos los rincones.

—Muy bien, Sherrington —la voz seca de la anciana marquesa resonó en el salón al cabo de un rato—, me has convencido. Daré un baile del que se hablará en los años por venir y los beneficios irán íntegramente a esos pobres hombres de los que hablas.

Sherry sonrió al oírla. Entonces, se alejó de la ventana y se dirigió a dónde ella estaba. La tomó de la mano y se inclinó para besarla en la mejilla con gesto cariñoso.

—Sabía que podía contar contigo, tía Agatha.

§

A la mañana siguiente, Sherry se levantó temprano para ir a cabalgar a Hyde Park. Por la tarde el parque estaría abarrotado de damas y caballeros, la flor y nata de la alta sociedad que iban allí para ver y ser vistos, luciendo sus mejores galas y los carruajes y los tiros más llamativos, y resultaba de mal gusto ir a un paso más rápido que un trote ligero.

Lo cierto era que no había dormido bien. Siempre que volvía a Londres echaba de menos la paz del campo y, esa noche, el recuerdo del calor de los labios de la señorita Lovegrace lo había tenido en vela la mayor parte del tiempo. Con habilidad, sorteó un par de carretas cargadas hasta los topes de animales y productos cultivados en las granjas de las afueras de Londres que surtían de alimentos a los numerosos mercados de la ciudad y condujo a su montura al paso por las calles empedradas hasta llegar a la puerta del parque. El cielo estaba nublado, pero no amenazaba lluvia, aunque soplaba un viento gélido más propio del invierno que del otoño. Sherry aspiró el aire frío con placer; esperaba que una buena galopada le ayudase a aclarar las ideas.

El parque estaba casi desierto salvo por un par de jardineros ocupados en plantar pensamientos en uno de los parterres, una sirvienta que se apresuraba a llegar a casa cargada con una cesta repleta de verduras y un jinete que se acercaba al trote por un camino lateral.

—¿Sherry?!

Sorprendido, se giró y vio al marqués de Ravensworth a lomos de un vistoso purasangre de color castaño oscuro.

—¿Ravensworth! —Agitó el brazo, contento de verlo. Al menos, se dijo, la inesperada presencia de su amigo le haría olvidarse por unos instantes de esa desquiciante mujer que parecía empeñada en ocupar un lugar destacado en sus pensamientos a todas las horas del día y de la noche—. ¿Qué haces tú por aquí? Tienes buen aspecto.

Le pareció que su amigo estaba muy distinto; era como si hubiera rejuvenecido varios años.

La expresión de hastío que solía empañar el atractivo rostro había desaparecido, y los ojos grises tenían un brillo de felicidad que Sherry no había visto en ellos desde los tiempos en que iban juntos al colegio.

Lord Ravensworth sonrió al oírlo. Una sonrisa que estaba muy lejos de las muecas desdeñosas de antaño.

—Me siento muy bien.

—No sabía que habías vuelto a Londres. Supongo que Lillian estará contigo; trataré de acercarme más tarde a saludarla. Me habría gustado charlar largo y tendido con ella la última vez, pero ya se sabe que en los bailes eso resulta casi imposible. Por cierto, dile de mi parte que estaba guapísima.

El apuesto rostro del marqués de Ravensworth se ensombreció al oír el último comentario y los ojos grises relucieron peligrosamente.

—Lillian sigue en Ravensworth Park con Anthony —dijo en tono seco—. Yo estoy aquí porque tenía que arreglar un asunto urgente; calculo que en un par de días estará solucionado y podré regresar a casa por fin.

A Sherry no se le escapó la expresión y lo miró sorprendido. ¿Desde cuándo su amigo consideraba Ravensworth Park «su casa»? Aunque solo sus más íntimos lo sabían y Benedict no solía hablar de ello, su infancia allí, bajo la sombra todopoderosa de un padre cruel, había sido profundamente infeliz. Así que, pese a que le picaba la curiosidad, decidió que sería más prudente no hacer ningún comentario.

—Vaya, es una pena. Mi tía Agatha va a dar un baile la semana que viene y promete ser sonado. Me habría gustado que vinierais los dos. ¿Qué tal está Lillian?

Lord Ravensworth entrecerró los párpados con gesto suspicaz.

—¿Soy yo o en verdad demuestras un interés desmedido por mi esposa?

Sherry levantó la palma de la mano.

—Eh, tranquilo, era solo una pregunta inocente. Veo que sigues tan intratable como de costumbre. En fin, cambiando de asunto, ¿sabes algo de Darryl?

El súbito cambio de tema pareció tranquilizar un poco a su interlocutor.

—Precisamente había quedado aquí con él.

Nada más decirlo, apareció el duque montado a lomos de un impresionante caballo blanco de largas crines negras y cola del mismo color. Jinete y montura componían una bella estampa. Como de costumbre, el duque iba exquisitamente ataviado con una levita del color del cielo en primavera, que contrastaba de manera impactante con la mañana plomiza, y un immaculado sombrero de copa mantenía en su sitio los brillantes cabellos dorados que asomaban por debajo.

—Míralo, parece uno de esos condenados príncipes que salen en los cuentos de Anthony —rezongó lord Ravensworth burlón.

—¿Ahora le lees cuentos a tu hijo?

En esta ocasión Sherry no pudo contenerse y, al notar su tono de sorpresa, Benedict se puso a la defensiva al instante.

—Y ¿qué si lo hago? Seguro que cuando tú tengas un hijo también disfrutarás leyéndole un cuento.

—Yo no...

Sherry estaba a punto de decir que él no pensaba tener hijos y mucho menos iba a leerles cuentos cuando, de pronto, cayó en la cuenta de que lo más probable era que si se casaba con la señorita Lovegrace y, en particular, si le hacía todas esas cosas que soñaba día y noche con hacerle, no iba a tardar mucho en tener un bebé llorón entre los brazos. Aquella imagen

aterradora lo dejó paralizado y tardó un buen rato en responder al saludo del recién llegado.

—Caramba, Sherry, cualquiera diría que has visto un fantasma —dijo el duque con su habitual placidez.

—Yo no...

Lord Ravensworth lo miró con impaciencia.

—Tú no, ¿qué? ¡Suéltalo de una vez!

Los bellos ojos azules de lord Darrylshire iban de uno a otro con interés.

—Nada, no iba a decir nada. —Sherry consiguió recuperar, por fin, el uso de las cuerdas vocales—. Solo quería que supieras que me alegro de que por fin le cuentes cuentos a tu hijo. Ya iba siendo hora.

—Así que hablabais de niños y de cuentos. Qué tierno.

Los finos labios del recién llegado se fruncieron en una mueca burlona y, al instante, los rostros de Sherry y lord Ravensworth se cubrieron con un rubor culpable.

—Por cierto —añadió ajustándose mejor los exquisitos guantes de piel de cabritilla que llevaba—, ¿cómo va el tema de tu compromiso, Sherry? ¿Ya te ha dicho que sí?

—¿Compromiso? ¿Sherry?

La estruendosa risotada que soltó lord Ravensworth lo puso de mal humor.

—Pues sí, ¿qué ocurre? ¿Acaso eres el único con derecho a pasar por la vicaría? Al menos yo, el día que me case, no haré un completo desastre de mi matrimonio y...

Sin dejarle acabar la frase, el brazo de lord Ravensworth salió disparado y su puño se cerró en torno a la corbata de Sherry.

—¡Repíte eso si te atreves!

—¿Que te portaste como una sabandija con Lillian? Estoy dispuesto a repetirlo las veces que sean necesarias. ¡Como una sabandija!

Lord Ravensworth apretó el puño con más fuerza; los ojos grises tenían un brillo peligroso.

—Niños, niños, no os peleéis. En realidad, Sherry, Ravensworth no quería comportarse como un patán, pero no puede evitarlo. Y tú, Ravensworth, ya deberías saber que, como bien indica esa magnífica cabellera rojiza, Sherry resulta altamente inflamable.

Como de costumbre, el tono sedoso del duque tuvo un efecto calmante sobre ambos. Unos segundos después, el marqués de Ravensworth lo soltó con un gruñido y Sherry se arregló el maltratado nudo de la corbata con una mirada desafiante.

—Lo siento, Sherry —la inesperada disculpa hizo que este enarcara las cejas sorprendido—, tienes razón; traté a Lillian como una sabandija y detesto que me lo recuerden. A partir de ahora lo haré mucho mejor, aunque reconozco que estar alejado de ella me pone de mal humor. No me gusta perderla de vista ni un segundo y menos en su estado.

—¿Su estado? —dijeron los otros dos al mismo tiempo.

Lord Sherrington carraspeó un par de veces antes de anunciar con una sonrisa tonta:

—Lillian está encinta.

Sherry se olvidó al instante de que estaba enfadado con él y le dio un par de vigorosas palmadas en la espalda que estuvieron a punto de desmontarlo del caballo.

—¡Ravensworth, viejo zorro, no te mereces a ese ángel que tienes por esposa!

—Lo sé bien, Sherry, pero a pesar de ello, te aseguro que nunca más la dejaré escapar.

Los ojos grises tenían un brillo curioso y Sherry no tuvo la menor duda de que, esta vez, su amigo haría las cosas bien.

El duque los miraba a ambos con expresión burlona.

—Vaya, vaya. Quién nos iba a decir hace apenas unos pocos meses que Ravensworth iba a

enderezar lo que llevaba más de cinco años torcido y que Sherry iba a encontrar una mujer digna de su bonita mano. —Enarcó una de las delicadas cejas oscuras—. Por cierto, Sherry, no me has aclarado si la señorita Lovegrace ha aceptado casarse contigo por fin.

Sherry se encogió de hombros, visiblemente incómodo.

—Está al caer, Darryl, al caer.

—Bueno, Darryl —intervino lord Ravensworth con una sonrisa—, entonces ya solo faltas tú.

Una sombra oscureció el bello rostro masculino, pero duró apenas un instante y ninguno de sus amigos acertó a captarla; de inmediato, los labios ducales esbozaron una fría sonrisa.

—Me temo que yo nunca me casaré. —Al ver el desconcierto más absoluto en los rostros de sus amigos, se apresuró a añadir—: Pero ya está bien de cháchara, ¿no os parece? Creía que habíamos venido aquí a galopar.

Sin más, el duque espoleó al caballo y se alejó al galope. A lord Ravensworth y a Sherry apenas les dio tiempo a intercambiar una mirada de extrañeza antes de salir en su persecución.

14

Emma rehízo el vendaje por segunda vez y aguantó con una sonrisa las bromas del herido al que le estaba haciendo la cura esa mañana.

—Puede empezarlo todas las veces que quiera, señorita Lovegrace, su presencia junto a mi cama es el mejor momento del día —dijo con galantería, pese a que debía rondar ya la cincuentena.

—Disculpe, sargento, hoy tengo la cabeza en otra parte.

Lo cierto era que últimamente le costaba concentrarse y la culpa, lo sabía bien, era de ese gigante pelirrojo que la estaba volviendo loca. No hacía ni tres días que se había ido y ya lo echaba terriblemente de menos. Una de las cosas que más añoraba eran los combates verbales en los que se enfrascaban a todas horas, y hasta su abuelo había comentado que tanta paz en la casa le hacía pensar en un cementerio. Lo cierto era que tanto la presencia como la ausencia de lord Sherrington se hacían notar.

«Basta, Emma, tienes que recuperar el sentido común», se regañó con severidad mientras, tras despedirse del sargento, se dirigía a otra de las salas para ayudar con el resto de los pacientes. «A estas horas, lo más probable es que lord Sherrington le esté haciendo la corte a una de esas damas tan impecables y remilgadas como la señorita Lavinia Sandford».

Lo cierto era que solo de pensarlo la invadían los celos; unos celos violentos y abrasadores que no recordaba haber sentido nunca antes y que la dejaban exhausta. Pese a lo que había dicho antes de marcharse, Emma no tenía esperanzas de que él fuera a regresar a Peyton Gardens. Estaba convencida que lo de lord Sherrington no era más que un caso de pique; se había sentido herido en su orgullo por el rechazo de una mujer a la que consideraba en todo inferior a él y estaba decidido a hacerla arrepentirse.

«Emma», se dijo impaciente, «puede que, a base de labia y ese innegable atractivo pelirrojo, haya conseguido que te arrepientas de haberlo rechazado una y otra vez, pero en el fondo sabes bien que nunca habría funcionado. Así que borra a ese hombre de tu mente para siempre y céntrate en tu trabajo».

—¿Decía algo?

La mujer que en ese momento barría el suelo de la sala la miró sorprendida y Emma negó con la cabeza, avergonzada, mientras se decía una vez más que tenía que dominarse o acabaría volviéndose loca. En ese momento, se cruzó con el doctor Samuelson que estaba haciendo una de sus rondas.

—Buenos días, señorita Lovegrace. —La saludó sonriente.

Emma le devolvió el saludo y la sonrisa, y se disponía a acercarse a una de las camas cuando la voz del doctor la detuvo.

—Señorita Lovegrace, ¿tiene un momento?

—Por supuesto, doctor, ¿necesita algo?

El médico se aclaró la garganta un par de veces; de pronto, parecía nervioso, pero Emma descartó la idea de inmediato, el doctor Samuelson era uno de los hombres más dueños de sí que conocía. Desde que trabajaba en el hospital, jamás le había visto perder la calma y eso que lo había visto enfrentarse a innumerables y terroríficas emergencias capaces de alterar al más templado.

—He pensado... —volvió a carraspear, visiblemente incómodo—. ¿Podría acompañarme al jardín? No la entretendré mucho, es solo que me gustaría hablar con usted en un sitio un poco más discreto.

Emma miró a su alrededor. En efecto, los ojos de todos los pacientes que estaban en condiciones de interesarse por lo que ocurría a su alrededor estaban clavados en ellos.

—Por supuesto, doctor Samuelson.

Por el camino, el médico le habló de los planes para rehabilitar el ala sur del edificio. Emma se alegró de tener que pensar en algo que no fuera lord Sherrington, para variar, e hizo un par de sugerencias respecto a las obras que Samuelson recibió con entusiasmo.

—Es usted una mujer inteligente y llena de sentido común.

El cumplido no era para que se le subiera a la cabeza, pero al menos, se dijo Emma desafiante, había un hombre que apreciaba sus cualidades, aunque estas no consistieran en tocar el piano con cierta habilidad o hablar con animación de las últimas tendencias de la moda femenina como si fuera lo más interesante del mundo.

Cuando llegaron al jardín, el doctor Samuelson se quedó en silencio y durante unos minutos caminaron por el sendero de grava que rodeaba la fuente sin pronunciar una sola palabra. Al cabo de un rato, el médico se detuvo y Emma lo imitó.

—Señorita Lovegrace... —Inspiró profundamente y soltó el aire de golpe—, permítame decirle cuanto la admiro. Llevo mucho tiempo observando la ternura y la eficiencia con la que trata a los pacientes y creo que es usted el tipo de esposa adecuado para mí.

Desde luego, no era una proposición para caer desmayada. Resultaba un tanto frustrante que las tres proposiciones de matrimonio que había recibido en su vida hubieran resultado tan poco poéticas. Claro que también podía consolarse diciéndose que tres era un buen número, pensó Emma mordiéndose el labio inferior para contener una sonrisa. Sin embargo, lo último que quería era herir los sentimientos del hombre que estaba frente a ella, así que lo miró a los ojos y dijo con calidez:

—Querido doctor Samuelson, me siento muy honrada de que un hombre como usted haya pensado en mí como su futura esposa. Lamentablemente, no puedo aceptar su estimable proposición; me temo que no estoy hecha para el matrimonio y lo más probable es que nunca me case.

Los ojos verdes la miraron con incredulidad.

—¡Tonterías! El matrimonio es el estado ideal al que debe aspirar toda mujer. Imagino que necesita un tiempo para pensarlo, es un tema muy serio y entiendo que no quiera precipitarse.

Emma inspiró hondo; no merecía la pena discutir una premisa que estaba tan arraigada en la sociedad. En el fondo, se daba cuenta de que el médico había estado convencido de que saltaría de gozo al oír su propuesta y que la aceptaría en el acto. En eso el doctor Samuelson tenía mucho en común con el conde de Sherrington: ambos tenían un alto concepto de su valía.

—Quizá tenga razón, doctor Samuelson, pero me temo que no cambiaré de opinión. Le agradezco de nuevo su generosa oferta, pero si me disculpa, tengo que volver al trabajo. ¡Hasta luego!

Emma se alejó a toda prisa sintiendo en la espalda la mirada sorprendida del médico. Mientras se dirigía a la sala, pensó en la proposición que acababa de recibir. ¿Habría sido su respuesta la misma si lord Sherrington no hubiera aparecido en su vida? Conocía al doctor Samuelson desde hacía tiempo. Pese a su seriedad, era un hombre inteligente y agradable, y físicamente no le disgustaba. La vida a su lado sería tranquila, predecible, la llenaría con la crianza de los hijos y el trabajo en el hospital. No era una mala perspectiva, en absoluto. Solo que...

«Solo que no sería lord Sherrington», se dijo.

Estaba segura que si se casara con este último su vida no sería tranquila ni predecible, sino que estaría llena de emoción, de risas y de peleas. Además, no creía que el doctor Samuelson pudiera suscitar en ella la clase de emociones turbulentas que despertaba el pelirrojo aristócrata con solo rozarle la piel.

No, se dijo con firmeza. No se casaría con ninguno de los dos. Con el primero, porque no lo amaba y, con el segundo, porque no la amaba a ella. Notó que se le encogía el corazón al pensarlo, pero una vez más se regañó a sí misma por sentirse así y se recordó que era una mujer muy afortunada. Nunca tendría que recurrir al matrimonio para sobrevivir; la fortuna de su abuelo, discreta pero suficiente, la convertía en una mujer independiente, una *rara avis* en esa sociedad inglesa de principios de siglo en la que le había tocado vivir. Ciertamente tendría que renunciar al sueño de ser madre, pero al menos, no tendría que aguantar a un hombre a su lado que le dijera qué era lo que podía o no podía hacer.

—Señorita Lovegrace...

La voz risueña del hombre que estaba en la cama la arrancó de sus pensamientos.

—Perdone, ¿decía algo?

—Solo que lleva ahí un buen rato parada y parece como si estuviera muy lejos de aquí.

Emma se rió.

—La verdad es que no sé dónde tengo hoy la cabeza. En fin, teniente, ya estoy de vuelta así que no crea que se va a librar de mis cuidados, ¿cómo va esa pierna?

Siguieron charlando con animación mientras ella le hacía la cura y el resto de la mañana Emma procuró mantener sus pensamientos a raya. Cada vez que la imagen del atractivo pelirrojo le venía a la cabeza, la apartaba con firmeza; estaba decidida a olvidar cuanto antes que una vez había pensado que estaba enamorada del apuesto conde de Sherrington.

15

Los salones de la casa de su tía estaban abarrotados y resultaba difícil circular de un lado a otro. Pese a que las ventanas estaban abiertas de par en par, el calor resultaba insoportable. No había duda, se dijo Sherry mirando a su alrededor con satisfacción, el baile de la tía Agatha se iba a convertir en uno de los grandes acontecimientos de la temporada. Todo el que era alguien en Inglaterra estaba ahí, y la inmensa urna de cristal, situada en un lugar de honor en medio del salón principal, estaba llena a rebosar de billetes de banco y monedas, sobre todo soberanos y guineas. La alta sociedad por lo general estaba dispuesta a rascarse el bolsillo si la ocasión lo merecía, siempre y cuando, por supuesto, añadió para sí con cierto cinismo, la música y la comida fueran de calidad y el resto de sus pares fueran conscientes de la gran generosidad de la que hacían gala.

Él también había contribuido al éxito de la velada. Había bailado con todas y cada una de esas mujeres que, por ser poco agraciadas, solían quedarse sentadas en las sillas dispuestas cerca de la pared, contemplando con envidia mal disimulada como otras más afortunadas disfrutaban, junto a sus galantes parejas de baile, de la alegre música que interpretaba el cuarteto de cuerda que había contratado su tía.

Asimismo, Sherry había dedicado buena parte de la noche a intercambiar cotilleos y comentarios subidos de tono con las imponentes amigas de tía Agatha, viejas damas de alcurnia todas ellas quienes, sentadas en pequeños grupos y sin dar tregua al abanico y a la lengua, contemplaban a las generaciones más jóvenes con indisimulado desdén. Ellas también habían contribuido generosamente a la causa y se habían sentido halagadas con las atenciones del apuesto sobrino nieto de su amiga. Lo cierto era que no había nada que les gustara más que un inocente coqueteo con alguno de los jóvenes calaveras del momento, y las maliciosas risitas cascadas se habían sumado a menudo al alboroto que reinaba a su alrededor.

«Bien», se dijo Sherry, «creo que me he ganado un descanso».

Se dirigió a uno de los salones en el que había dispuestas varias mesas para los caballeros que preferían pasar la velada jugando a las cartas. En cuanto llegó, le hizo una señal a uno de los lacayos de impecable librea y le ordenó en voz baja que le trajera un té bien frío mientras fingía no ver la sorpresa en los ojos del criado, nada acostumbrado a que los elegantes invitados pidieran ese tipo de bebidas.

—No me extraña que tengas que reparar fuerzas, debes de estar agotado.

La suave voz del duque de Darrylshire, que acababa de levantarse de una de las mesas después de recoger una cantidad considerable de monedas y pagarés firmados por varios de sus menos afortunados compañeros de partida, sonó a su espalda.

—En efecto, tengo la garganta seca. Bailar y charlar es agotador. —Sherry cogió de la bandeja el vaso de té helado que el lacayo acababa de traerle y vació más de la mitad de un trago

—. Por cierto, no he visto a Daisy, ¿dónde se esconde tu pícara hermanita?

Lord Darrylshire aceptó la copa de vino que le ofrecía ese mismo lacayo y dio un pequeño sorbo antes de responder.

—Ha decidido quedarse unas semanas más en Bath.

—¿En Bath? —Sherry lo miró sorprendido.

La hermana de Darryl, fruto del segundo matrimonio del anterior duque, era una pizpireta jovencita casi tan bella como su hermano mayor que, desde que había sido presentada ese año en sociedad, no perdonaba ni uno de los elegantes bailes londinenses.

—Increíble, ¿no es cierto?

Lord Darrylshire se llevó el inseparable monóculo de intrincado diseño al ojo derecho para examinar de arriba abajo a un caballero que se acercaba a ellos en busca de conversación; los picos de la camisa, almidonados en exceso, apenas le permitían girar la cabeza mientras que las monstruosas hombreras de la levita hablaban a las claras de relleno artificial. El enervante escrutinio debió de desalentarlo porque, casi al instante, cambió de rumbo y se detuvo a observar la partida que estaba teniendo lugar en una de las mesas.

—Bien hecho —dijo Sherry con aprobación—, Shutherland es un petardo.

—Eso mismo pienso yo. —El duque dejó colgar el monóculo de la cinta de satén con aire lánguido.

—Hablabamos de Daisy, ¿que se le ha perdido a esa pequeña intrigante en Bath? Hubiera dicho que es el último sitio en el que esperaría encontrarla.

—Sí, no le hizo ninguna gracia cuando le dije que ya no podía poner más excusas para no ir a visitar a su madre. A regañadientes aceptó pasar allí tres o cuatro días, pero ya lleva casi dos semanas y, al parecer, no tiene la más mínima intención de regresar a Londres por el momento.

Sherry arrugó el entrecejo, aquello no le olía nada bien.

—¿Un pretendiente poco recomendable?

Lord Darrylshire inclinó la cabeza levemente para saludar a otro conocido, pero una vez más, la frialdad del gesto no animó a este a acercarse.

—Eso pensé en un primer momento, pero al parecer no van por ahí los tiros. Por lo visto, ha encontrado una amiga de su edad quien, a juzgar por la interminable lista de cualidades que la adornan, está a medio camino entre una diosa y una santa. En su última carta me escribe que: «Por nada del mundo está dispuesta a separarse de ella».

Sherry asintió con aire de entendido.

—¿Uno de esos parásitos que tratan de pegarse a ella con regularidad?

La hermana pequeña de Darryl no solo era hija y hermana de un duque, también era la única heredera de la considerable fortuna que le había dejado un tío soltero por parte de madre al morir y que heredaría cuando cumpliera los veinticinco años, sin contar, por supuesto, con la porción nada desdeñable que le correspondía de la herencia de su padre.

—Eso es lo que voy a averiguar. Mañana salgo para Bath. Y ¿tú? —Lord Darrylshire clavó los agudos ojos azules en el rostro de Sherry con curiosidad—. ¿Cuándo vuelves con tu todavía no-prometida?

—Mañana también. En cuanto haga un recuento de lo recaudado, partiré hacia Oxfordshire. La verdad es que estoy harto de Londres.

Una vez más, lord Darrylshire se llevó el monóculo al ojo y lo examinó a través de él con aire burlón.

—Para no estar enamorado de tu no-prometida, pareces muy impaciente por reunirte con ella.

Sherry notó un súbito calor en las mejillas.

—¡Tonterías! —dijo con severidad y se acabó el té helado de un trago.

§

Sin embargo, al día siguiente Sherry se vio obligado cambiar de planes y a posponer el viaje. Primero tuvo que ir al banco con lo recaudado para que el director le extendiera una carta de crédito a nombre del Hospital de St. Jude. Más tarde, su madre y dos de sus hermanas, que se encontraban en Londres con sus respectivos esposos y toda la prole, insistieron en que las acompañara al teatro esa noche. Hacía tiempo que no las veía, por lo que a Sherry no le quedó más remedio que aceptar.

Así que, pese a que su impaciencia aumentaba por momentos, no pudo salir de Londres hasta dos días más tarde de lo planeado. Hizo noche en la posada de la última vez, pero en esta ocasión los dioses parecían empeñados en poner impedimentos porque, a la mañana siguiente, un problema con una de las ruedas del cabriolé hizo que se viera obligado a retrasar de nuevo la partida y, cuando el herrero del lugar consiguió repararla por fin, ya era media mañana.

Presa de una impaciencia cada vez más acuciante, Sherry miró las nubes que empezaban a oscurecer el horizonte. Era evidente que amenazaban tormenta y sopesó la idea de quedarse una noche más en la posada, aunque la rechazó casi al instante. Tenía la inexplicable sensación de que debía ponerse en marcha cuanto antes y él siempre había hecho caso de su intuición; algo que, en innumerables ocasiones, le había salvado de situaciones desagradables cuando estaba en el frente.

—¿Qué opina del tiempo? ¿Cree que llegaré a Peyton Gardens antes de que estalle la tormenta?

El posadero se puso una mano en la frente para protegerse del reflejo del sol.

—Si se apresura creo que lo conseguiré, milord; esas nubes están más lejos de lo que parece.

Sherry se rindió a su instinto y ordenó que le prepararan los caballos. Un cuarto de hora después estaba en camino.

El trayecto no fue fácil, soplabá un viento cortante que dificultaba la marcha y el suelo estaba embarrado por la lluvia que había caído la noche anterior. Sin embargo, la pareja de tordos estuvo a la altura de las circunstancias y un par de horas después de anochecer, justo cuando comenzaban a oírse los primeros truenos en la lejanía y las ráfagas de aire se habían convertido en un vendaval, un Sherry agotado y aliviado a la vez, tiraba con firmeza de las riendas frente a la entrada de Peyton Gardens.

El mozo saltó al instante a sujetar a los caballos, pero estos estaban tan agotados que ni siquiera se movieron. Sherry se bajó con agilidad y él mismo cogió la pequeña maleta de cuero que había llevado; Rogers no llegaría hasta el día siguiente.

—Dales una buena cepillada y doble ración de grano, John, se la han ganado.

—Sí, milord.

En ese momento, la puerta de la casa se abrió y un viejo criado miró a lord Sherrington con alivio evidente.

—¡Milord, qué bien que ha llegado!

Sherry lo recordaba de la otra vez.

—Hola, Williams, ¿no está Bates?

—El general está cazando con sir Norman y Bates le ha acompañado como suele. Un criado trajo hace unas horas un mensaje del general en el que le comunicaba a la señorita Emma que no

le esperara a cenar; en vista de las condiciones climáticas, ha aceptado la invitación de sir Norman para pasar la noche en Albion Grange.

Sherry frunció el ceño. No se le había ocurrido avisar de su llegada. Por lo visto la señorita Lovegrace y él iban a estar solos, en una casa llena de criados, eso sí, pero solos al fin y al cabo.

«En fin», se dijo Sherry con un leve encogimiento de hombros, «una razón más para que acepte ser mi esposa cuanto antes».

—Vaya, lamento no haber avisado antes de mi llegada; no se me ocurrió que el general no fuera a estar en casa, ¿puede decirle a la señorita Lovegrace que estoy aquí?

—Ese es el problema, lord Sherrington... —El viejo criado se retorció las manos sin parar.

Sherry frunció el ceño, acababa de darse cuenta de que la angustia de su interlocutor no tenía nada que ver con lo imprevisto de su llegada y, una vez más, la sensación de que algo no iba bien se hizo casi insoportable.

—¿Qué pasa, Williams? —Sherry decidió cortar en seco los rodeos del anciano, unos rodeos que solo aumentaban su desasosiego—. Hable de una vez, ¿dónde está la señorita Lovegrace?

—Salió a galopar esta tarde y no hace ni cinco minutos que el chico del establo llegó muy agitado. Al parecer *Fairy*, la yegua de la señorita, ha regresado sola y muy asustada.

Sherry notó que la sangre abandonaba su rostro, pero inspiró hondo y se obligó a hablar con calma:

—¿Se ha organizado una batida de búsqueda?

—Hoy es la tarde libre de varios de los criados. El chico de los establos y yo somos los únicos hombres que quedamos en Peyton Gardens, y yo no sé montar a caballo... y no sabía...

Sherry le cortó con un gesto impaciente de la mano; era evidente que el pobre hombre no tenía ni idea de lo que había que hacer en una emergencia semejante.

—¿Dijo la señorita Lovegrace adónde tenía pensado ir?

—El chico la oyó decir que llegaría hasta el río, cerca del molino abandonado.

Sherry conocía el sitio, de hecho, la señorita Lovegrace lo había llevado allí en una de las escasas ocasiones en que habían salido juntos a cabalgar. Recordaba bien ese día, pese a que habían tenido una de sus habituales discusiones. Algo que él había dicho en un momento dado la había hecho estallar en carcajadas y Sherry se la había quedado mirando embobado un buen rato, hasta que la mirada de los ardientes ojos oscuros, cargada de burla, lo había sacado de su arrobó. Fue en ese preciso momento, cuando comprendió que Darryl tenía razón y que la excusa del honor no era nada más que eso, una excusa. La realidad era que la idea de tenerla a su lado —en su cama, para ser más preciso—, se le antojaba más atractiva a cada rato que pasaba.

El ensordecedor retumbar de un trueno justo encima de sus cabezas les hizo dar un respingo.

—Ya tenemos aquí la tormenta.

Cómo si el viejo criado le hubiera dado la entrada, el repiqueteo de las primeras gotas se convirtió casi al instante en un intenso aguacero y el resplandor de un relámpago iluminó los rostros de ambos como si fuera de día.

—¡Oh, Señor! —Williams se santiguó un par de veces.

Sherry cerró los ojos unos segundos. Como siempre que había tormenta, notaba las piernas temblorosas, un sudor frío y la respiración acelerada. Sabía bien lo que venía a continuación; ese era el momento en el que solía despedirse de quien quiera que fuese la persona con la que estuviera en ese momento y corría a refugiarse en su habitación, lejos de miradas indiscretas, donde, con la almohada por encima de la cabeza, trataba de ahogar los sonidos que venían de fuera.

Sin embargo, en esta ocasión el temor por lo que hubiera podido sucederle a la señorita

Lovegrace le hizo sobreponerse a sus terrores. Con la frente perlada de sudor, se caló el sombrero hasta las cejas, cogió los guantes que había dejado en manos del criado unos minutos antes y consiguió ponérselos pese al temblor de las manos.

—Iré a buscarla.

Sin más explicaciones, bajó los tres escalones de piedra y corrió hacia los establos; por fortuna, las numerosas capas del elegante abrigo negro de fina lana escocesa que le llegaba casi hasta los tobillos mantenían la lluvia a raya. Con el agua chorreándole por el ala del sombrero de copa, llamó al mozo a gritos.

El chico salió a recibirlo con expresión asustada.

—¡Ensíllame a un buen caballo, rápido!

Por suerte el mozo era espabilado y, al poco rato, traía de las riendas al poderoso bayo que ya había montado en otras ocasiones. Sherry se subió con agilidad y dispuso el abrigo en torno a él de modo que lo protegiera lo más posible de la lluvia.

—¡Andando, muchacho! —dijo, al tiempo que clavaba los talones en los flancos del animal.

16

Las nubes ocultaban la luna la mayor parte del tiempo y una densa cortina de agua impedía la visibilidad. A Sherry no le quedó más remedio que confiar en el instinto del animal. Por suerte, su entrenamiento como militar le permitía orientarse en la oscuridad mucho mejor de lo que lo harían otros hombres en circunstancias similares.

Lo peor eran sus demonios interiores. Cada vez que un trueno retumbaba encima de su cabeza o la luz zigzagueante de un rayo rasgaba la casi impenetrable oscuridad, Sherry se sentía transportado campo de batalla y, en su mente, el aroma metálico del ozono se confundía con el olor punzante de la pólvora, el estampido de los truenos con los cañonazos y los relámpagos con las constantes explosiones. Volvía a oír los gritos de sus hombres y el relinchar aterrado de los caballos; volvía a ver los cuerpos desmembrados esparcidos por el barro; volvía a oler la sangre que teñía de rojo los charcos.

Sherry sacudió con fuerza la cabeza tratando de alejar esos horrores. Necesitaba concentrarse en el aquí y ahora; necesitaba encontrar a Emma.

—¡Emma! ¡Señorita Lovegrace! —gritó como había hecho docenas de veces; pero una vez más, la furia de la tormenta ahogaba el resto de los sonidos.

Mucho más tarde, ronco y ya casi sin esperanza volvió a gritar su nombre:

—¡Emma! ¡Emma, ¿dónde estás?!

De pronto, le pareció distinguir el sonido ahogado de una voz humana en medio del fragor de la tempestad. Sherry refrenó al caballo y aguzó los oídos, al tiempo que se pasaba la mano por los ojos, en un intento inútil de secar con los guantes empapados las gotas de agua que le azotaban el rostro.

—¡Emma! —gritó de nuevo.

—¡Aquí!

Sherry entornó los párpados y escudriñó la oscuridad, atento a la menor señal que indicara de dónde provenía la voz. Si no se equivocaba, se encontraba a menos de media milla del río. Recordaba bien el lugar, la señorita Lovegrace y él habían galopado por ese prado en una de sus habituales competiciones y, en esa ocasión, ella había sido la ganadora. De pronto, le pareció atisbar un bulto un poco más oscuro a la derecha por lo que hizo que el bayo avanzara en esa dirección, estaba casi encima cuando el bulto se convirtió en una figura humana que agitaba un brazo con frenesí.

—¡Emma!

De un salto se bajó del caballo y en dos zancadas se plantó a su lado, se arrodilló frente a ella y la estrechó entre sus brazos con todas sus fuerzas.

—¡Emma!

—¡Lord Sherrington!

El más absoluto asombro vibraba en su voz, pero a pesar de ello, le rodeó el cuello con los brazos y Sherry la sintió temblar contra su pecho. Estaba empapada y cuando rozó los trémulos labios con los suyos notó que estaban muy fríos; eso lo hizo reaccionar.

—¡Estás helada! Será mejor que nos refugiemos de la tormenta. Vamos.

Sherry se puso en pie y le tendió una mano, pero ella no la cogió.

—¡No puedo andar, creo que me he roto el tobillo!

Con un juramento, Sherry volvió a ponerse en cuclillas y la cogió en brazos; pese a que lo hizo con cuidado, la oyó lanzar un gemido de dolor.

—¿Sabes de algún refugio cercano?! ¡Creo que sería mejor esperar a que escampe antes de regresar! —le gritó junto a la oreja.

Ella también alzó la voz para hacerse oír por encima del rugido del viento.

—¡Cerca del molino abandonado hay un cobertizo! ¡Los campesinos lo utilizan de vez en cuando como abrigo para el ganado!

—¡Bien! ¡Iremos allí!

Sherry la puso sobre la silla.

—¡Sujétate bien! —gritó antes de poner un pie en el estribo y subir detrás de ella. Después se inclinó, cogió las riendas y guió al caballo en dirección al río.

Emma no dejaba de tiritar violentamente; por fortuna, como si se guiara por un instinto que le indicase que allí hallaría refugio, el bayo lo condujo directamente al cobertizo que ella había mencionado.

El cobertizo era una pequeña construcción de piedra y madera. Sherry bajó del caballo y volvió a cogerla en brazos, dio una patada en la puerta y esta se abrió sin demasiada dificultad. En el interior no había más que un montón de paja y algunos aperos, pero al menos estaba seco.

Dejó a Emma sobre la paja, salió de nuevo y regresó con el caballo, cuyas riendas ató a un gancho de hierro que sobresalía de la pared.

—Ahora estoy contigo, muchacho.

A la luz de un relámpago, descubrió en un rincón una lámpara y una cajita de plomo en la que encontró yesca y pedernal. Se quitó los guantes empapados con los dientes; tenía las manos tan entumecidas a causa del frío, que le llevó un buen rato conseguir que la yesca empezara a humear. Por fin, logró encender una chispa capaz de prender la pequeña cantidad de aceite de ballena que había en el depósito de la lámpara.

La luz, aunque tenue, marcó una agradable diferencia. Con la lámpara en la mano, Sherry se volvió hacia Emma. Su aspecto lo asustó; estaba empapada, los labios tenían un tinte azulado que contrastaba con la palidez del rostro y tiritaba sin parar.

—Tienes que quitarte esa ropa.

Desesperado, Sherry miró a su alrededor y estuvo a punto de lanzar un alarido de alegría al descubrir un par de mantas viejas y no demasiado limpias cerca de un montón de leños; estaba claro que el cobertizo había servido de refugio en otras ocasiones.

—Bien, primero encenderé un buen fuego.

Colocó dos de los leños frente a Emma, cogió otro puñado de yesca y frotó los bordes de dos trozos de pedernal hasta que consiguió que prendiera. Luego acercó una astilla reseca y, poco a poco, fue añadiendo algo de paja, con cuidado de no ahogar la incipiente llama, hasta que consiguió que los troncos ardieran.

En medio de violentos temblores, Emma extendió los brazos hacia las llamas buscando el calor. Sherry se acercó a ella y, sin mediar palabra, empezó a desabrocharle la chaqueta del traje de montar.

—¿Qué...? ¿Qué hace? —Los dientes de la señorita Lovegrace castañeteaban sin parar.

—Tienes que quitarte esta ropa empapada.

Sin hacer caso de los débiles intentos por apartarlo, Sherry desabotonó la chaqueta por completo y se la quitó, luego le llegó el turno al corsé, la falda y la enagua. Sacarle las botas resultó bastante más complicado porque tenía el tobillo derecho muy hinchado y, aunque trató de ser lo más delicado posible, no se le escapó el modo en que ella apretaba los labios para no gritar. Sin embargo, poco después las botas y las medias estaban encima del voluminoso montón de ropa y lo único que protegía la modestia de la señorita Lovegrace era una fina camisola de batista, que no ocultaba el relieve puntiagudo de los pezones contraídos por el frío; un detalle que Sherry hizo todo lo posible por ignorar para no perder la concentración. Entonces, ignorando sus protestas una vez más, la envolvió en una de las mantas y usó la otra para secarle el cabello vigorosamente.

—¡Ay! —Se quejó dolorida.

—Lo siento —se disculpó.

Pero al parecer su brusquedad estaba dando resultados, porque los labios de la señorita Lovegrace habían recuperado un tono algo más natural y ya no temblaba tanto. Cuando quedó satisfecho, Sherry puso la manta mojada cerca del fuego para que se secara, luego amontonó parte de la paja contra la pared, la volvió a coger en brazos y la depositó encima.

—Además de estar más cómoda, la paja te protegerá un poco del frío. En un rato le echaré un vistazo a tu tobillo, primero me encargaré del caballo; debo evitar que se enfríe.

Emma, con los largos cabellos húmedos cayéndole a ambos lados del rostro, se dejó caer contra la pared, asintió con la cabeza como si estuviera demasiado cansada para discutir y, de nuevo, extendió los brazos hacia el fuego.

Sherry se quitó el abrigo y lo colgó en uno de los numerosos clavos que sobresalían de la pared. Comprobó satisfecho que apenas se había mojado la ropa que llevaba debajo y, con un puñado de paja en cada mano, empezó a frotar al caballo con fuerza; enseguida, el vigoroso ejercicio le hizo entrar en calor. Cuando estuvo satisfecho, dejó caer la paja al suelo y volvió al lado de Emma. Esta ya no temblaba y la cercanía del fuego había devuelto un poco de color a sus mejillas.

Sherry se arrodilló junto a ella y alargó la mano para apartar la manta y examinarle el tobillo. Al instante, la señorita Lovegrace dobló las piernas para tratar de impedirle, pero el brusco movimiento hizo que lanzara un grito de dolor.

—¿Puedes estarte quieta de una vez?! —dijo con salvajismo—. Solo quiero ver cómo tienes el tobillo.

Con un aire de profunda mortificación, Emma se mordió el labio inferior y cuando él le subió un poco la manta no se movió, aunque sus mejillas se cubrieron de rubor. El tobillo derecho estaba muy hinchado y amoratado y, pese a que Sherry lo palpó con la mayor delicadeza, se le escapó un nuevo gemido de dolor.

—No soy ningún experto, pero creo que no está roto.

—¿No?

—No, es una torcedura bastante fea, pero nada más.

Emma cerró los ojos visiblemente aliviada.

—Gracias Dios mío. —Volvió a abrirlos casi en el acto y dijo con suavidad—: Ya puede soltarme la pierna, lord Sherrington.

Sherry bajó la vista hacia el mencionado miembro. Sin ser consciente de ello, los dedos de su mano derecha habían subido por la pantorrilla femenina y acariciaban la suave piel de detrás de

la rodilla. Al instante apartó la mano y, con mucho cuidado, volvió a dejar la pierna de la señorita Lovegrace en el suelo y la tapó de nuevo con la manta.

—¿Le duele mucho?

—Un poco.

Debía de dolerle terriblemente, se dijo preocupado. A esas alturas sabía de sobra que la señorita Lovegrace no era de las que se quejaban. Una vez más Sherry miró a su alrededor, cogió la enagua del montón de ropa, rasgó una tira ancha con los dientes —un gesto que desencadenó una nueva serie de protestas por parte de la señorita Lovegrace y que, como había ocurrido antes, fueron ignoradas por completo— y procedió a vendarle el tobillo con el mayor de los cuidados. Luego hizo un montón con el resto de la ropa y colocó la pierna herida encima de él.

—¿Mejor?

Emma dejó escapar un suspiro de alivio, aunque la manipulación del tobillo había hecho que regresara la palidez.

—Mucho mejor, muchas gracias, milord.

Bien, se dijo Sherry satisfecho, ya no había nada más que pudiera hacer hasta que pasara la tormenta —algo que no parecía que fuera a ocurrir en los próximos minutos ni, quizá, en las próximas horas—, así que decidió ponerse cómodo él también. Sin pedir permiso, se sentó a su lado y le pasó el brazo por encima de los hombros.

—¡Milord!

—No empieces con tus remilgos, Emma, hace frío y así estaremos más cómodos.

—Creo que no le he dado permiso para que me tutee o me llame por mi nombre de pila —dijo ella con dignidad, aunque Sherry notó que se acomodaba un poco mejor contra su costado.

Con una sonrisa, giró la cabeza y la besó en los cabellos húmedos.

—Teniendo en cuenta que pronto serás mi esposa, no creo que importe demasiado.

—No puedo creer que siga usted con eso —suspiró sin rastro del espíritu combativo de otras ocasiones—. Reconozco que le estoy muy agradecida por lo de hoy, lord Sherrington, pero creo que le he dejado claro, por activa y por pasiva, que no deseo de casarme con usted.

—Emma, querida, acabo de desnudarte y sé bien que no llevas nada más que la camisa debajo de esa manta. No puedes negar que esta vez sí que te he comprometido.

El bufido de indignación que soltó hizo que Sherry sonriera una vez más.

—¡Es usted tremendamente grosero por recordármelo! ¡Ha sido un caso de fuerza mayor! ¡Sabe bien que si no me hubiera quitado la ropa mojada podría haber muerto de una inflamación de los pulmones y...! —Se detuvo de golpe, inspiró con fuerza y al cabo de un rato susurró—: Creo que le debo la vida, lord Sherrington.

—Muy probablemente —dijo él, al tiempo que la apretaba un poco más contra su costado.

Emma apoyó la cabeza en el hueco del hombro y Sherry tuvo que hacer un esfuerzo para entender lo que decía, pues seguía hablando en voz muy baja:

—Fue culpa mía, ¿sabe? Estaba distraída y no vi la madriguera hasta que *Fairy* metió la pata dentro. Salí despedida y, por suerte, aterricé sobre el tobillo.

—¿Perdiste la consciencia en algún momento?

Lo pensó un rato.

—Puede que sí. No sé. Lo cierto era que estaba aturdida por el golpe y cuando traté de levantarme... —Cerro los ojos, como si reviviera aquel doloroso momento—. Mi abuelo y Bates no están en casa y pensé que no me encontrarían hasta el día siguiente.

Sherry sabía que si no hubiera llegado él, era muy probable que hubiera ocurrido así; toda una noche a la intemperie y empapada seguramente habría sido más de lo que la señorita

Lovegrace habría podido resistir. Pero no quería pensar en eso ni, mucho menos, hablar de ello; por lo que dijo con fingida animación:

—Pero tuviste suerte y llegué yo, como un príncipe de cuento dispuesto a salvar a la princesa.

De nuevo, Emma se apretó un poco más contra él.

—No creo que jamás una princesa se haya alegrado tanto como me alegré yo al verlo esta noche.

—Pensé que nunca te oiría decir algo semejante —dijo burlón.

—Oh, es usted imposible...

En ese momento, el violento retumbar de un trueno hizo vibrar las paredes del cobertizo, haciendo que ambos dieran un respingo.

—¡Milord, la tormenta! —Emma se incorporó y lo miró asombrada—. ¿Cómo ha hecho para sobreponerse a su terror por las tormentas?

Sherry leyó la preocupación en los expresivos ojos oscuros y algo más de lo que quizá ni siquiera ella misma era consciente.

—¿Sabes, Emma? —dijo con voz ronca sin dejar de mirarla—. Había en juego algo mucho más importante que un puñado de temores irracionales.

Los labios de la señorita Lovegrace se entreabrieron involuntariamente y, al cabo de un buen rato, susurró con un brillo ardiente en los ojos oscuros:

—¿Me está diciendo, milord, que no es solo para salvar su honor por lo que insiste en casarse conmigo?

Sherry movió la cabeza en una negativa y dijo con resignación:

—Mucho me temo que te amo, Emma Lovegrace.

Por unos segundos se miraron en silencio, hasta que Emma levantó la mano, apoyó la palma en la áspera mejilla y, sin dejar de mirarlo a los ojos, susurró:

—Mucho me temo que yo también le amo, lord Sherrington... —Con gesto tímido lo atrajo hacia sí y lo besó con dulzura en los labios.

De golpe, toda la sangre se le subió a la cabeza o, más bien, se le bajó a otra parte del cuerpo. Aquel beso era mil veces más casto que otros besos que Sherry había dado y recibido a lo largo de su vida; sin embargo, no recordaba haber sentido nunca una sensación semejante.

Con un gruñido la cogió de la barbilla y apretándola todavía más contra sí la obligó a abrir la boca e introdujo la lengua en su interior. La punta de la lengua femenina salió a su encuentro, vacilante, como si su dueña no supiera muy bien qué hacer con ella y esa torpeza solo aumentó el ardor que sentía hasta un grado desconocido. Incapaz de controlarse, la mano de Sherry se apoderó de uno de los pechos femeninos y le acarició el pezón con el pulgar, pero a pesar de su liviandad, la batista de la camisola resultaba una barrera insoportable. Impaciente, Sherry soltó de un tirón el lazo que la sujetaba en el cuello y apartó la tela, inclinó la cabeza y cerró los labios en torno a ese mismo pezón, que ahora tenía la dureza de un guijarro.

—Lord Sherrington... milord... —Las palabras salían de los labios de Emma como un suspiro.

—Llámame John —susurró sin soltarse de su pecho.

Por primera vez, Sherry se olvidó de la tormenta, se olvidó de los truenos y de los relámpagos; se olvidó de todo lo que no fuera la piel blanca y sedosa de ese pecho que se le ofrecía como una tentadora ofrenda a su apetito insaciable.

—Milord... John... tiene... tenemos que parar. —Pese a sus palabras, Emma había enredado los dedos en la rebelde cabellera rojiza y lo apretaba contra sí con fuerza.

La boca masculina abandonó el pecho y susurró jadeante contra sus labios:

—No puedo, Emma..., te juro que no puedo.

Sherry nunca supo si habría sido capaz de detenerse si, en ese preciso momento, la intensidad de su deseo no le hubiera llevado a hacer un movimiento brusco. Sin querer, golpeó con la puntera de la bota el tobillo herido arrancándole un grito de dolor. Al comprender que por su falta de control la había lastimado, recuperó la cordura de golpe y se apartó de ella. Profundamente avergonzado, se puso en pie y le dio la espalda.

—Emma, lo siento. Perdóname. No sé lo que ha pasado... no sé cómo he podido olvidarme de todo de esta manera... no sé qué me ha pasado —repitió, al tiempo que se pasaba una mano temblorosa por los cabellos húmedos una y otra vez.

No hubo respuesta.

Sherry se mordió los labios y apretó los puños con fuerza, pero no se dio la vuelta; no quería ver el temor que, estaba seguro, asomaba en los ojos oscuros.

Afuera la tormenta seguía bramando, pero nada comparable a la tempestad de emociones que en ese momento rugía en su pecho.

—Estará satisfecho, milord.

La frialdad con la que habló por fin hizo que Sherry se encogiera.

—Yo...

—No trate de disculparse —añadió en el mismo tono glacial—. Las excusas no le van a servir de nada...

La señorita Lovegrace hizo una pausa que pareció bajar unos cuantos grados más la temperatura del cobertizo.

—En cuanto vea a mi abuelo —dijo al cabo de un rato—, le diré que me ha comprometido. Me temo, milord, que no se va a librar de casarse conmigo.

Incrédulo, Sherry se volvió a toda velocidad.

—¿O quizá toda esa cháchara sobre su honor no era más que eso: pura cháchara? —Los ojos oscuros tenían una expresión burlona y en la comisura de la boca femenina asomaba ese hoyuelo que tenía la virtud de hacerle perder la cordura.

De inmediato, Sherry se arrodilló a su lado, la cogió de la mano y le dio un beso apasionado en la palma.

—Te prometo, Emma Lovegrace, que en cuanto tu abuelo regrese de casa de sir Norman le suplicaré de rodillas, si es preciso, que me haga el honor de concederme tu mano en matrimonio.

Los ojos oscuros le sonrieron y los labios masculinos esbozaron una sonrisa en respuesta. Con cuidado de no hacerle daño, Sherry volvió a sentarse junto a ella. Una vez más, le pasó el brazo por los hombros y, como ocurriera antes, Emma se acurrucó contra él. Sin embargo, el deseo furioso que había sentido tan solo unos momentos antes se había calmado y, con una extraordinaria sensación de paz, apoyó la mejilla en los cabellos oscuros.

—Recuerdo que una vez me dijiste que jamás te casarías con un hombre que te ocultara cosas importantes de su pasado —dijo al cabo de un rato.

Emma se frotó contra él, mimosa.

—Creo que «jamás» es demasiado drástico. Tal vez estaría dispuesta a armarme de paciencia y a esperar hasta que ese hombre se sintiera preparado para contarme los secretos que lo atormentan.

—Ese hombre está preparado.

—¿Está seguro? —Sherry detectó cierta duda no exenta de preocupación en su voz—. No quiero que se sienta obligado...

Sherry le puso el dedo índice sobre los labios con suavidad, obligándola a guardar silencio.

—Estoy seguro.

A pesar de sus palabras, tardó un buen rato en decidirse a continuar.

—Fue justo después de la batalla de Ulm —dijo, por fin, después de soltar el aire con fuerza—, cuando las fuerzas francesas tomaron Viena. Los austriacos tuvieron que replegarse hasta que las tropas rusas se unieron a ellos y el escuadrón de caballería que yo comandaba, que formaba parte del ejército aliado, se replegó con ellos. Sabíamos que los franceses nos perseguirían y al principio así fue, pero más tarde, inexplicablemente, Napoleón les ordenó retroceder. Los altos mandos del ejército de coalición estaban eufóricos, todo indicaba que el ejército francés estaba muy debilitado y el abandono unos días más tarde de la estratégica posición en la colina de Pratzen, muy cerca de Austerlitz, confirmó sus sospechas...

Sin darse cuenta, Sherry se había puesto rígido y apretaba con fuerza el hombro femenino con la mano. Tenía la mirada perdida, como si estuviera reviviendo esos momentos.

—Yo no lo tenía tan claro. Al contrario que mis superiores, la idea de que Napoleón no fuese más que un enano pendenciero, más bien cómico, estaba muy lejos de mi cabeza. Había estudiado sus campañas en profundidad y sabía que era un estratega excepcional. En todo aquello yo no veía más que una maniobra premeditada para debilitar su flanco derecho con el fin de incitarnos a atacar en ese punto. Sospechaba que era una trampa y, por desgracia, no me equivoqué.

Se quedó callado, perdido en sus recuerdos, y se sobresaltó al sentir que la mano de Emma atrapaba la suya para darle consuelo. Sherry le apretó los dedos convulsivamente, sin ser consciente de que le hacía daño, pero ella no dijo nada.

—Hablé con mi superior inmediato, un hombre terco e irascible con el que había chocado en numerosas ocasiones y le trasmití mis sospechas, pero él se burló de mí. Me preguntó si no sería más bien que estaba asustado por la idea de entrar en combate y me aferraba a esas excusas patéticas para disimularlo.

»Ese bastardo sabía bien cómo herir mi orgullo y, para demostrarle lo equivocado que estaba conmigo, decidí no dirigirme al comandante en jefe, como había pensado hacer en un principio. Le demostraría a ese idiota que los Cavendish no le tememos a nada. —Sherry soltó una risa amarga y repitió con desdén—: Mi orgullo.

De nuevo se hizo un silencio. Los truenos sonaban cada vez más lejanos, pero ninguno de los dos se dio cuenta de que la tormenta por fin empezaba a amainar.

—Estaba tan dispuesto a demostrar lo equivocado que estaba conmigo que, cuando se dio el orden de atacar el flanco derecho del ejército francés, el escuadrón que yo comandaba se presentó voluntario para proteger el centro del ejército aliado. El ataque, como había previsto, dejó desguarnecida nuestra posición, lo que fue aprovechado por el mariscal Sout para atacarnos a su vez con contundencia empleando el IV Cuerpo del ejército. Eso le permitió aniquilar el centro aliado y barrer de paso ambos flancos, obligándonos a huir en medio del más absoluto desorden.

»Esa mañana, más de la mitad de los ciento veinte hombres que estaban bajo mi mando murieron y el resto sufrió terribles heridas producidas por el fuego de mortero. Yo sobreviví.

Sherry dejó de hablar y cerró los ojos; todavía podía oír los gritos de dolor de los soldados malheridos y oler el vomitivo hedor de la carne chamuscada.

Emma le apretó la mano con más fuerza y habló por primera vez:

—No puede culparse por haber sobrevivido. La guerra es así, una trágica lotería en la que unos ganan y otros pierden.

Sherry apretó los párpados con fuerza.

—Sabía que era una trampa y conduje a mis hombres como corderos al matadero; ellos confiaban en mí.

Pero la señorita Lovegrace no parecía dispuesta a tolerar ningún veredicto de culpabilidad.

—Cumplió con su deber, lord Sherrington. No pudo hacer más.

Sherry le apretó la mano con más fuerza.

—Quizá si no hubiera estado tan cegado por mi orgullo herido, podría haber tratado de acudir a una instancia más alta y...

—¡Lord Sherrington! —Emma lo interrumpió con firmeza—. Conozco bien el ejército, sé lo importantes que son en él las jerarquías. No hay nada, óigame bien, nada que usted, un simple mayor, pudiera haber hecho para cambiar el curso de los acontecimientos. Tanto usted como sus hombres se limitaron a cumplir con su deber y, por supuesto, usted también pagó el precio. Mucho antes de ver las terribles heridas que tiene en el pecho adiviné que algo lo atormentaba; estoy segura de que si en algún momento tuvo algún tipo de culpa ya la ha expiado con creces. Así que no quiero volver a oírle decir que se siente culpable por haber sobrevivido, ¿entendido?

Aquella cerrada defensa consiguió arrancarle una sonrisa vacilante.

—Creo que nunca me atreveré a discutir contigo, eres una rival formidable.

Emma se encogió de hombros.

—Es solo que tengo más sentido común que la mayoría de la gente.

Esta vez Sherry no pudo contener una carcajada, aunque enseguida recuperó la seriedad. Con delicadeza, la cogió de la barbilla y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Mi pragmática señorita Lovegrace, creo que la adoro —susurró con voz ronca.

Muy despacio, Sherry inclinó la cabeza y pegó los labios a los suyos en un beso lento, cargado de ternura.

Emma dejó caer el libro sobre el regazo con un suspiro. Llevaba tres días tumbada en esa *chaise longue*, con la pierna bien estirada y apoyada encima de un almohadón, y estaba a punto de volverse loca.

«De qué me sirve tener un prometido si nunca está a mi lado cuando lo necesito», se dijo enfadada, sintiendo una prodigiosa lástima de sí misma.

En ese momento, se abrió la puerta y entró lord Sherrington. A Emma le pareció más alto y más apuesto que nunca; afuera hacía mucho viento y la melena leonina estaba más despeinada que de costumbre. Los ojos castaños tenían un brillo burlón, como si hubiera adivinado su estado de ánimo nada más verla.

—¿Aburrida, señorita Lovegrace?

—En absoluto, milord. —Con estudiada indiferencia, Emma cogió de nuevo el libro y fingió sumergirse en sus páginas.

Sherry se acercó y se sentó en uno de los bordes de la *chaise longue*. Inclino la cabeza y leyó el título.

—*Medicamentos y recetas de cocina de muchas clases* por Martha Bruce, Condesa de Elgin. ¡Cielos! No me extraña que se te vea tan entretenida.

Emma apretó los labios, pero no se dignó a levantar los ojos del libro.

—Para su información, milord, es un libro interesantísimo.

—¿Sí? Cuánto me alegro, entonces será mejor que no interrumpa tu interesante lectura para contarte lo que ha pasado hoy en St. Jude, ¿no crees? —dijo con una blanda sonrisa.

Emma se apresuró a mirarlo con el ceño fruncido.

—No creo que pueda casarme con usted, milord, hay días en los que pienso que no podré soportarlo.

—¿De veras? Pues quizá deberías decírselo a tu abuelo. Sin embargo, estoy seguro de que no le va a gustar la idea de dejar escapar un partido tan bueno como yo.

Ella soltó uno de esos graciosos bufidos que, invariablemente, le arrancaban una sonrisa.

—¿Sabe una cosa, milord? ¡Es usted insufrible! Primero me deja sola la mayor parte del tiempo, luego se hace el interesante cuando sabe, *positivamente*, que me muero de ganas de saber qué ha pasado en la reunión de hoy, además tengo que aguantar su fanfarronería y su...

La lista de quejas y agravios se cortó en seco cuando Sherry la estrechó en sus brazos y la besó con pasión. Emma apoyó las palmas contra las solapas de la levita, pero en vez de apartarlo, sus dedos, como esos traidores que eran, siguieron subiéndolo y se enredaron en su sitio favorito: los salvajes mechones de cabello rojizo.

—Ya te advertí la última vez lo que te pasaría si seguías empeñándote en llamarme milord o lord Sherrington —dijo Sherry sin dejar de mordisquearle los labios con glotonería.

—Oh, John... —El nombre sonó como un suspiro mientras él seguía besándola, esta vez a lo largo del cuello—. Te aprovechas de mi debilidad, no es justo.

Sin embargo, no debía de estar demasiado enfadada porque inclinó un poco más la cabeza hacia un lado para facilitarle el acceso.

De pronto, un carraspeo impaciente los hizo separarse en el acto.

—Sherrington —dijo el general en tono desaprobador—, me temo que, como sigan así las cosas, me veré obligado a adelantar la boda.

Sherry esbozó una de sus irresistibles sonrisas. Al contrario que Emma, cuyas mejillas habían adquirido un furioso color rojo, no se le veía avergonzado en absoluto.

—No crea que me iba a doler, señor. No sé de quién fue la estúpida idea de programar la boda para dentro de un mes, pero estoy seguro de que la espera se me va a hacer eterna.

Emma que se había parapetado detrás del libro, asomó los ojos por encima y miró a su abuelo abochornada, justo en el preciso instante en que el anciano general le guiñaba un ojo a su prometido.

«Oh. Esa irritante complicidad masculina», se dijo poniendo los ojos en blanco.

Los de Sherry brillaron maliciosos una vez más, como si pudiera leerle los pensamientos.

—Lord Sherrington estaba a punto de contarme qué es lo que ha pasado en la reunión de hoy en el hospital. —Emma se apresuró a cambiar de tema, tratando de hablar con calma.

—Cierto, lo había olvidado. —El general se dejó caer en la butaca que el prometido de su nieta acababa de acercarle—. ¿Qué tal el viejo Richmond, sigue tan irritable como de costumbre?

—Yo diría que ha empeorado —dijo el conde, tan incorregible como de costumbre, haciendo que el viejo soldado soltara una sonora carcajada—. Se ha quejado de la lluvia y el viento, del frío que hacía en la sala, de lo incómoda que era la silla, de que el té estaba frío... Por fortuna, el doctor Samuelson es un hombre con bastante mano izquierda y lo ha llevado a su terreno con una habilidad envidiable.

Emma sonrió para sus adentros al oír el merecido cumplido mientras recordaba lo furioso que se había puesto su prometido cuando se enteró de que el médico le había propuesto matrimonio apenas unos días después de su partida.

—Está claro que no puedo dejarte sola un momento —había dicho muy enfadado—. Cuesta creer que un hombre, un hombre que tiene la vivacidad de un pescado muerto, para ser más precisos, haya sido capaz de decidirse por fin a hacerte una proposición de matrimonio. ¿No será que tú lo has animado?

Sin hacer el menor caso de la exclamación, llena de indignación, que escapó de los labios de su prometida, lord Sherrington había continuado con su tirada sin dejar de gesticular.

—Espero que le hayas dejado bien claro que yo te lo pedí primero. Si el medicucho vuelve a sacar el tema, me avisas. ¡Le dejaré bien claras cómo están las cosas entre nosotros!

—¡Pero entre nosotros las cosas no están claras de ninguna manera! —había protestado ella, exasperada—. Los dos son tal para cual. Usted, milord, parece que solo quiere casarse conmigo por un caso de orgullo mal entendido, y el doctor Samuelson quiere hacerlo porque piensa que soy una persona que se adaptaría bien a su ordenada vida. ¡Ninguno de los dos se ha parado un minuto siquiera a pensar en qué es lo que yo quiero!

—¿No te parece suficiente convertirte en mi condesa? ¿Qué es lo que quieres entonces? No puedo ofrecerte nada más.

Al ver su expresión herida, Emma lo había cogido de la mano y lo había mirado directamente a los ojos.

—Sé lo que no quiero —dijo con voz suave—. No quiero casarme con un hombre solo

porque él se siente obligado a pedírmelo. No quiero dedicar el resto de mi vida a pensar en vestidos y bailes, a pasar el día entre visitas y conversaciones ociosas. El matrimonio es algo muy serio y creo que debe de estar sustentado por una sólida base de afecto y metas en común. Quiero que mi matrimonio sea un proyecto de vida en el que mi esposo y yo luchemos juntos y en igualdad de condiciones por tratar de hacer, en la medida de nuestras posibilidades, que el mundo se convierta en un lugar mejor.

Lord Sherrington se la había quedado mirando con fijeza, como si, de alguna manera, le costara digerir esas palabras. Emma le había apretado la mano una vez más antes de soltársela y, para tratar de quitarle hierro a la situación, había añadido que lo más probable era que el doctor Samuelson no tardara demasiado en reponerse de su desengaño. En su opinión, había seguido diciendo, la hija del vicario le había echado el ojo y, conociendo como conocía a la intrigante señorita Nolan, estaba convencida de que solo era cuestión de tiempo que el pobre doctor cayera en sus redes.

Al oír aquello lord Sherrington había reaccionado por fin y se había limitado a lanzar un gruñido no demasiado convencido y a ella le había entrado la risa; lo cierto era que ver a ese grandullón pelirrojo absurdamente celoso resultaba entrañable.

—El doctor Samuelson ha jugado de forma irreprochable la carta del orgullo del marqués. — Lord Sherrington seguía hablando y Emma se obligó a prestar atención—. Resulta que yo le había contado al querido doctor que el marqués de Richmond y mi tía Agatha siempre se han llevado a matar, así que él ha dejado caer que quizá la nueva ala del edificio debería llevar el nombre de mi tía cuando estuviera terminada. Por un momento, he pensado que al viejo cascarrabias le daría una apoplejía...

La risa del general volvió a retumbar en la habitación.

—Pero por fortuna, no ha sido así y pocos minutos después, el marqués se ha ofrecido a igualar la cantidad recaudada en la fiesta. —Emma y su abuelo aplaudieron con entusiasmo—. Calculo que la nueva ala estará funcionando a pleno rendimiento la próxima primavera.

—Y ¿han decidido ya cómo la llamarán? —preguntó el general, risueño.

Sherry esbozó una mueca arrogante.

—¡Por supuesto! Gracias a mi, tampoco desdeñable, habilidad para la negociación, después de casi una hora de discusiones hemos llegado a un acuerdo: la nueva ala del edificio se llamará san Jorge y santa Agatha. Eso sí, el marqués ha insistido en que su nombre debía ir el primero.

Emma y su abuelo no pudieron contener la risa.

—Desde luego eres un maravilloso negociador. Me pregunto —añadió maliciosa— qué dirá tu tía cuando se entere.

Sherry fingió secarse un inexistente sudor de la frente con el dorso de la mano.

—Será mejor que no adelantemos acontecimientos o mi tía es capaz de no venir a nuestra boda.

—La comida está servida. —Anunció Bates con solemnidad—. ¿Llamo al lacayo para que lleve a la señorita Emma?

—No será necesario, yo la llevaré.

Sherry se agachó para cogerla en brazos y, al instante, Emma rodeó el cuello masculino con los suyos. Desde que había regresado con ella a Peyton Gardens en cuanto amainó la tormenta, y el médico que había examinado el tobillo de la señorita Lovegrace le hubiera prohibido terminantemente apoyar ese pie en el suelo al menos en tres o cuatro días, ese modo de desplazamiento se había vuelto habitual. El conde no permitía que nadie más que él la llevara en brazos y Emma no solía protestar, más que nada porque su prometido aprovechaba para robarle

un beso a la menor oportunidad, como estaba segura de que iba a ocurrir en ese preciso momento.

En efecto, en cuanto Bates salió del salón seguido del general, Sherry se rezagó a propósito y pegó los labios a los suyos. Emma le devolvió el beso con idéntica pasión antes de apartar el rostro ruborizado y soltar una risita, entre pícara y avergonzada. Estaban tan entretenidos en sus juegos, que ninguno de los dos se percató de la mirada de diversión que cruzaron el sargento y su general cuando entraron por fin en el comedor.

Sherry se quedó en Peyton Gardens una semana más, hasta asegurarse que el tobillo de la señorita Lovegrace podía aguantar su peso con la ayuda de un par de muletas. Entonces anunció su partida. Al ver la mirada de decepción en el rostro de su prometida no pudo contenerse; con un brazo le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí sin importarle lo más mínimo que el general estuviera delante.

—Quiero adelantarme unos días para asegurarme de que en Rutlands estén listos para recibirte como Dios manda.

En cuanto habló con el general, lord Sherrington había escrito a su madre para anunciarle su compromiso y, aunque él no le había dicho nada, estaba casi segura de que a la condesa viuda no le había hecho demasiada gracia la noticia. Al fin y al cabo, se dijo Emma, que siempre estaba dispuesta a encarar de frente las realidades de la vida, el apuesto conde de Sherrington podría haber aspirado a un matrimonio mucho más brillante.

—Le echaremos de menos, Sherrington; Bates dice que es el mejor cazador de tórtolas que ha conocido.

Sherry inclinó la cabeza al oír el cumplido.

—Me siento halagado, señor.

—También en St. Jude le echarán de menos, milord. He de reconocer que anima como nadie a los heridos.

—Todo eso está muy bien, pero lo que yo quiero saber es si tú también me echarás de menos.

La mirada ardiente que acompañó a sus palabras la hizo sonrojarse y el general, discreto por una vez, aprovechó para salir de la habitación con la excusa de que debía revisar la carabina antes de la partida de caza que tenía pendiente con sir Norman.

En cuanto se quedaron a solas, Sherry la cogió de la cintura con ambas manos y repitió la pregunta con voz ronca:

—Y bien, ¿me echarás de menos?

De inmediato, Emma enredó los dedos en los mechones rojizos y lo miró con coquetería.

—Creo que solo extrañaré la suavidad de sus cabellos, milord.

Él movió la cabeza con aire desaprobador.

—Me temo que tienes una extraña fijación con mi pelo, señorita Lovegrace, ¿eso quiere decir que si algún día me quedo calvo ya no me querrás?

Los preciosos ojos oscuros destellaron como un par de turmalinas mientras fingía pensar en la respuesta.

—Estoy casi segura de que, aunque algún día perdiera esta magnífica cabellera, seguiría amándolo, lord Sherrington.

Sherry frunció aún más el ceño; al parecer no le había gustado cómo había sonado eso.

—¿Casi segura? ¿Solo casi segura?

—Está bien, estoy completamente segura, pero espero... —Se acercó más a él y se detuvo con la boca muy cerca de la suya.

—¿Qué es lo que esperas? —susurró él acariciándole los labios con su cálido aliento.

—Espero —dijo al fin con una sonrisa traviesa—, que no me ponga a prueba, milord.

—Eres muy cruel —gruñó Sherry antes de besarla con un ardor que cada día que pasaba le costaba más reprimir.

Ella se apretó más contra su cuerpo y le devolvió el beso con la misma pasión. Al cabo de un buen rato, lord Sherrington, de mala gana, apartó la boca y apoyó la frente en la suya.

—¿Sabes una cosa, señorita Lovegrace? —susurró él en ese mismo tono ronco que le erizaba la piel.

Emma quien todavía no había recuperado del todo el aliento, negó en silencio.

Sherry levantó la cabeza, enmarcó el rostro femenino con las manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—Yo sí te echaré terriblemente de menos.

Dos semanas más tarde, ya completamente repuesta de la caída, Emma y su abuelo se pusieron en camino hacia Rutlands en el anticuado carruaje familiar.

La condesa viuda los había invitado a pasar allí los días que quedaban hasta que se celebrase la ceremonia y, pese a que Emma había intercambiado varias cartas con ella y la madre de su prometido se habían mostrado en todo momento muy afable y cortés, sentía una dolorosa opresión en el pecho. Por una parte, anhelaba más que nada volver a ver a lord Sherrington y, por otra, le aterrorizaba pensar en el recibimiento que le dispensarían su futura suegra y sus cuatro cuñadas que, según le había escrito Sherry, se alojarían allí esos días acompañadas de sus esposos y su abundante prole. Así que a medida que se acercaban a su destino, las ganas de huir crecían de modo exponencial; unas ganas de huir que se acentuaron al doblar una curva pronunciada.

Emma, que en los últimos minutos no había despegado la nariz de la ventanilla del carruaje, recibió la primera impresión de la casa que estaba destinada a convertirse en su nuevo hogar.

—Abuelo...

Fue la única palabra que consiguió pronunciar, sobrecogida por la visión de la imponente mansión de piedra dorada, en lo alto de cuya fachada principal la bandera de Inglaterra, con la roja cruz de san Jorge, ondeaba al viento dándoles una alegre bienvenida.

—¡Infierno y condenación!

La expresión, más propia del fragor de la batalla que adecuada para los delicados oídos de su nieta, resonó en el interior del carruaje y fue seguida de un profundo silencio mientras el general contemplaba pasmado el magnífico edificio.

Nada más empezar, Emma perdió la cuenta del número de ventanas que la adornaban. Abrumada, cerró los ojos y volvió a abrirlos al instante. No. No lo había soñado. Con el corazón palpitándole en el pecho, volvió a recostarse contra el respaldo de terciopelo.

«¡No estoy preparada!». Aterrorizada, movió la cabeza en una negativa silenciosa.

Ella, Emma Lovegrace, que había pasado la infancia y la mayor parte de su juventud siguiendo a las tropas inglesas de campamento en campamento, sin lujos de ningún tipo y, demasiado a menudo, sin rastro de las más elementales comodidades modernas no podía convertirse de pronto en la dueña de todo aquello. Era tan ridículo... Todavía podía recordar cómo la regañaba Bates cuando la veía caminar descalza como cualquier campesina portuguesa. Sin darse cuenta, soltó una risa nerviosa en la que no había ni rastro de humor.

Unas millas más adelante, el cochero detuvo el carruaje bajo el soportal de columnas que daba acceso a la entrada de la mansión, en la que un numeroso grupo de personas los aguardaba para recibirlos. Lord Sherrington abrió la puerta y él mismo bajó el escalón antes de tenderle a Emma la mano para ayudarla a descender.

—¡Por fin! Bienvenida a Rutlands —Se inclinó sobre su mano y la besó con calidez.

Emma notó un intenso calor en las mejillas, consciente de que las miradas de todos los presentes estaban clavadas en ella.

—Muchas gracias, milord. —Hizo una leve reverencia sin atreverse apenas a despegar los ojos del impecable nudo de la corbata blanca—. Es una... una casa preciosa.

Sonriente, Sherry se volvió a darle la bienvenida al general y luego, sin soltarle la mano que ella había apoyado en la manga de su levita, la condujo hasta una mujer muy alta, vestida enteramente de negro, que aguardaba con semblante sereno rodeada por otras cuatro mujeres más jóvenes y bastante atractivas, que Emma identificó al instante como las hermanas de su prometido gracias al brillo rojizo de los cabellos de todas ellas.

—Emma, te presento a mi madre, la condesa viuda de Sherrington.

—Milady... —Emma se inclinó en una profunda reverencia.

—Bienvenida a Rutlands, Emma, espero que no te importe que te llame por tu nombre y te tutee; dentro de unos días serás para mí una hija más, así que es mejor que empiece a tratarte desde ahora como tal, ¿no crees? —dijo con amabilidad.

Emma se sintió conquistada al instante por su futura suegra; al fin y al cabo, tenía los mismos ojos castaños y dulces de su prometido.

—Por supuesto, milady. —Esta vez sonrió con calidez, mucho más dueña de sí.

Las hermanas de lord Sherrington no se anduvieron con demasiadas ceremonias y, poco después, todos tomaban el té en un agradable salón cuyas puertas ventanas daban al inmenso parque, sin dejar de charlar y reír como si fueran viejos conocidos.

§

Los días previos a la ceremonia transcurrieron con rapidez. Emma se sintió enseguida parte de esa familia que la acogía con los brazos abiertos, pese a que sabían tan bien como ella que podrían haber aspirado a un partido mucho mejor para su hijo y hermano.

Emma se sentía muy feliz. Toda su vida habían sido su abuelo, Bates y ella y, de pronto, se encontraba en medio de una familia gigantesca y bulliciosa en la que las comidas y las cenas eran un acontecimiento plagado de risas y bromas. Los magníficos salones de Rutlands, llenos de antigüedades y obras de arte, resonaban de continuo con las risas, las peleas y los lloros de más de una docena de niños de todas las edades. No estaba acostumbrada a tratar con niños, pero gracias a su prometido —que, por supuesto, era el tío favorito y que siempre estaba dispuesto a revolcarse con ellos sobre las mullidas alfombras de Aubusson, luchando en terroríficos combates a muerte—, estaba descubriendo que tenía una habilidad especial para tratarlos y, cuando alguna de sus futuras cuñadas le ponía uno de los bebés en los brazos, le invadía un curioso anhelo al contemplar los rasgos diminutos. En una de esas ocasiones, levantó la mirada de la criatura que dormía con placidez en su regazo y descubrió a lord Sherrington contemplándola con una intensa mirada que hizo que la sangre se le agolpara en las mejillas.

La formidable tía Agatha había llegado unos días después para sumarse a las celebraciones y, casi desde el instante en que posaron los ojos el uno en el otro, ella y el general Lovegrace se habían declarado la guerra. Desde que salía el sol hasta que se ocultaba, se podían oír las continuas discusiones entre ambos, llenas de comentarios ingeniosos y ácidos que volaban en una y otra dirección, que eran una fuente de continua diversión para el resto de los habitantes de Rutlands.

Sin embargo, no todo era ocio y pasarlo bien. Sherry estaba muy ocupado con un ambicioso proyecto: la construcción, no lejos del hogar familiar, de un nuevo hospital con capacidad para

más de trescientos pacientes que el doctor Samuelson y él, con la inestimable ayuda del marqués de Richmond y unos cuantos mecenas más, estaban intentando que llegara a buen puerto.

Cuando se lo había contado, Emma lo había abrazado con todas sus fuerzas y Lord Sherrington había respondido con tanta pasión que, si no hubiera sido porque unos minutos más tarde dos de sus pelirrojas sobrinas, que buscaban refugio de la persecución del hermano de una de ellas, los habían interrumpido en un momento especialmente peliagudo, Emma no estaba muy segura de qué era lo que podría haber pasado a continuación.

Por suerte, las niñas estaban demasiado absortas en el juego y no se percataron de que el corpiño de su futura tía estaba desabotonado casi por completo, del furioso color rojo que le encendía las mejillas o de que varios mechones de pelo oscuro habían escapado del recogido. Tampoco repararon en que el nudo de la corbata de su tío estaba casi deshecho y los faldones de la camisa asomaban por fuera del pantalón, de que los cabellos rojizos estaban más despeinados que nunca ni de la extraña protuberancia que se marcaba en el frente de los elegantes pantalones de ante.

Después de aquello, ella había procurado no quedarse a solas con él y lord Sherrington se quejaba con amargura, delante de todo aquel que quisiera escucharlo, de que ella estaba siempre muy ocupada acompañando a su madre o a sus hermanas o rodeada por sus innumerables sobrinos y sobrinas que no paraban de pedirle que jugara con ellos o que les contara un cuento, y que su prometida apenas tenía tiempo para él. A oír esos lamentos, sus hermanas reaccionaban poniendo los ojos en blanco para, casi al instante, ignorarlo por completo mientras su madre giraba el rostro, tratando de ocultar una sonrisa.

Poco a poco, el tiempo fue pasando y llegó por fin el día.

Para Emma el día de su boda transcurrió con una sensación de irrealidad propia de los sueños. Por la mañana, las hermanas de su prometido habían entrado en su habitación y, después de despedir a las doncellas que la habían ayudado a vestirse y a peinarse, entre todas le habían dado los últimos toques al elaborado recogido, adornado con pequeñas flores a juego con la tela del vestido; un modelo sencillo, cuyo delicado tono rosado contrastaba de un modo muy favorecedor con el pelo y los ojos oscuros.

La ceremonia se había celebrado en la amplia capilla de Rutlands, abarrotada de invitados y adornada con una profusión de flores exóticas cultivadas en los propios invernaderos de la mansión. Despacio, Emma caminó por el pasillo del brazo de su abuelo mientras las voces del coro resonaban bajo el rico artesonado de madera policromada.

Sherry la esperaba junto al altar flanqueado por sus dos mejores amigos: el marqués de Ravensworth y el duque de Darrylshire. El sacerdote procedió con el servicio religioso, se intercambiaron los anillos y, casi sin darse cuenta, Emma se convirtió en la nueva condesa de Sherrington. Ya en la sacristía, estampó su firma junto a la de los testigos en el libro de registro parroquial y, con la misma sensación de irrealidad, desanduvo el pasillo de la capilla del brazo de su flamante esposo mientras los invitados aplaudían y lanzaban pétalos de rosa a su paso.

El desayuno nupcial tuvo lugar en los salones de Rutlands. Emma conversó con un montón de personas, aunque más tarde sería incapaz de acordarse de los nombres de la mayoría de ellas o de qué habían charlado. Uno de sus recuerdos más nítidos era la conversación que había sostenido con la esposa de lord Ravensworth, quien tenía un aspecto muy distinto del día en que la conoció. Ahora se la veía radiante y apenas se separaba del apuesto marqués, que la vigilaba con ojos de halcón. Según le había susurrado Sherry al oído, Lillian Ravensworth volvía a estar encinta y Emma se alegró sinceramente al oírlo; por lo que su prometido le había contado unos días atrás, esa joven de delicada belleza se merecía ser feliz.

Más tarde su esposo le había presentado al duque de Darrylshire.

—Encantado de conocerla, señorita Lovegrace. Me alegro mucho de que por fin haya dejado de ser la «no-prometida» de mi amigo Sherry —dijo inclinándose en una exquisita reverencia.

Ligeramente desconcertada, Emma se limitó a esbozar una sonrisa cortés, pero lord Sherrington respondió como si nada:

—Venga, Darryl, no trates de intimidar a Emma; te advierto que mi ahora «sí-esposa» es dura de pelar.

—Nada más lejos de mi intención, Emma —protestó el duque llevándose una mano al corazón con gesto afectado—. Puedo llamarla Emma, ¿verdad? Me gusta pensar que las esposas de mis amigos son también mis amigas.

—Por supuesto, milord. —Emma no pudo evitar sonreír de nuevo, esta vez con sinceridad; la extraña mezcla de afectación y de encanto de ese hombre era difícil de resistir.

—¿Te libraste por fin del parásito que rondaba a Daisy? —Sherry señaló con la barbilla a la pizpireta hermana de lord Darrylshire, que charlaba y reía en medio de un animado grupo de jóvenes invitados.

—No se trataba exactamente de un parásito... —se limitó a decir el duque con una expresión difícil de descifrar.

Sherry entrecerró los párpados.

—Me alegra oír eso. Entonces —añadió sin despegar los ojos del rostro de su amigo—, imagino que ambos volveréis a Londres después de la boda.

El duque levantó el monóculo y, como si no estuviera demasiado interesado en la conversación, examinó a través de él al resto de los invitados. Su mirada se detuvo en una mujer de unos sesenta años con un recogido monstruoso que debía de haber estado de moda varias décadas atrás.

—¿Has visto el peinado de lady Falmouth? Verdaderamente atroz. —Fingió estremecerse y, de pronto, pareció recordar que estaba hablando con ellos—. Perdona, querido, ¿decías algo?

Lord Sherrington no parecía en absoluto desconcertado por la actitud de su amigo.

—Te preguntaba si regresaréis a Londres para lo que queda de temporada —repitió con paciencia.

El duque sacudió una inapreciable mota de polvo del extraordinario chaleco de brocado, bordado con hilos de oro, antes de responder:

—Todavía no, querido Sherry. Daisy y yo volvemos a Bath. Mucho me temo... —chasqueó la lengua un par de veces— sí, mucho me temo que he dejado un asunto pendiente.

A Emma no se le escaparon ni el frío destello de los espléndidos ojos azules ni el modo en que la blanca mano del duque aferró con más fuerza el mango del monóculo y no pudo reprimir un escalofrío.

—Ahora si me disculpáis, queridos, debo ir a felicitar a tu madre y al abuelo de Emma. —El duque se inclinó con gracia inigualable y se alejó con esos andares, despaciosos y elegantes, que muchos habían tratado de imitar sin éxito.

Emma lo había observado alejarse sin saber muy bien qué conclusión sacar de ese hombre de ademanes delicados, que la mayor parte del tiempo desconocía si hablaba en serio o en broma, y al que el adjetivo que mejor le definía era el de «bello». Sin embargo, el duque de Darrylshire era uno de los mejores amigos de su esposo y, solo por eso, estaba dispuesta a aceptarlo y a quererlo tal y como era, se dijo con firmeza.

Como si le hubiera leído los pensamientos, en cuanto el duque se alejó, lord Sherrington le susurró al oído que Darryl estaba muy raro.

—¿En qué sentido?

—En el sentido de que, o yo estoy cegado por mi propia situación, o el duque esquivo ha caído por fin en la trampa del amor.

Eso la hizo sonreír. Desde luego, pensó Emma, el amor podía causar enormes estragos en la personalidad de las personas que lo padecían. ¿Acaso lord Sherrington no le había confesado mucho tiempo después que si se había mostrado tan desagradable con ella desde el principio era porque, muy a su pesar, se había enamorado locamente de la pragmática señorita Lovegrace en cuanto la conoció?

Sherry vio la sonrisa y soltó un bufido.

—No puedo esperar a que todo esto acabe de una vez.

Ella se puso seria en el acto y lo miró sorprendida.

—¿Te estás aburriendo?

—Solo estoy impaciente por tenerte en mi cama.

Aquella desgarrada confesión, hecha sin que al parecer le importara lo más mínimo que alguno de los presentes pudiera oírlo, la hizo lanzar una exclamación, pero antes de poder regañarle como se merecía llegó la tía Agatha muy enfadada, quejándose de lo increíblemente impertinente que podía llegar a ser su abuelo, y Emma se vio obligada a poner en juego todas sus habilidades diplomáticas para tratar de apaciguarla.

Horas más tarde, Sherry y Emma se despidieron de los invitados. Ellos pasarían unos días en la llamada «casa de la viuda», una construcción de buen tamaño alejada de la casa principal que la madre de lord Sherrington había decidido no ocupar y que les permitiría a los recién casados un poco de intimidad.

Un calesín los condujo hasta allí cuando empezaba a anochecer.

—He dado orden a los criados de que nos dejen una cena fría en el salón y que luego se marcharan. ¿Crees que podrás arreglártelas sin tu doncella? Yo te ayudaré.

La mirada que acompañó al ofrecimiento, no dejaba demasiadas dudas respecto a lo que el conde estaba pensando en ese momento.

Emma se sintió enrojecer, pero asintió con la cabeza.

—Por supuesto, milord.

Sherry frunció el ceño, amenazador.

—¿Milord?

—Perdona, John —dijo sonriente—. Imagino que dentro de unos días ya no me resultará tan difícil llamarte por tu nombre.

—Más te vale.

Tras esa advertencia, le rodeó la cintura con un brazo y la condujo al interior de la casa.

19

Afuera la noche era oscura y sin luna. En el dormitorio solo se oía el chisporroteo de los troncos en la chimenea y el suave golpeteo de una lluvia fina contra los cristales de la ventana.

La cena fría a la luz de las velas había estado llena de magia, risas y conversación. Solo al final los silencios habían empezado a hacerse más largos y, por el modo en que su encantadora esposa se bebió el último trago de vino de la copa, con la avidez de un marinero recién llegado a puerto, los nervios empezaban a hacer acto de presencia, por lo que Sherry juzgó que era un buen momento para retirarse.

Emma había asentido en silencio y se había levantado de la mesa sin mirarlo.

«Reconozco que yo también estoy algo nervioso».

Esbozó una sonrisa mientras terminaba de atarse el cinturón de la bata de terciopelo oscuro antes de dirigirse a la habitación de su esposa. Los pies, calzados con unas zapatillas de piel, no hacían el menor ruido sobre la estrecha alfombra que cubría el pasillo. Sherry se detuvo frente a la puerta y golpeó un par de veces con los nudillos.

—Adelante. —Tuvo la sensación de que la voz femenina sonaba algo falta de aliento.

Giró el pomo y entró. Emma estaba de pie junto al tocador. Seguía con el vestido de boda puesto y parecía alterada.

—No he... no he podido desabrocharme yo... yo sola los botones —tartamudeó y Sherry apretó los labios para reprimir una sonrisa.

—No te preocupes —avanzó hasta situarse a su espalda— yo te ayudaré; para eso están los esposos.

Con dedos hábiles, desabrochó uno a uno los pequeños botones de perlas. Cuando terminó, apartó con delicadeza la tela de los hombros y el vestido cayó a los pies de Emma, luego soltó la enagua que siguió el mismo camino. Sherry se inclinó y la besó en la nuca. La oyó exhalar un suspiro nervioso.

—Relájate —susurró contra su cuello—, no soy más que un hombre enamorado.

Con delicadeza, le dio la vuelta y la obligó a mirarlo. Los magníficos ojos oscuros se clavaron en él, y Sherry esbozó una sonrisa tranquilizadora antes de dar un paso atrás para contemplarla con una mirada ardiente.

La fina camisa de batista se transparentaba por efecto del resplandor del fuego que ardía a su espalda, que perfilaba con claridad la silueta esbelta; algo de lo que Emma no era en absoluto consciente. Sherry volvió a sonreír antes de arrodillarse frente ella.

—Apoya la mano en mi cabeza para no perder el equilibrio.

Emma obedeció en silencio y, con la ayuda de Sherry, se desprendió de las prendas que se le arremolinaban en torno a los tobillos. Entonces, su esposo le levantó un pie y le quitó uno de los exquisitos zapatos de satén bordado que habían sido el regalo de bodas de Bates y luego el otro.

—Ahora las medias... —dijo con voz ronca y notó que los dedos de su esposa se aferraban con más fuerza a sus cabellos, aunque ella siguió sin decir nada.

Tardó unos pocos segundos en desatar la liga de la primera pierna y con ambas manos fue enrollando la media, despacio, muy despacio, sintiendo en la yema de los dedos el tacto sedoso de su piel. Cuando terminó, hizo lo mismo con la otra.

—Bien. —Soltó el aire que llevaba un rato conteniendo y se puso en pie.

Emma era tan alta que apenas tenía que inclinar la cabeza para mirarla; tenía las mejillas sonrosadas y el pecho, bien formado, subía y bajaba agitado por debajo de la camisola.

Sherry levantó las manos, dispuesto a desatar la lazada que sujetaba la delicada prenda, pero ella las atrapó con las suyas y lo detuvo.

—Creo que le toca a usted, milord. —La voz femenina tenía un matiz sensual que él nunca le había oído antes y que, de inmediato, le produjo una descarga de fuego entre las ingles.

—¿Milord? —dijo tan solo con voz ronca.

—Te toca, John.

Su nombre, pronunciado por esa boca de labios llenos en cuya comisura se marcaba el atractivo hoyuelo, sonó como una promesa de deleites sin fin. Con dedos trémulos, Sherry se desanudó el cinturón de la bata y se la quitó con impaciencia. Vestido tan solo con la camisa de dormir, volvió a extender los brazos hacia ella, pero una vez más, las manos femeninas atraparon las suyas.

—Tú primero, John.

—Es mejor que no... —No obstante, algo en los ojos oscuros lo hizo detenerse. Abrió la boca, la volvió a cerrar y al cabo de unos segundos consiguió decir por fin—: Emma, no es un espectáculo agradable, será mejor que...

—Dijiste que no tendrías secretos para mí —dijo simplemente.

Sherry la miró con fijeza a los ojos y leyó en ellos el mismo amor incondicional que había visto mil veces en los de su madre al posarlos sobre él. Sin embargo, en la mirada oscura no había nada de maternal y una vez más sintió un violento aguijonazo de deseo. Inspiró profundamente antes de agarrar el ruedo de la camisa de dormir y sacársela por la cabeza.

Luchando contra las ganas de taparse el pecho con los brazos, se quedó frente a ella muy erguido y completamente desnudo. Notó cómo ojos oscuros se deslizaban muy despacio por todos los rincones de su cuerpo. Emma no apartó la mirada en ningún momento, ni siquiera cuando vio la rígida evidencia de su deseo.

—Eres hermoso —susurró al fin.

Dio un paso hacia él y, con lentitud, fue sembrando de besos livianos cada una de las terribles cicatrices que surcaban el poderoso pecho en todas las direcciones.

Sherry apretó los puños contra los costados, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás. La boca de su esposa era como una lluvia ligera que aliviaba el dolor más profundo. Al cabo de un rato, olvidó la promesa que se había hecho a sí mismo de mostrarse paciente y la estrechó contra sí con fuerza mientras la besaba con un ardor incontrolable.

—Emma, te quiero. Te quiero. Te quiero —repitió sin dejar de besarla con urgencia, como si el día de mañana nunca fuera a llegar.

Con los brazos alrededor de su cuello, Emma le devolvió todos y cada uno de los besos.

—John, John, John... —Sin aliento, pronunció su nombre una y otra vez.

Sherry la cogió en brazos, apartó la colcha de un tirón y la depositó sobre la cama. Con un movimiento brusco soltó la lazada de la camisola.

—Levanta los brazos —ordenó con los ojos brillantes de deseo.

Emma obedeció y, al instante, estuvo completamente desnuda también.

Por unos segundos, los ojos castaños devoraron esa visión de curvas delicadas y piel blanca que se encendía con matices rosados al paso de su mirada ardiente.

—Tú sí eres hermosa.

Sherry se tendió sobre ella y atrapó uno de los blancos pechos con la boca.

—Hermosa —repitió sin dejar de mordisquearlo.

—Hermosa —susurró una vez más, dedicando toda su atención al otro pecho.

—John... —Su nombre en los labios de Emma sonó como un gemido, como una súplica.

—Pronto, pronto... —prometió y siguió besando y acariciando todos los rincones de su cuerpo, hasta que comprendió que no podría resistirlo mucho más. Entonces, echando mano de todo su autocontrol, se colocó a la entrada del cálido cuerpo y fue empujando despacio, muy despacio, deteniéndose cada vez que ella se tensaba y salpicándole de besos el rostro y la garganta hasta que se relajaba de nuevo. Poco a poco, pulgada a pulgada, por fin estuvo dentro de ella.

—¿Estás bien? —La lucha por conservar el control le había rociado la frente de gotas de sudor.

Emma tenía los ojos cerrados y asintió con la cabeza.

—Mírame, Emma. —Ella abrió los párpados con lentitud y Sherry sintió que se ahogaba en las profundidades oscuras—. Quiero que me mires, no cierres los ojos.

Muy despacio, empezó a moverse. El ritmo era lento y profundo: casi salía de su interior para volver a empujar con fuerza, repitiendo el movimiento una y otra y otra vez. A los pocos minutos los ojos oscuros brillaban enloquecidos de pasión y Sherry bebió de aquel deseo desnudo que exacerbaba el suyo.

—John, por favor... —suplicó.

Sherry aumentó la velocidad y, unos segundos más tarde, ambos se precipitaron a un abismo lleno fuego que los consumió sin compasión.

§

Mucho más tarde, el roce de unos dedos cálidos en la curva de la cadera, arrancaron a Emma de un sueño profundo. Los primeros rayos de sol se colaban por entre las ranuras de las cortinas corridas. Emma bostezó y se acomodó mejor contra el costado de su esposo.

—John... —dijo en voz baja, sin dejar de trazar círculos con la yema del índice sobre el pecho masculino.

—Dime, esposa —respondió él en el mismo tono.

—Solo quería saber... —Se detuvo; ahora los cálidos dedos de su esposo le acariciaban la nalga.

—¿Qué es lo que querías saber?

Emma inspiró hondo; esos dedos curiosos hacían difícil el poder concentrarse.

—Solo si ha merecido la pena el sacrificio que has hecho para salvar tu honor.

Sherry se incorporó sobre el codo y la miró; el hoyuelo tentador estaba allí.

—Déjame pensar... —fue lo único que dijo antes de inclinarse para besarla mientras seguía con su atrevida exploración.

Epílogo

La belleza del prado cuajado de jacintos silvestres cortaba el aliento. Aquel seguía siendo uno de sus rincones favoritos de Rutlands, pensó Sherry somnoliento. Acababa de hacer el amor con su esposa sobre una manta extendida sobre esas mismas flores y ahora sentía una agradable modorra.

—¡Ni se te ocurra dormirte!

Sherry, que tenía la cabeza apoyada sobre el regazo de su esposa, abrió un ojo y la miró. Emma estaba apenas vestida con una camisola de batista semitransparente que dejaba tentadoramente a la vista la mitad de un pálido pecho.

—No estaba dormido, solo descansaba la vista —dijo con dignidad.

Pero era difícil resistirse al calor del sol primaveral y al ritmo hipnótico de los círculos que trazaba ella con las yemas de los dedos sobre su pecho desnudo.

—Veo que tendré que recurrir a medidas drásticas para mantenerte despierto...

Sherry abrió los dos ojos, repentinamente alerta.

—¿Medidas drásticas? Me gusta cómo suena eso —dijo al tiempo que atrapaba ese pecho tentador en la palma de la mano.

—No, no me refería a eso. —Emma le apartó la mano con una risita.

—Vaya. —Sherry hizo una mueca sin apartar la vista de esos maravillosos ojos que tenían el brillo de diez soles oscuros—. Entonces, ¿en qué consisten esas medidas drásticas?

—¡Abre la boca!

Obedeció al instante y Emma introdujo en ella una de las fresas salvajes que habían estado recolectando entre risas hasta que, de pronto, se habían mirado a los ojos y, como si se hubieran puesto de acuerdo sin necesidad de palabras, habían dejado caer las cestas al suelo y habían hecho el amor con abandono. La fruta era dulce, jugosa y cálida, y Sherry se dijo que asociaría ya siempre el sabor de las fresas a ese momento de felicidad plena.

—Mmm, deliciosa...

—Sabía que, aparte de ciertas cosas que una dama no debe mencionar jamás, solo la comida te haría olvidarte del cansancio —dijo burlona al tiempo que le ponía otra fresa en la boca.

—Qué bien me conoces, esposa.

Como si fuera incapaz de resistirse a esa sonrisa pícara, Emma se inclinó sobre él y saboreó el gusto de las fresas en su boca.

—Por supuesto, esposo —dijo al cabo de un buen rato en un susurro ronco.

Sherry giró la cabeza y la besó en el vientre.

—John... —De pronto, ella sonaba inusualmente seria. Sherry alzó los ojos al instante y los clavó en su rostro—. ¿No crees que...? ¿No piensas que con toda la energía que le hemos dedicado todos estos meses... —un suave rubor le tiñó las mejillas—, no debería estar ya en... en

una condición interesante? ¿Has pensado qué pasará si no puedes tener un heredero por mi culpa?

Parecía realmente preocupada por la idea, por lo que Sherry, muy serio también, se incorporó, apoyó la espalda en el tronco del roble en el que ella estaba recostada, le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su costado.

—Uno, si al final no pudiéramos tener hijos, ¿quién dice que sería por tu culpa? Dos, ¿por qué piensas que la idea de tener un heredero es tan importante para mí? Como ya le dije a mi madre y a mis hermanas antes de conocerte, tengo exactamente seis, no, espera, siete si contamos con el de Augusta (me he apostado veinte libras con mi cuñado a que será otro niño), sobrinos que podrían heredar el título...

—Pero no serían Cavendish —lo interrumpió su esposa.

—Y eso, ¿qué importa? La sangre está ahí, así que ese asunto no me preocupa lo más mínimo. Emma —le cogió el rostro entre las manos y clavó los ojos en los suyos—, no me casé contigo para tener un heredero. Pese a que lo negué, incluso a mí mismo, hasta el último momento, me casé contigo porque estoy enamorado de ti. Sabes que me encantan los niños y que me haría muy feliz tener hijos, pero si Dios no tuviera a bien enviárnoslos, sé que seré igualmente dichoso. A tu lado. Por siempre.

La tierna sinceridad de los dulces ojos castaños era inconfundible y, en respuesta, Emma esbozó una sonrisa trémula.

—John William Cavendish eres el mejor hombre del mundo. —En la voz femenina vibraba una profunda emoción.

Sherry frunció los labios en una mueca fanfarrona.

—Bueno, no exageres, querida. Tal vez no el mejor, pero se puede decir que le piso los talones...

La tensión desapareció al punto y la alegría sin preocupaciones de la que habían disfrutado hasta hacía unos minutos regresó. Emma levantó la cabeza que había vuelto a apoyarle en el hombro y lo miró con el entrecejo fruncido.

—¿No te parece una pena que lord Darrylshire no vaya a poder venir para el bautizo de Elisabeth?

Esa mañana Sherry había recibido dos cartas: una de lord Ravensworth, en la que su amigo le comunicaba con indisimulable felicidad que su esposa Lillian había dado a luz a una preciosa niña que iba a recibir el nombre de Elisabeth Eden Rose Rushford y que el bautizo, al que por supuesto estaban invitados, se celebraría en Ravensworth Park en tres semanas.

La otra carta era de lord Darrylshire, y Sherry se había quedado muy sorprendido al ver que venía de Italia. En ella, el duque anunciaba que había contraído matrimonio en la intimidad y que no esperaba regresar a Inglaterra hasta dentro de varios meses. Estupefacto, había vuelto a leer las escuetas líneas por segunda vez con el ceño fruncido, pero no había conseguido arrancar más información de esa sencilla hoja de papel escrita solo por una cara.

—Darryl casado. —Sherry movió la cabeza como si todavía le costara hacerse a la idea—. El muy farsante siempre dijo que no tenía la menor intención de hacerlo.

—Tú también cambiaste de opinión —le recordó su esposa.

—Pero es distinto. Darryl tiene las ideas muy claras.

—Quizá se ha visto obligado de alguna manera...

—¿Darryl? —Lord Sherrington echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada—. No lo conoces. No ha nacido aún el hombre o la mujer que puedan obligar a mi amigo a hacer algo que no quiere.

Emma se encogió de hombros.

—Bueno, tú mismo comentaste en nuestra boda que tenías la impresión de que el duque esquivo había caído por fin en la trampa del amor.

—¡Cierto, lo dije! —Sherry se maravilló ante su prodigiosa clarividencia.

Emma sonrió.

—¡Bravo! Eres un hombre muy perspicaz.

—En verdad eres muy afortunada de tener un esposo como yo. —De nuevo asomó a los labios masculinos esa mueca fanfarrona.

—Lo soy. Pero dime —retomó el tema, impaciente—, ¿tienes idea de quién puede ser ella?

Sherry negó con la cabeza.

—Ni la más mínima, pero estoy seguro de que es una mujer fuera de lo corriente; si no, no habría conseguido pescar a un tipo tan inteligente y tan frío como Darryl.

Emma suspiró.

—En fin, me imagino que no nos queda más remedio que aguantar la curiosidad unos meses más.

—Entretanto, quizá podríamos entretenernos de alguna manera... —le dijo Sherry al oído con un susurro ronco.

Ella lo miró sonriente.

—¿Qué tienes en mente?

—Esto.

Sherry enredó los dedos en los cabellos oscuros y la besó con pasión.

§

Mucho más tarde, estaban otra vez recostados contra el grueso tronco del roble centenario, cansados y completamente saciados después de haber hecho el amor una vez más, lenta y concienzudamente, y de haber acabado con hasta la última fresa que había en las cestas.

—Es bonita la vida... —Sherry, con un brazo sobre los hombros de su esposa, tenía la mirada perdida en el increíble manto de flores azules que llegaban hasta dónde alcanzaba la vista.

Al oírlo, Emma se apretó un poco más contra él y Sherry interpretó ese gesto sin problemas. Su esposa, se dijo con una sonrisa bailándole en los labios, seguramente estaba pensando en las espantosas pesadillas que lo habían atormentado hasta hacía pocos meses. En los últimos años, pese a que en apariencia era un tipo que disfrutaba de la vida sin preocupaciones, había llegado a convencerse de que el mundo era un lugar terrible, lleno de muerte y destrucción, y se había refugiado en la bebida. Sin embargo, esa visión pesimista había cambiado de manera radical en cuanto conoció a Emma.

Ahora sabía que entremedias de los momentos de increíble dureza y los instantes de felicidad suprema transcurría la vida, una vida que había de vivirse sin amargura y con esperanza. Ese era, en fin, se dijo convencido, el secreto de la felicidad.

¡Gracias!

¡Gracias por leer *Expiación*, espero que hayas disfrutado!

¿Quieres saber cuándo saldrá mi próximo libro?

Puedes suscribirte a mi Newsletter en www.isabelkeats.com (solo te enviaré información sobre futuros lanzamientos), seguirme en twitter [@IsabelKeats](https://twitter.com/IsabelKeats) o dar «Me gusta» en mi página de [Facebook](https://www.facebook.com/IsabelKeats).

Las opiniones son muy útiles para ayudar a otros lectores a encontrar mis libros.

Agradezco todo tipo de opiniones, tanto positivas como negativas.

¡No te pierdas siguiente entrega de la serie *Aristócratas y pecadores!*

Absolución
Aristócratas y Pecadores 3

El bello y lánguido duque de Darrylshire, seductor con las mujeres pero implacable con los hombres, acepta con cierta condescendencia los matrimonios de sus amigos Lord Ravensworth y Lord Sherrington, que parecen haber encontrado la felicidad. Él no tiene la menor intención de imitarlos; sin embargo, la aparición de una *contessa* florentina, que resulta no ser una completa desconocida, lo obliga a enfrentarse, cara a cara, con sus propios demonios. ¿Será esta su oportunidad para ser absuelto, por fin, de la culpa secreta que lo atormenta?

Mis otras novelas son:

Contemporáneas:

[El protector](#)

[Algo más que vecinos](#)

[Empezar de nuevo](#)

[Abraza mi oscuridad](#)

[Vacaciones al amor](#)

[Nada más verte](#)

[Cuéntaselo a otra](#)

[Te quiero, baby](#)

[Te odio, pero bésame](#)

[Un bonsái en la Toscana](#)

[Mi tramposa favorita](#)

[Escrito en mis sueños](#)

[Escrito en las estrellas](#)

[Me vuelves loco](#)

[Los príncipes solo viven en los cuentos](#)

[El sol sale por el Oeste](#)

[Mil campanas](#)

[Mil “tequieros”](#)

[En un rincón perdido del mundo](#)

Históricas:

[Redención \(Aristócratas y pecadores 1\)](#)

Mis relatos:

[Patas de alambre](#)

[Nunca es tarde](#)

¡Espero que las disfrutes también!

Sinopsis de algunas de mis otras novelas

Redención *Aristócratas y Pecadores 1*

Lord Benedict Saint Pierre Rushford, marqués de Ravensworth, está aburrido de su existencia libertina y sin sentido. Una providencial caída del caballo y la misteriosa mujer que lo cuida día y noche le darán la oportunidad de cambiar de vida. ¿Quién es esa mujer que lo atrae sin remedio y a la que está dispuesto a seducir como sea? ¿Será ella el instrumento del destino para redimirlo de sus muchos pecados?

(Comprar [aquí](#) Redención)

En un rincón perdido del mundo

Max necesita alejarse de la ajetreada vida social de Manhattan y buscar un rincón solitario donde componer la banda sonora que le han encargado, y ¿qué mejor lugar para ello que el pueblecito de Teruel donde vivía su abuela, a la que nunca conoció?

En efecto, en Santa Olaria de la Mata no parece que vaya a haber demasiadas distracciones; la media de edad de su escasa docena de habitantes es de unos setenta años, no hay internet y ni siquiera llega la señal de televisión. Además, el pueblo suele quedar incomunicado en los meses más duros del invierno. Lo último que espera Max es encontrar al amor de su vida en ese rincón perdido del mundo, pero cuando se da cuenta del peligro que corre, ya es demasiado tarde para escapar.

(Comprar [aquí](#) En un rincón perdido del mundo)

El sol sale por el Oeste

Aisha Brooks lleva más de tres años en los que, más que vivir, sobrevive amargada. El accidente de tráfico que la obligó a olvidarse de sus sueños de convertirse en una estrella del ballet ha tenido otros efectos colaterales igual de catastróficos. El último de ellos es que, por decisión de un juez, deberá pasar unos meses en el rancho ganadero de uno de los mejores amigos de su hermano Raff. En un paraje perdido de Wyoming, rodeada de vacas y caballos, de majestuosas cordilleras y de praderas sin fin, aprenderá a vivir de nuevo y encontrará, de paso, algo con lo que ya no contaba: el amor.

¿Puede la combinación del amor y la naturaleza en estado puro sanar las heridas más profundas?

Mejor Romance Actual Nacional en los Premios Rincón Romántico 2018
(Comprar [aquí](#) *El sol sale por el Oeste*)

Mil campanas

Encontrarte con tu primer amor después de un montón de años parece una jugarreta poco elegante del destino; sobre todo, cuando ese «primer amor» te hizo sufrir tantísimo. Sin embargo, Lili no es una mujer rencorosa y acepta seguir viaje con él por California. Eso sí, si algo tiene muy claro en esta vida es que no está dispuesta a convertirse en una de esas patéticas mujeres que tropiezan dos veces con la misma piedra.

A Jaime aún le cuesta creer que la mujer que acaba de rescatarlo de una situación apurada sea la misma que le destrozó la vida hace ya tanto tiempo. Por suerte, él no es un tipo vengativo y movido por la curiosidad —¿por qué los astros insisten en ponerlos de nuevo frente a frente?—, decide pedirle a Lili que le haga un hueco en su caravana. Enseguida, la relación entre ambos recupera la fluidez de antaño, pero si de algo está seguro al cien por cien es de que ese tren hace siglos que pasó de largo, para no volver jamás.

Lo que Lili y Jaime ignoran es que los malos entendidos, el rencor y algún que otro secreto carecen de la menor importancia cuando los dioses se empeñan, con o sin tu consentimiento, en darte una segunda oportunidad.

(Comprar [aquí](#) *Mil campanas*)

Un bonsái en la Toscana

El científico Robert Gaddi está a punto de hacer un descubrimiento que supondrá un inmenso avance para la medicina; sin embargo, hay demasiados intereses en juego y mucha gente decidida a que sus investigaciones no vean la luz. La noche que destrozan su laboratorio en Washington D. C., tanto su jefe como su amigo Charles Cassidy, del FBI, insisten en contratar los servicios de un guardaespaldas.

La delicada Lian Zhao, experta en artes marciales, es la elegida para el puesto. A Robert no le hace ninguna gracia que lo obliguen a tener una niñera con pinta de adolescente, así que decide hacerle la vida imposible. No obstante, esta extraña joven, de misteriosos orígenes, acaba despertando su curiosidad.

A Lian no le importa que su protegido sea un tipo amargado que descarga sobre ella todo su sarcasmo; está dispuesta a defenderlo hasta la muerte de cualquier amenaza.

Todo apunta a que no puede haber dos personas más distintas en el universo, pero cuando tras un nuevo ataque se ven obligados a refugiarse en la antigua fortaleza de los Gaddi, en la Toscana, esa convivencia forzosa ejercerá un poderoso embrujo sobre ambos.

(Comprar [aquí](#) *Un bonsái en la Toscana*)

Sobre la autora

Isabel Keats es una mujer normal y corriente a la que un día le dio por escribir. Madre de familia numerosa (con perro incluido), tiene la suerte de contar con algo más valioso que el oro: tiempo libre, aunque no tanto como quisiera. Le gusta la novela romántica, le encantan los finales felices, así que, en resumen, escribe novela romántica porque en este momento de su vida es lo que más le apetece leer.

Isabel Keats —ganadora del Premio HQÑ digital con *Empezar de nuevo*, finalista del I Premio de Relato Corto Harlequín con su novela *El protector* y finalista también del III Certamen de novela romántica Vergara-RNR con *Abraza mi oscuridad*—, es el seudónimo tras el que se oculta una licenciada en Publicidad madrileña, casada y madre de tres niñas. A día de hoy ha publicado más de una docena de obras entre novelas y relatos, algunas de las cuales han sido traducidas al inglés, alemán, italiano, portugués y francés.

Encontrarás más información sobre la autora en:

www.isabelkeats.com